



Letras del ECUADOR

Nueva Epoca

Nº 180

ORGANO DE DIFUSION DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
Diciembre de 1995 Casilla 67 Quito Ecuador Telefax 223 391 Teléfono 565 721



Fernández Retamar - Mejía Duque - Ubidia - Vinueza - Benedetti
- Egüez - Brice Echanique - Pérez Torres - Buitrago - Alvear -
Madrid - Vallejo - Zavala - Luna - Calderón Chico - Granda -
Manzano - Castillo - Ansaldo - Huertas - Serret - Robayo - Gil

Letras del
Ecuador

Nueva Espora



ORGANO DE DIFUSION DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
Diciembre de 1993 - Casilla 67 Quito Ecuador - Telefonos 223 391 - Telefax 565 721



Fernández Retamar - Mejía Duque - Ubidia - Vinuesa - Benedetti
- Egúez - Brice Echanique - Pérez Torres - Buitrago - Alvear -
Madrid - Vallejo - Zavala - Luna - Calderón Chico - Granda -
Manzano - Castillo - Ansaldo - Huertas - Serret - Robayo - Gil

CARATULA:

GUSTAVO PAVEL EGÚEZ. Valdivia. Oleo sobre lienzo 40
x 60 cms 1993 (fragmento)

OLABARRRIETA. Billares, Técnica mixta 100 x 70 cms
1994 (fragmento)

PRESIDENTE DE LA CASA DE LA
CULTURA

Lcdo. Camilo Restrepo Guzmán

DIRECTOR DE LETRAS DEL ECUADOR
Raúl Pérez Torres

DISEÑO Y DIAGRAMACION

Claudia Otero; Departamento de
Diseño de la Nueva Editorial
CCE.

DISEÑO LOGOTIPO

Carla Torres

FOTOMECANICA

María Garzón

CORDINACION:

Williamns Castillo.

IMPRESION

Nueva Editorial

Av. 6 de diciembre #794 y Patria.

Casilla Postal # 67

Telf. 565 721

Quito- Ecuador.

Gustavo Pavel Egúez

Quito Ecuador 1959

Pintor, Grabador y Muralista.

Ismael Olabarrrieta

Mar de Plata Argentina 1941

Pintor y Grabador

Carlos Viver

Quito Ecuador

Pintor y Grabador

Letras del Ecuador convoca a los es-
critores y artistas ecuatorianos a que
envíen sus trabajos, **los mismos que
deben ser inéditos**, a la siguiente di-
rección:

Revista Letras del Ecuador

Avenida 6 de Diciembre 794.

Casilla 67 Telf. 565 721

Quito Ecuador

Los artículos escogidos por nuestro
comité de selección, serán remunera-
dos luego de su publicación.

Agradecemos profundamente la cola-
boración desinteresada de nuestros
amigos de América Latina: Mario
Benedetti, Brice Echanique, Roberto
Fernández Retamar, Alberto Serret,
Fanny Buitrago y Jaime Mejía Duque
y les presentamos nuestro profundo
reconocimiento por su permanente
combate contra la deshumanización
del hombre.



PP000 352
1995
n. 180
p. 1

CONTENIDO

Este documento es propiedad del
Centro Nacional de Documentos
Bibliográficos y Estadísticos
(Casa de la Cultura "Eugenio Espejo")
Su venta es libre para la Ley



<i>Presentación</i>		3
<i>Editorial</i>		4
Comentario		
Gustavo Cabrera	<i>Alberto Serret</i>	7
Ensayo		
Hasta Luego Zapata	<i>Regis Debray</i>	15
Acerca del Cuento	<i>Iván Egüez</i>	19
América Descubrimiento y Diálogo	<i>Roberto Fernández Retamar</i>	23
Cultura y Clase Media en América Latina	<i>Jaime Mejía Duque</i>	28
El Escritor Latinoamericano	<i>Alfredo Bryce</i>	40
La Realidad y la Palabra	<i>Mario Benedetti</i>	44
Declaración Pública de Amor	<i>Soledad Cruz</i>	54
Sólo Cenizas Hallarás	<i>Cecilia Ansaldo</i>	58
Cuento		
El Método para Destruir un Gran Amor	<i>Abdón Ubidia</i>	63
El Apodo del Libertador	<i>Stalin Alvear</i>	65
Retrato a la Cera Perdida	<i>Fanny Buitrago</i>	70
Antesala del Kaos	<i>Williamns Kastillo</i>	76
Poesía		
Pongo la Luz	<i>Rafael Larrea</i>	82
Daguerrotipo	<i>Simón Zavala</i>	83
Poemas desconocidos	<i>César Vallejo</i>	86
La Poesía	<i>Humberto Vinuesa</i>	89
Un Oso Despreocupado	<i>Edwin Madrid</i>	90
Combate de Amor y Ofensa	<i>Pedro Gil</i>	92
Los Lunes	<i>Mayarí Grandá</i>	94
Poemas con Ausencia	<i>Violeta Luna</i>	96
Hoja por Hoja Diente por Diente		
Poemas con Piel de Oveja	<i>Marcelo Robayo</i>	100
La Actitud del Fuego	<i>Sonia Manzano</i>	102
Fiesta de Solitarios	<i>Begoña Huertas</i>	106
Entrevista		
Entrevista con Nelson Osorio	<i>Carlos Calderón Chico</i>	111

Pod. 52003 (2011)

"El solaz que me da este trabajo de la cabeza y del corazón, reside en que solo aquí, en el silencio del pintor o del escritor, puede recrearse la realidad, ordenarse nuevamente, mostrar su sentido profundo. Por medio del arte logramos una feliz transformación con todo lo que nos hiere o vence en la vida cotidiana, no para escapar al destino, como trata de hacerlo el hombre ordinario, sino para cumplirlo en todas sus posibilidades: las imaginarias"

Lawrence Durrell



"La tarea que el artista asume implícitamente es la de derrocar los valores existentes, de hacer del caos que le rodea un orden que sea el suyo, de sembrar la lucha y el fermento tan bien que, por el escape de la emotividad quienes están muertos puedan volver a la vida"

Henry Miller

PRESENTACION

Aunque con retraso, debido principalmente a las limitaciones financieras que padece nuestra Institución, me place entregar este nuevo número de Letras del Ecuador, que coincide con la conmemoración del Cincuentenario de la Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", lapso durante el cual tanto la Casa como Letras han representado, nacional e internacionalmente, lo más significativo y trascendente del acontecer cultural del país.

Su continuidad y presencia, renovadas a tono con los cambios que se han suscitado en el mundo y en Ecuador, procurarán y permitirán revitalizar la producción intelectual de la sociedad ecuatoriana, necesaria hoy más que antes por la crisis generalizada que afrontamos, que exige la participación urgente del pensamiento y la creatividad para superarla con lucidez e idoneidad.

En esa perspectiva, así como es menester establecer una cultura de la libertad, de la democracia, del consenso, de la tolerancia, es imprescindible mantener libertad, autonomía y democracia culturales, para posibilitar su plena realización y aporte al desarrollo colectivo y personal de la sociedad.

La presencia del destacado escritor Raúl Pérez Torres en calidad de Director de Letras del Ecuador, constituye una garantía del contenido de la publicación, que en lo formal, a partir de este número, adopta un nuevo diseño y un tamaño más práctico.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana agradece la comprensión de todos sus lectores por el retraso de la publicación que, sin lugar a dudas, continuará siendo el más calificado medio de expresión, difusión e información del trabajo cultural en Ecuador.



CAMILO RESTREPO GUZMAN
PRESIDENTE DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA



Editorial

Nuevamente LETRAS DEL ECUADOR, la revista fundada por Benjamín Carrión y que ha sido la expresión más auténtica del pensamiento de nuestro país, vuelve, renovada, con un formato más contemporáneo, con la esperanza de cumplir periódicamente, la tarea orientadora y divulgadora de las expresiones más auténticas del arte y la literatura de Nuestra América.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana, golpeada por una crisis económica y política, en la que la cultura y las reivindicaciones sociales han pasado a ser la última rueda del coche, retoma la responsabilidad de reivindicar, testimoniar y multiplicar, el espíritu revolucionario y contestatario inmerso en el arte, la literatura, el ensayo de nuestro pueblo, tomando como eje de su política, la defensa de una cultura nacional popular, una cultura soberana que exprese su singularidad en la diversidad, en el respeto y el aliento a cada región, a su pluriculturalidad.

En esta Revista, de profunda significación nacional, se ha reflejado el rostro de la patria, rostro lleno de vicisitudes y fulgores, rostro de sol y sombra, escrito por manos fidedignas, como las de Espejo o Montalvo, Juan León Mera o Juan de Velasco, Angel F. Rojas o Benjamín Carrión, César Dávila Andrade o Jorge Enrique Adoum, Eduardo Kingman u Oswaldo Guayasamín, Pedro J. Vera o Alfredo Pareja, rostro que nos define y nos permite una comprensión totalizadora, integral y humana.

Desde sus páginas pretendemos combatir esta crisis de corrupción y altanería, que invade nuestro país y el mundo, con lo único que sensibiliza al ser humano y le permite entrever su destino colectivo: la literatura y el arte.

Sus páginas están abiertas para todos los escritores y artistas de nuestro país y del mundo, noveles y consagrados, a todas las expresiones, a todas las ideas que nos permitan salir del bochorno de este desencanto al que nos ha llevado la individualidad, la ambición y la codicia.

Escribamos juntos un nuevo cuento de la patria.

Comentario



LABARRIETA 94

GUSTAVO CABRERA

UN POETA ECUATORIANO DESCONOCIDO

León Alberto Serret.

Hay poetas de toda clase: poetas diáfanos y poetas oscuros; poetas obsesivos por la forma, que tallan el verso como bajo una lente de microscopio, y poetas que por el contrario se ocupan más en decir que en levantar castillos de palabras que brillen bajo el sol.

Están los mal llamados "herméticos", y los que ebulen como el alma de una fiesta. Los ligeros, los sabihondos, los tenebrosos, los grises, los infantes terribles, los que blasfeman a la puerta del primer templo que les cae a mano (los irreverentes); y, en fin...

Pero, sobre todo y sobre todos, se encuentran los poetas entrañables, aquellos que escapan a las cuentas de ábacos o computadoras, esos que jamás llegan a encontrar casilla que les acomode y continúan latiendo imperfectos y morriñosos pero amables como un caramelo de leche a través de los años o los siglos. De estos hay pocos: quizá se pueden contar con los dedos de media mano en cada época y

país, salvo raras excepciones, que sin duda alguna puede haberlas.

A este tipo de poeta, el entrañable, no parecen tocarlo todas aquellas turbulencias formales que atañen y enloquecen a sus colegas de oficio. Ellos sólo fluyen, se dejan ir, espontáneos, como una rama de árbol retoñada que extrañadamente se quebró y cayó al agua del río. Fluyen y se instalan entre las páginas de un libro o en el corazón de los hombres como una presencia intachable, como algo que está a nuestro alcance permanentemente y que al mismo tiempo no hay cómo archivar o poseer.

De esa indole es un ecuatoriano a quien, por lo que he podido constatar, y paradójicamente, muy pocos conocen. Su nombre es Gustavo Cabrera, y nació en Ambato el día 20 de septiembre de 1942 para morir sorpresivamente a los veintitantos de edad (no importa cómo), el 6 de Diciembre de 1970.

La ficha biográfica recogida en una compilación de sus poemas, publicada por la Pontificia Universidad Católica dos años después de su desaparición, es apenas lo siguiente:

"... Realiza sus estudios primarios y secundarios en el colegio Juan León Mera, de Ambato (1948-1960). Ingresa a la Universidad Católica de Quito en octubre de 1960, Facultad de

Jurisprudencia; Facultad de Ciencias de la Educación). Trabaja en el Ministerio de Previsión Social (1964-1965). Profesor de Literatura Ecuatoriana; Colegio García Moreno, Quito (1966-1967). Trabaja en el Banco de Fomento (1966-67). Viaja a México el 10 de Agosto de 1967. Recital el 30 de agosto de 1967: Secretaría de Relaciones Exteriores, Sala de Arte. Regresa de México el 4 de septiembre de 1967. Viaja a Brasil el 19 de diciembre de 1968; regresa el 12 de febrero de 1969. Trabaja en la Superintendencia de Compañías (1970). Contrae matrimonio el 18 de abril de 1970..."

La nota de presentación de **Poesía de Gustavo Cabrera**, a cargo de Rafael Arias Michelena, termina con una aseveración: "Este libro contiene valores de auténtica poesía. El tiempo, eterno crítico y definitivo, confirmará nuestra palabra". Y creo, que, en efecto, no se equivocaba: el autor era de los que llegan para quedarse, por encima de todo olvido, porque su obra está hecha de esencias y no de búsquedas literarias.

La poesía de Gustavo Cabrera, como la del peruano César Vallejo o la del cubano Rolando T. Escardó -por citar sólo a otros dos poetas entrañables entre los más cercanos-, nace de una necesidad ingénita de expresión, no se alimenta de libros sino de vida, no quiere gustar sino derramarse; la poesía de este ambateño de ley, cala en la sustancia humana de un modo inédito, silvestre, no es juego de palabras más o menos hermosas, ni experimentación verbal, ni trabajo de oficio en busca de resultados impresionantes. Es agua clara bajo cuya superficie se mueven animales de luz

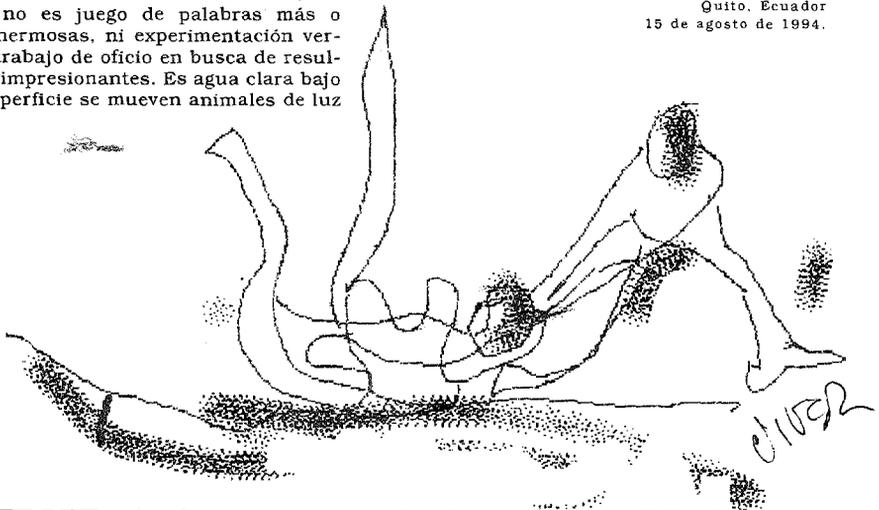
y seres míticos de la sombra; es fuego que viene de abajo, caverna "de unquía, tiene autóctona en la mano de un hombre que sabe de amor y lo nutre de sí mismo.

En una "Nota final" al único libro de este para mí indispensable poeta entre los poetas ecuatorianos, explica uno de sus compiladores, Julio Pazos: "... porque el lector del presente libro deberá sopesarlo como un espléndido ensayo; y ésto es y su razón es la siguiente: nunca pensó Gustavo en editar un libro, o sea ese algo que reúne y unifica determinada producción. El no lo hizo, y por eso los que nos hemos interesado por la edición, tuvimos que encarar serios problemas; descifrar manuscritos y perder algunas palabras, rehúsar cualquier corrección, ordenar partiendo de la hipótesis, etc. de todas formas, el libro aparece más como un documento que como una obra organizada que tomara en cuenta el subjetivo criterio del autor". Y, más adelante: "La imagen física del poeta corresponde a su obra. En cada una de sus palabras aparece él, íntegramente. Asoma con todo su silencio precioso y se muestra su existencia desmenuzada hasta el último filamento..."

Más que un documento, la poesía de Gustavo Cabrera debe ser considerada monumento; pero no en el sentido helado, pétreo, que la expresión evoca, sino como visión irrevocable de alucinado, como cuerpo de amante que se eleva del abismo: sólido, libre, copa de árbol frondoso y protector bajo el sol calcinante de los años.



Quito, Ecuador
15 de agosto de 1994.



SELECCION DE POEMAS DE GUSTAVO CABRERA

Nos clavan un dolor
como una estaca dura.

Desordenan los ojos,
nos mastican
y luego sueltan de golpe
el puñado de mierda
que les roe.

Y a veces con el puro
pretexto,
nos rapan la razón.

Y después nos avisan
la bondad,
cuando el modo de odiar
ha vuelto pelirroja
la esperanza.

Agarrarse
es, sin darse cuenta,
atarse a los colores.
Es lanzarse de manos
sobre el moho.
Es sostener el equilibrio
de las uñas
y con los pelos
por sobre los nudillos,
despedirse de Sábado.

Es ahogarse,
con la espina dorsal
clavada de dos
en los pilares...

Siempre se ha creído mejor
lamer y esconder la solapa
porque no vayan
encima del placer
ni del sexo
ni del ruido.

Rumiando,
se refugia la cara
antes de que se ahoguen
los pañuelos.

Tener diez años
y una pierna más corta.
Nacer,
y que le asignen
un alma enlutecida
y manca un costado.

Diez años
y un corazón de negro
de los cinco a los quince;
a los ochenta

una rara sonrisa
que nace en los tobillos.

Que cada madrugada
se le done un mendrugo
cada vez más corto
y más mendrugo.

.....

De una madrugada,
cuchillos amarillos
apedrean el alma,
dientes de rubio
nos muerden la conciencia.

Se quisiera cavar
cuatro kilómetros de lluvia
o de tristeza.

Se quisiera soplar
la luz de los escombros
esconderles las cosas
a los ojos.

Se espera que sonrían
la palidez cansada
de las lámparas,
la caliente humedad
de un zapato llovido

a las once y cinco de la noche.

Las palabras apedrean el aire.

Se duermen los rosales
sobre el viento.

Proclamándose insecto voy a gritos
y a cada golpe me vuelvo diminuto.

Me estorba respirar
y abrir los ojos,
también morir a sorbos invisibles.

Y me sublevo y lloro...
y sigo respirando.

.....

De tanto amanecer
e irme amarillando a trozos grandes
estoy tan lleno,
que ya no caben las palabras.

Y otra vez las ocho menos cuarto
atisbando en mi pelo.

Y otra vez
hueleados mis bolsillos
a las nueve en punto de la noche.

DIVAGACION

La mañana es un nardo
que vamos deshojando
en cada esquina.

Por la noche
todo lucero a dentelladas
nos rompe la sonrisa.

Las calles
y también las cinco post meridiem
nos va crucificando
en la costumbre.

Nuestras manos arañan
su parte de pasado.

Los búhos esperan
en mi tumba abierta...

Yo, cada noche sueño
una cruz blanca
que nace en mis costillas
clamando un lento olvido...
para siempre.



Regis Debray. Escritor francés de reconocida trayectoria. *Revolución en la revolución.*

Iván Egúez Quito, Ecuador. 1941. Ha escrito poesía, cuento y novela. *Calibre catapulta, Lo que era es lo que era, La Linares, Pájara la memoria, Anima pávora, Historias leves.*

Roberto Fernández Retamar. La Habana, Cuba. 1930. Poeta y ensayista. Entre sus obras están: *La poesía contemporánea en Cuba, Ensayo de otro mundo, Poesía reunida, Caliban.*

Jaime Mejía Duque. Escritor y crítico colombiano.

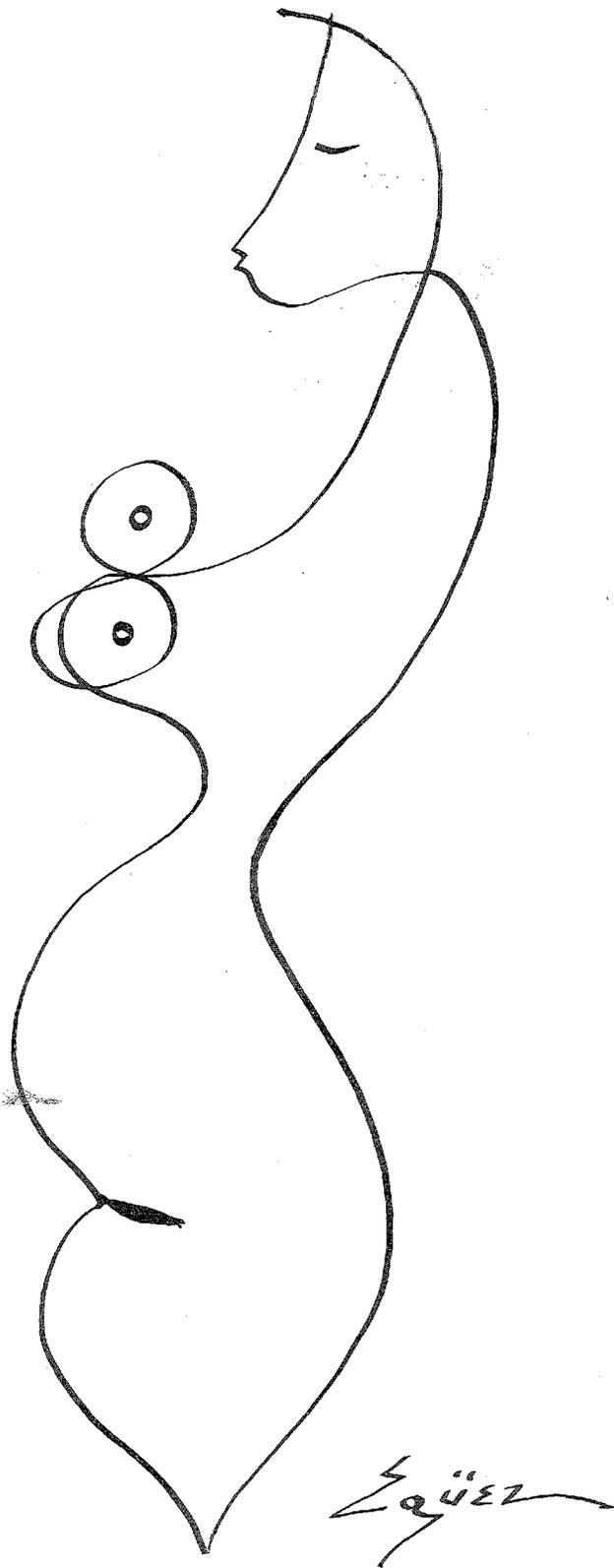
Alfredo Bryce Echanique. Escritor peruano. Ha publicado varios importantes libros. *Un mundo para Julius.*

Soledad Cruz. Escritora cubana contemporánea.

Cecilia Ansaldo. Guayaquil, Ecuador. Es crítica y profesora universitaria.

Raúl Pérez Torres. Quito, Ecuador. 1941. Poeta y narrador. Premio Casa de las Américas 1980, Premio Juan Rulfo de Francia 1994. Libros publicados: *Teoría del desencanto (novela), Micaela y otros cuentos, En la noche y en la niebla, Un saco de alacranes, Sólo cenizas hallarás, Poemas para tocarte.*

Ensayo



! Hasta luego Zapata!

Régis Debray

Oigan, señores, la extraña noticia. Sí, ustedes en Nueva York, Londres o París, *ciberpunkis* transaccionales, viajeros de las autopistas de la información, comerciantes de la aldea global, pioneros de la realidad virtual, que teclean sus cifras en las nubes, fuera del espacio y del tiempo. Háganse con este librito a la antigua, *folclórico y re-tro*, titulado *Ya Basta* ("Ha-blan los rebeldes zapatistas"). A ustedes les concierne en primer lugar; en él leerán nuestro futuro común: el explosivo encuentro del indígena e Internet. Mañana De Gaulle. Mañana Zapata, pasado mañana, Atatürk. Y Marx. Mañana

aquí, allí, en todas partes, el maya electrónico. La post-modernidad será arcaica o no será.

No se pongan nerviosos. De que se trata. Al principio, de simples comunicados de guerra, desgranados desde aquel famoso 1 de enero de 1994, cuando unos centenares de rebeldes tzeltal y tzotzil ocuparon cuatro ciudades de Chiapas. En el extremo sur de México de *yuppies* y de rascacielos que se había acostado la vispera en Manhattan, al pie del Banco Mundial, y se despertaba de pronto en San Cristóbal, al pie de un campanario barroco. Desnudo como un rey desnudo. Autor: El subcomandante Marcos. Tema: un año de revueltas, de enfrentamientos y de esperanzas. Moraleja: en la llamada civilización de la imagen, todavía pueden hacerse cosas con palabras.

Literatura, dirán ustedes, y de la peor especie, política.

En el primer punto, nadie les contradecirá. Es un secreto a voces que el mejor escritor latinoamericano de hoy, el más modernista, el más libre, el más contundente, corre por la selva, con el rostro bajo un pasamontañas (allá arriba hace frío), perseguido por una orden de detención. Los profesionales del país son justos y, desde García Márquez a Octavio Paz, tanto amigos como adversarios, se unen para saludar al artista, a su igual Julio Cortázar que ya mezclaba el jazz con el tango, es aquí omni-presente. Ajeno a estas convivencias, el lector europeo encontrará en estos textos cortos, con sus posdatas chistosas o incisivas, crípticas u oníricas, algo que recuerda a Queneau por lo erudito, a Prévert por lo divertido o a Boris Vian por lo tierno. Harán envejecer nuestro lenguaje vernáculo estereotipado. Ante estas palabras graves y frescas que hablan día a día de la vida, la muerte, la música, la

noche, el caos en el pecho, " cuando se encuentran varios sentimientos pectorales", las homilias bien equilibradas de los candidatos franceses a la presidencia entran repentinamente en el museo de cera del discurso político.

En el mundo incívico de los expertos y las élites, que de Roma a Davos y de clubes a comités hablan seriamente, ¿no es cierto?, de cosas serias, no se había dicho que el índice bursátil, CAC 40, Wall Street y el Banco de Francia pudieran un día estar pendientes en última instancia de historias de amantes enamorados con un clavel rojo en la boca, o de virreyes de chocolate con narices de caahuate. No se trata de que la insurrección autóctona, militar-literaria, haya provocado mecánicamente la crisis del peso mexicano, con sus repercusiones planetarias - las casualidades de los medios de comunicación son infinitamente más sutiles que los toques de la varita mágica-. Simplemente ha contribuido a una nueva mentalidad colectiva. Al volverse hacia el pasado, con un anacronismo precursor, un puñado de jóvenes bien dotados se ha contentado con hacer bajar a tierra a toda una clase dirigente alienada en un futurismo de pacotilla. Con muy pocos disparos pero con ráfagas de frases inesperadas, como un reguero de pólvora del Sur al Norte de un continente. Estos eficaces poemas han tenido un efecto catalítico. Les han revelado los falsos rostros y los simplismos de los modernizadores venidos de Harvard, del MIT y de la Politécnica, que en torno a un presidente neoliberal, que gozaba de una excelente "imagen internacional" apostaban por el dominio del mercado y la televisión. Para hacer como todos. Las fundaciones financiadas por los bancos de esa economía naciente" con-

sideraban al poeta y al indio como cantidades insignificantes, estigmas vergonzosos o atracciones turísticas, al estilo de los charros de los grandes sombreros y de las calaveras de azúcar. Los banqueros ideológicos habían repellido al campesino y al verbo, que un buen día les estallaron en las narices a través de una figura improbable y cada vez más necesaria: el patriota multilingüe, el universalista con raíces, Marcos es un ultramexicano, habitado por los fantasmas de su nación, por sus canciones infantiles y sus leyendas, pero que al mismo tiempo está conectado con San Diego, Berkeley y París y con todas las nuevas formas de la cultura mundial. Despertando mitos enterrados, esa prosa modesta iba a trazar de nuevo el futuro de medio continente, por el mero hecho de reanudar los hilos de una historia olvidada. Los zapatistas no responden a la imagen con la imagen, al tópico con el tópico. Frente a los sondeos y la televisión utilizan la memoria y la letra impresa. Sin grandilocuencia. Un paso a un lado, y el cartón piedra se viene abajo.

Marcos y los suyos no piden constantemente que no les idealicemos. Todo es cuestión de ideología cultural, y la de Chiapas es singular. Los habitantes de este Estado, rico y desheredado a la vez, no son indios con poncho dedicados al tejido y la alfarería como en las tarjetas postales. Antiguos jornaleros del café y del petróleo, alfabetizados en parte por la Iglesia y las sectas protestantes, esos obreros, esos emigrantes, desmontan la selva como pioneros, entrecruzan dialectos, frecuentan la ciudad, por falta de electricidad, los pueblos del Alto Chiapas desconocen la televisión pero todos los campesinos circulan con su transistor. Allí, la memoria

colectiva sigue siendo oral. Los dirigentes del Comité Clandestino Revolucionario Inio (CCRI) se han desvivido por transcribirla y por facilitar el acceso a la cultura escrita a la mayoría. Como en nuestras viejas y entrañables "casas del pueblo", según el pacto secular que unía al movimiento obrero con el libro, estos herederos de la *grafosfera* instalaron en su base de Aguas Calientes una verdadera biblioteca pública (novelas, poesía, libros de texto). "Cada escuela que se abre" decía Víctor Hugo "Es una cárcel que se cierra". Apoyado en la larga memoria de los pueblos torturados, con las referencias visuales de un cinéfilo y la astucia de quien se atreve a mezclar *Moby Dick* con la última canción de Chava Flores, una cita de Macbeth con una parrafada de Cantinflas, Marcos se ha transformado poco a poco en la estrella nacional de la escritura. "Uno nunca controla la imagen", explicó a Carmen Castillo y Tessa Brisac en una de las pocas entrevistas televisadas que ha concedido para la cadena franco-alemana ARTE. "Pero de lo que se escribe se puede responder". Ha prohibido todo contacto con Televisa (la televisión estatal mexicana en situación de monopolio) y sólo se dirige a un pequeño cuarteto de la prensa escrita nacional y local. Lentamente, pobremente, con su ritmo, con los medios disponibles. Este "transporte laborioso de palabras" a los lomos de hombres, estas hojas blancas con letras negras llevadas "desde las montañas hasta el hormigón" por emisarios anónimos, descalzos, a través de senderos complicados, es este trabajo de hormigas heroicas el que ha desestabilizado por doquier una videoesfera gigante que, atormentada por la velocidad, la imagen y los "mercados", y sin enterarse, se había vaciado de toda imaginación.



son totalmente ciertas o totalmente falsas, pero que hablan a cada uno y despiertan en él millares de historias más. ¿Y si en la actualidad fuera ése el espíritu de la seriedad? ¿La mejor forma de resistencia al presente? Cuando lo real se convierte en imagen, cuando la mentira chorrea de las pantallas, ¿no es la imaginación escrita la que reabre las puertas de lo inmediato y real?.

Ultima posdata. A 20 de febrero de 1995. Después de la ofensiva militar exigida por Washington. Aplastado

entre dos compañeros a 10 metros de una treintena de soldados, con los helicópteros sobre su cabeza, el subcomandante, que no las tiene todas consigo, calcula las posibilidades de supervivencia con numerosas sumas y restas. El tobiño, la nariz, la espalda, todo su cuerpo se va a trozos. Al fin y al cabo, dice, vale más un balazo en el vientre que una bronca de Eva por no haber tenido tiempo de evacuar el campamento tres cintas de video fundamentales. *Bambi*, *El libro de la selva* y *Escuela de Vagabundos*, con el mismisi-

mo Pedro Infante. ¿Por cierto, Bambi era macho o hembra? Se acerca otra discusión delicada. Mejor morir enseguida.

El humor, dice Chris Marker, es la cortesía de la desesperación. Los sabios y los malvados aseguran que los zapatistas no durarán mucho. Pero, según, ese otro criterio, reconozcan, señores, que al hombre sublevado todavía le esperan buenos tiempos.



Acerca del Cuento

Iván Egüez

Mi primer cuento escribí en una temporada de mi vida en la cual solo hacía poesía y ese cuentecillo fue una casualidad, casi un accidente. Apareció en un número de la revista La Bufanda de Sol y, a la larga, fue el embrión que años más tarde iba a permitirme escribir mi novela *Pájara la memoria*. Ese cuento se llama La Martinada. Luego, en el lapso de dos años escribí los quince cuentos que aparecieron en *El triple salto*. Después surgieron apuntes o quedaron dentro de mí historias vírgenes que no llegaron al papel por mucho tiempo, como el caso de un cuento que lo vislumbré en Venecia y que lo ate-

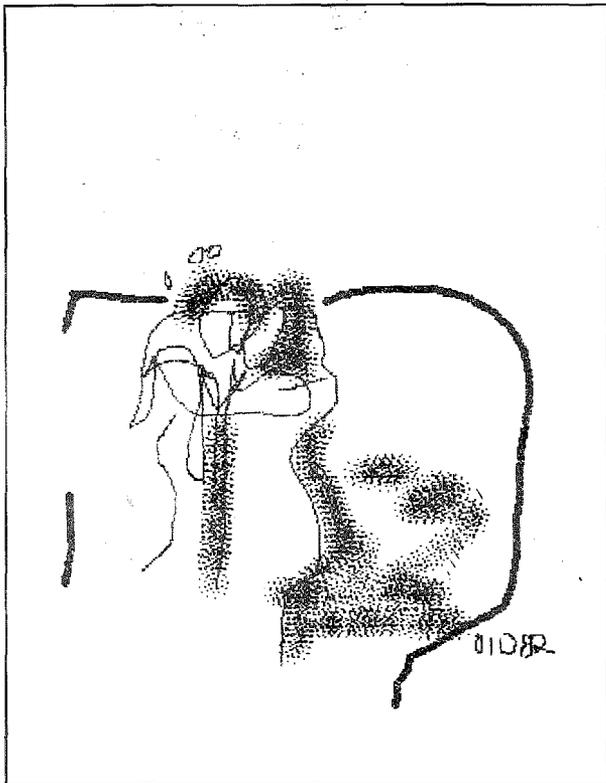
soré dentro de mí durante años, unos seis o siete, hasta escribirlo. En general, si no estoy por publicar un libro, prefiero no rifarlo, no me gusta perder la emoción de contarlo "de mano" como suelen decir los jugadores de póker. Así mismo fue. Lo escribí como un vómito, sin puntuación siquiera; está publicado en mi libro *Anima pávora* y se llama *Muerte en venecia*, como un homenaje secreto a Tomas Mann.

Escribo, pues, por temporadas. No se trata precisamente de temporadas de fertilidad. Más bien de tiempo de concentración. En general la escritura me resulta fácil: quizá se deba a que no me gusta ir a lo que llaman "el abismo de la hoja en blanco". Cuando me siento a escribir, casi siempre sé lo que voy a escribir, por eso prácticamente escribo "a limpio". Pero últimamente me sucede algo extraño: sueño los cuentos o siento como si una voz me los dictara.

Mi último sueño al respecto fue bastante patético: soñé en (¿o con?) Guy de Maupassant. Iba a escribir ese cuento y lo iba a titular Guy de Maupasant, pero un judío ruso, de nombre Isaac Babel, se me había adelantado. Afable, con la seguridad de alguien que ha acumulado sabiduría al punto de no ostentarla, con la mirada más tierna y segura del mundo y con una voz grave, pausada, Maupassant me ha referido que él vela por mí y que lo hace a sabiendas de que él no es mi único maestro, pero que como los otros tres o cuatro que tengo andan muy ocupados, él me tomaba a cargo en ese sueño y lo hacía quizás en compensación a la fidelidad que guardo con aquel consejo de otro de mis maestros, Horacio Quiroga, quien en su decálogo nos ha mandado creer en el Maestro (Chejov, Poe, Kipling, dice él) como en Dios mismo. Otro sueño me reveló que el tema del Desafío ha sido abordado al menos por tres maestros

míos, ante lo cual me relevo de escribirlo, a menos que tuviera una variación distinta pero a la altura de las versiones de ellos. Me refiero a *El desafío* de Alejandro Pushkin, a *El Duelo* de Machado de Assis y a *El Duelo* (y *El otro duelo*) de Jorge Luis Borges. Tener un maestro no es imitarlo sino admirarlo, asimilarlo. ¿Pero también es una manera de establecer opciones y preferencias en el género? Posiblemente. Pero más que eso, permite tomar conciencia práctica de que en el cuento, más que en otra manifestación artística, se avanza entre todos. ¿Qué quiere decir esto?

Los orígenes del cuento se remontan a épocas muy antiguas de la humanidad; solo la poesía es anterior a él, pues ésta, ligada al ritmo, nace de la fiesta, de cuando los primeros hombres golpeaban rítmicamente palos secos o piedras de mano para acompañarse en el resuello, en el esfuerzo y la danza, es decir, cuando el trabajo era diversión. El cuento comenzó con el asombro, con la necesidad de contarle al otro lo que se ha visto por vez primera y, por lo tanto, le ha extrañado. Los que creen que el pensamiento se articuló primero en el movimiento de la mano antes que en el de la lengua, afirman que el origen del cuento es gráfico, es decir, rupestre. De ahí vienen las tiras cómicas, seguramente. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que los orígenes asombrosos del cuento hicieron que este pasara de boca en boca y, por lo tanto, constituyérase en un género popular, común a toda clase de personas. La traslación oral de una generación a otra lo ha vuelto un género alquitarado, pues, en el proceso de retentiva histórica o, si se quiere, de memorización colectiva, le ha sido

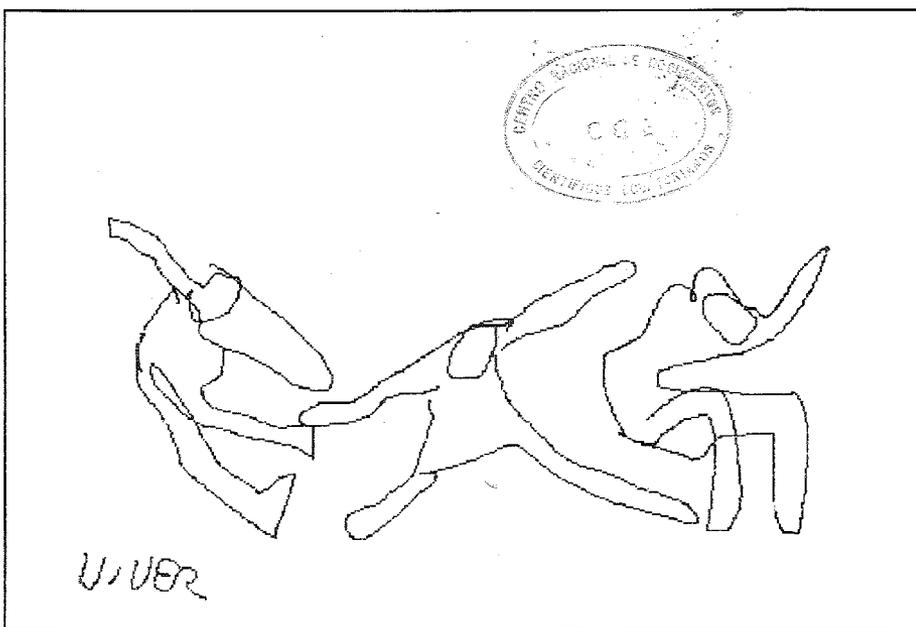


permitido cuanto pulimento le haya sido necesario y, como en todas las historias que se repiten, siempre se conservarán más el meollo y las circunstancias que la forma y los detalles.

Esa alquitara colectiva ha permitido, pues, conservar la anécdota y vertirla *ad hoc* -adecuadamente- según la lengua, el tiempo y el lugar en que se lo refiera. De ahí que Propp y otros formalistas lograron detectar la presencia de unos elementos constantes a los que de nominaron funciones, las mismas que sirven para identificar cierto tipo de argumentos y no de formas del cuento popular.

Pero el tema de ahora no

se refiere a ese tipo de cuento, normalmente anónimo, patrimonio de la memoria colectiva de los pueblos, sino al cuento de autor, al deliberadamente artístico, es decir, al cuento como género literario, al cuento moderno. Edgar Allan Poe en los comentarios a un libro de Nathaniel Hawthorne (*Thice Told Tales*) publicado en 1842 destaca que el cuento no puede ser oral, que es una obra artística que ha conservado algunas características del cuento oral, entre esas la brevedad y el interés anecdótico; que ha desechado otras como la finalidad didáctica o la moraleja y que ha añadido otras como la de una cerrada estructura, el impacto emocional y el tiempo concentra-



do en una sola jornada de lectura.

Quiero detenerme en este señalamiento de Poe, ya que en su argumentación dice más o menos lo siguiente: si son menester dos sesiones de lectura, -dígame bien- los asuntos del mundo intervienen y todo lo que signifique totalidad e impresión queda destruido por completo. ¿Qué es esto de "los asuntos del mundo intervienen"? ¿Acaso ~~se~~ que se cuenta no son asuntos del mundo? Sí, lo son, pero del mundo narrado, que en el cuento es un mundo cerrado, una esfera como reclama Cortázar, un segmento de la realidad que va de equis a yey y nada más; un corte en la realidad, como una parte del paisaje y no todo el paisaje. No admitir que intervengan otros asuntos del mundo también quiere decir que hay que escoger un solo asunto a contarse, que cuando el cuentista no observa esta

regla, se desparrama el cuento y se dispersa el lector. En esto el cuento se parece en algo al poema. Un poema puede tener muchas imágenes pero debe buscar una sola expresión temática. Y ya que hablamos de la poesía, diré que la práctica poética ayuda al cuentista a dominar el poder de síntesis. Casi toda la poesía que he escrito es epigramática, he buscado trabajar con las esencias, y eso me ha ayudado a formular con precisión, en el cuento, algunos asuntos narrativos. Pero este parentesco -si quieren estructural- con el cuento no debe llevar a confundirnos con un tipo de cuento al que los críticos lo llaman a veces cuento poético o cuento de aliento poético. En este caso lo poético no se refiere a la concentración del asunto sino más bien al ritmo y al tono.

En cierto sentido la poesía puede ser a la literatura lo

que el dibujo es a la plástica: algunos pintores no se consideran dibujantes porque no dibujan previamente en la pared o en la tela, pero ninguno de ellos podría prescindir del "dibujo" en la mente. Así mismo, todo escritor está inmerso en la poética, es decir en la percepción imaginativa de la realidad. Para un escritor de ficciones es importante tener una actitud poética frente al mundo, poética en el mejor sentido de la palabra, no en el del versificador o en el de una actitud romántica o planífera, sino en el de una actitud sensible y crítica, de gran observación, de profundización. En este sentido la poesía ayuda a disciplinar lo que llamamos el ojo crítico, es decir, esa capacidad de observación, de descubrimiento, de desentrañamiento. Siendo el género básico, sin embargo es el más difícil, a pesar de los miles de cultivadores de poesía, un gran poeta se da cada cien años.

Cuento y Novela

Volvamos a la estructura cerrada del cuento y compáremosla con la de la novela. Recordaremos aquello que aconsejaba Quiroga y que se refería a que no pueden haber elementos gratuitos en el cuento, que todos los que existan deben existir en función del final del cuento, por aquello de ser como una azagaya. En relación con la novela yo he establecido una comparación más o menos afortunada: en el cuento subimos por ascensor mientras que en la novela subimos por las gradas, es decir a paso lento, con descansos, zigzags o ayudas de pasamanos. En la novela se da respiros al lector mientras que en el cuento el alma del lector está sometida a la voluntad del cuentista como el pulso a la vida; si se detiene el pulso, el lector desaparece y el cuento muere. Es que en el cuento no puede sobrar nada, todos los elementos tienen que ver con su espina dorsal, no puede haber hojarasca. En la novela son necesarias las descripciones, las digresiones, las circunvalaciones. Cortázar decía que a la novela la ganamos por puntos mientras que al cuento debemos hacerlo por K.O. y nuestro José De la Cuadra comparaba al cuento con el amor entre el gallo y la gallina mientras que a la novela con ese amor amarrado de los perros. Alguien ha comparado a la novela con esas aves migratorias conocidas como patos de Canadá, cuyo vuelo se realiza en varias jornadas, mientras que al cuento lo compara con el picaflor, no solo por su vuelo corto sino por lo concentrado y detenido que es su vuelo frente a la flor: el picaflor vuela en pos del néctar y ahí se concentra hasta lograrlo. El dominicano Juan Bosh, en su

Teoría del Cuento compara al cuentista con un aviador que levanta vuelo sabiendo a dónde va a arribar: el cuentista no puede despegar para darse vueltas en el aire sin saber dónde va a aterrizar su historia.

Una novela es una totalidad; su trama no está dada por la sucesión de historias independientes, sino por sucesos que son parte de una sola historia. Una novela no es la sucesión de cuentos, así sean historias que les pasan a unos mismos personajes, porque el cuento es un apartado, es para usar una categoría cartesiana algo "claro y distinto". De ahí que no podemos estar de acuerdo con aquella definición de cuento que dice que es una novela sin ripio. Otro de mis maestros en el cuento, Jorge Luis Borges, al caracterizar cuento y novela apunta que en el cuento lo importante es la anécdota y en la novela lo predominante es el personaje. En el cuento al personaje hay que inscribirlo, básicamente, dentro de una situación, su función estructural es la de encarnar la anécdota; en la novela se lo va construyendo a través de docenas y a veces centenas de situaciones, su fin es encarnar un transcurso, un proceso en constante mutación. En cuanto a los personajes, en la novela éstos son su carne, pues las ideas, las hipótesis, se construyen en base a ellos. En el cuento, en cambio, está privilegiada la situación; los personajes son fruto de ella. La novela está dada por el desarrollo de unos personajes que se problematizan, que entran en relación. Por otro lado, como una de las características del cuento es la brevedad, el cuentista no tiene tiempo para caracterizar al personaje como si lo tiene el novelista, por eso en el cuento los personajes ya

llegan formados o experimentan una mutación a causa de la anécdota que los atraviesa.

¿Cómo se produce un cuento?

Anderson Imbert señala que el concebir un cuento implica un esquema dinámico de sentido. La mente del cuentista parte de una idea problemática en busca de soluciones imaginativas. Nuestra mente, en el momento de la invención, salta hacia una forma, arranca de una idea problemática y procura su solución. Ese esquema dinámico -que era simple y abstracto- atraviesa en medio de un bosque de imágenes y se va vistiendo de ellas. La invención del cuentista va de lo abstracto a lo concreto, de la instantaneidad del boceto a la imagen, de la emoción a la escritura. La emoción es el aleteo del pájaro antes de volar, es el presentimiento de un rumbo valioso. Mas, la temperatura del arte es más fría que la de la vida, no solo porque tiene que franquear esa zona nebulosa entre la mente y la escritura sino por esa carga de oficio cuasi artesanal que inevitablemente llevan los productos finalizados. Sin embargo, la escritura de un cuento conlleva algo fundamental: contar una historia no carente de propósito, pues ante éstas el lector replica ¿Y qué? Todo cuentista al concluir un texto debe evitar esa réplica, pues no se trata de hilar una historia a manera de simple divertimientos sino de que el lector salga del cuento como de una pesadilla, como de un chupuzón, pero que salga sabiendo algo más del ser humano.



AMÉRICA DESCUBRIMIENTO Y DIALOGO

Roberto Fernández
Retamar

Madrid, París, Venecia, Florencia, Roma, Nápoles y Atenas fueron descubiertas en 1955 por ~~un~~ que en 1947 ya había descubierto Nueva York), y en 1956 descubri también Londres, Amberes y Bruselas. Sin embargo, fuera de unos pocos de mis poemas y cartas, no he encontrado ningún otro texto en que se hable de tan interesantes descubrimientos. Supongo que ha pesado a favor de este silencio clamoroso el hecho de que cuando llegué por primera vez a esas ilustres ciudades ya había bastante gente en ellas. Un razonamiento similar me ha impedido siempre aceptar

que la llegada, hará pronto cinco siglos, de unos cuantos europeos al continente en que nací y vivo sea llamada pomposamente "Descubrimiento de América". Tanto más cuanto que al ocurrir esa llegada (accidental), las dos ciudades más pobladas que había entonces en el planeta, dijo el poeta mexicano Carlos Pellicer, eran Tenochtitlán (hoy México, D.F.) y Pekín (hoy Beijing). Según lo que sé, ninguna de las dos estaba ni está en Europa.

Aquella llegada carece de sentido tomada aisladamente. Su sentido se revela cuando la insertamos en el seno de lo que se ha llamado la expansión europea del siglo XIII al siglo XV. Sólo entonces entendemos que se trata de un capítulo, ciertamente muy importante, de esa expansión que precedió y acompañó al nacimiento del capitalismo en el mundo.

El único verdadero des-

cubrimiento de este continente fue hecho por los hombres que hace decenas de miles de años entraron en él provenientes de Asia. Tampoco es aceptable que hubiera dos descubrimientos: uno hecho por ellos, y otro por los vikingos o, lo que es más frecuente escuchar, por Colón y los suyos. Ni los vikingos ni Colón, por cierto, tuvieron conciencia de haber llegado al continente que iba a ser llamado América. Parece que esa conciencia le corresponde a Vespucio, quien, voluntaria o involuntariamente, dio su nombre a lo que también iba a ser llamado "Nuevo Mundo". En todo caso, como es bien sabido, lo verdaderamente relevante fue la inmensa trascendencia que el viaje de 1492 iba a tener para la humanidad toda. Pero decir, como todavía repiten algunos, que se trató de la llegada de la civilización, es un disparate, cuando no una desvergüenza. A no ser que se diga a la

luz de las terribles palabras de José Martí cuando en 1877 habló de aquel hecho como del arribo de una "civilización devastadora: dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso". Las grandes culturas maya, azteca e inca, y las otras en vías de desarrollo que había en el continente fueron, en efecto, salvajemente devastadas como consecuencia de aquella llegada. Y muchísimos aborígenes, como los que habitan mi país, Cuba, fueron extinguidos. Por lo que es una cruel manifestación de humor negro decir que la llegada de los españoles y la ulterior conquista significó para ellos, que no quedaron ni dejaron descendientes para contactarlo, el arribo de la civilización.

Lo que tampoco podemos negar es que de resultas de aquellos hechos brutales, y de las luchas que viejos y nuevos oprimidos iban a sostener en estas tierras, brotaría en ellas lo que Bolívar, en uno de sus muchos rasgos geniales, llamaría "un pequeño género humano", es decir, otro avatar de la humanidad. Y sólo a partir de 1492 se hizo posible una historia única del hombre. Por eso ha podido escribir Armando Hart que lo que entonces se descubrió no fue América, sino el mundo. Para decirlo con el clásico término griego de las tragedias, se trató de una **anagnórisis**: el hombre se reveló a sí mismo.

No voy a ocuparme ahora de ese vasto tema en general, sino sólo del diálogo que entonces comenzó entre los que estamos de un lado y otro del Atlántico y específicamente entre Europa y América Latina y el Caribe.

Quizás lo primero que haya que hacer sea poner en tela de juicio la existencia

monolítica tanto de "Europa" como de "la América Latina". ¿Existe una Europa homogénea, sin fisuras, en relación con la cual podamos manifestarnos a favor o en contra? Es evidente que esta pregunta sólo puede responderse negativamente. En Europa no solamente hay naciones diversas, sino que con frecuencia esas naciones difieren muchísimo entre sí. En Europa hay una vasta diversidad cultural, que revela sustratos históricos anteriores. Para el agudo dominicano Pedro Henríquez Ureña, por ejemplo, la zona de Europa que ha tenido mayor influencia sobre Hispanoamérica (que es la mayor parte de nuestra América y que para él incluía también al Brasil) es la Rumania, a la cual hay que atribuirle hechos como la primera llegada con consecuencias de los europeos a estas tierras (el mal llamado "Descubrimiento"), el renacimiento, la revolución francesa. En la Europa actual, además, hay países capitalistas y países socialistas. En Europa, por supuesto, hay y ha habido clases y luchas de clases. Este punto esencial ¿puede pasar inadvertido? ¿Alguien puede opinar, digamos, sobre "lo alemán" prescindiendo de las diferencias abismales entre Carlos Marx y Adolfo Hitler?

Para complicar aún más las cosas, ¿qué podemos decir que somos nosotros, los latinoamericanos y caribeños? Ya es claro para casi todo el mundo que no somos europeos. Pero también es claro que tampoco somos una unidad monolítica. No me canso de citar la división propuesta por el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro según la cual hay en nuestra América tres zonas: la de los pueblos que él llama "trasplantados" (como la Argentina y Uruguay), en que son ampliamente preponderantes

las etnias de origen europeo, habiéndose extinguido a las aborígenes y sumido en el torrente general a las africanas: la de los pueblos que él llama "testimonios" (como México, Guatemala, el Perú, Ecuador o Bolivia): los países en que, quebrantadas sus magnas civilizaciones precolombinas por la bárbara irrupción europea, aún sobreviven millones de aborígenes a menudo difícilmente integrados a la cultura oficial (una cultura burguesa dependiente); y la de los pueblos "nuevos" (los de la cuenca del Caribe en general), en que el aborigen ha sido prácticamente exterminado, y comunidades europeas y africanas, venidas ambas de afuera, se han confundido en un mestizaje que ha dado lugar a algo nuevo, como lo proclama, por sólo mencionar un caso, su poderosa música. Está, para no volver a mencionar, por evidentes, las actuales diferencias políticas y las intensas luchas de clase.

Esta diversidad latinoamericana y caribeña ¿querrá decir que no hay América Latina, que no hay algo que merezca este nombre? La verdad es que, con las reservas expuestas tanto para un caso como para otro, a pesar de la heterogeneidad europea, existe, sin embargo, una compleja unidad histórico-cultural llamada Europa; y a pesar de la heterogeneidad de nuestra América, también ésta existe como una compleja unidad histórico-cultural. Y aún más: en este último caso, salvo los enormes enclaves indígenas (que requieren una política de nacionalidades irrealizable dentro de los esquemas del capitalismo y de la que ya hay un ejemplo apreciable en Nicaragua), de nosotros puede decirse que somos, como propuso el sabio lituanochileno Alejandro Lipschütz, "europoides". Esto

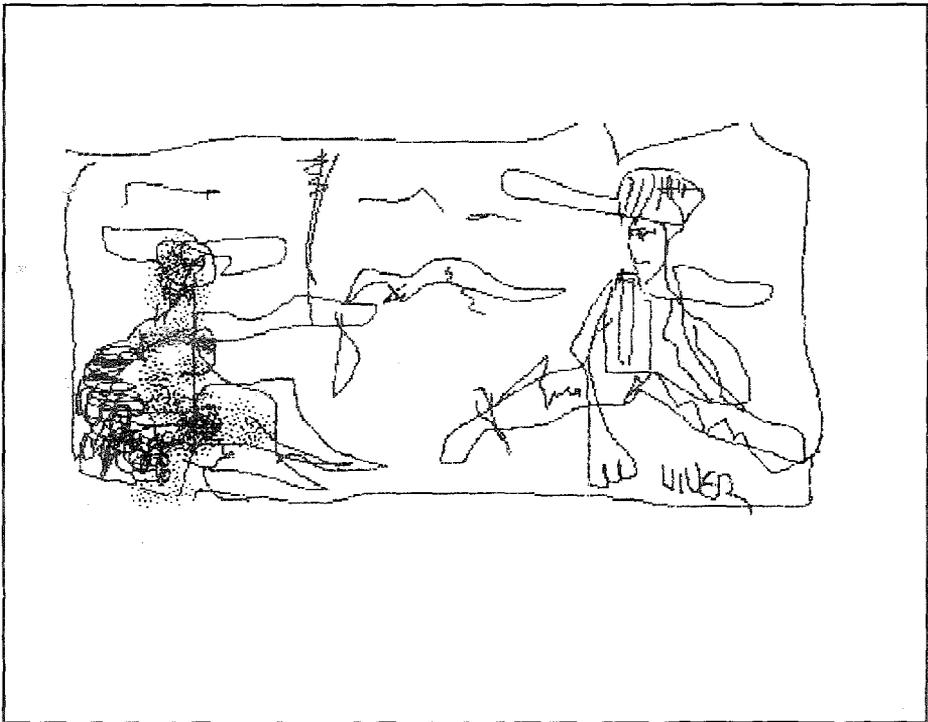
quiere decir que nuestra cultura sincrética bien puede reclamar como propia, entre otras, la compleja herencia europea. Un cubano, un mexicano o un argentino cultos no sienten como cosa extraña ni la obra de Cervantes, ni la de Shakespeare, ni la de Bach, ni la de Tolstoy, ni la de Cezanne.

Después de todo, aunque los latinoamericanos solamos insistir tanto en el carácter sincrético de nuestra cultura (aludiendo a nuestra necesaria fusión de elementos culturales aborígenes, europeos, africanos, asiáticos), creo que también en este punto los europeos tienen no poco que decir y enseñar: la llamada "cultura occidental" es una de las realidades más sincréticas que hayan existido en el planeta. En ella se han dado

cita ideas griegas, leyes romanas, creencias religiosas semitas, saberes orientales, costumbres germánicas... ¿A qué añadir más? Recuerdo que en enero de 1965, con motivo de un congreso de escritores latinoamericanos que se celebraba en Génova, paseando una noche con amigos como los peruanos José María Arguedas y Sebastián Salazar Bondy, y verificando los muchos cruces de vasos capilares de que es ejemplo esa ciudad, nos reíamos (una vez más) de la pretensión europea de contar con una cultura nacida de sí misma, ya con todas sus armas, como Pallas Atenea de la cabeza de Zeus (de paso rindo aquí, con este lugar común, homenaje a mis amados griegos). Si no fuera porque ello complicaría demasiado las cosas, diría que también los euro-

peos son "europoides", mientras que "el europeo" no pasa de ser un arquitecto platónico más, que nunca ha hollado la pobre tierra que habitamos.

Tampoco puede hablarse de influencia de "Europa" sobre la "América Latina" o viceversa si se olvida el hecho esencial, sobre el que he llamado la atención en algún trabajo, de que lo que iba a llamarse el mundo occidental y lo que iba a llamarse la América Latina aparecen casi simultáneamente, y estrechamente vinculados entre sí. Sin la llegada de los protoeuropeos (a los que he sugerido nombrar "paleooccidentales"); sin el saqueo de América, acompañado de la monstruosa rapiña que costó a África decenas de millones de sus hijos no habría habido "acumulación originaria"



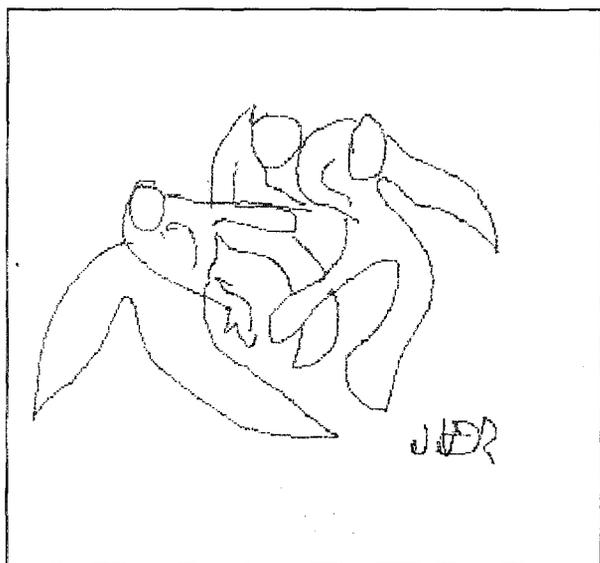
de capital", y en consecuencia no habría habido "mundo occidental": nombre este último que es una forma melodiosa de referirse a lo que en palabras menos espirituales se llama el capitalismo desarrollado, el cual, según la acertada expresión de Marx en *El Capital*, nació chorreando sangre y lodo por todos sus poros. Debido a ello, la influencia (si así quiere decirse) de nuestra América sobre la Europa Occidental es de tal modo decisiva, que se trata en verdad de una **Condito sine qua non**. La propia España, que no logró desarrollarse como país capitalista en plenitud (siendo al cabo sorbida su riqueza por otras naciones europeas), vivió en el orden cultural, a partir del siglo XVI, lo que suele llamarse el siglo o los siglos de oro. Qué bella enumeración viene a la memoria: Garcilaso, San Juan de la Cruz, Góngora, Quevedo, Lope, Cervantes, Velázquez, El Greco, Calderón... y tantos brillantes nombres más. Bien: ¿pero se recuerda suficientemente que **el oro** de esos siglos era **el oro americano**, el oro que los aborígenes de este continente tuvieron que extraer, en condiciones espantosas, para entregar a sus amos europeos? ¿Acaso sin la llegada de los europeos a ~~nuestras~~ tierras existirían las hermosas obras que la cultura occidental ha engendrado? Aquí también hay que responder negativamente. Y una de las conclusiones de este hecho palmario es que nosotros, los latinoamericanos y caribeños, tenemos el pleno derecho de reclamar como nuestras esas obras por las que nuestros antepasados pagaron un precio tan alto. Decir que, a su vez, ellas nos "influyen" no es decir gran cosa. Aquella es también **nuestra cultura**.

La influencia de nuestra

América sobre Europa es pues multiseccular. Desde el florecimiento de utopías en el alborar de la sociedad europea burguesa, y los numerosos ritmos musicales (esa "bullanguera novedad venida de indias" de que ha hablado Carpentier) que desde entonces empezaron a invadir a países europeos junto con el humo de nuestro tabaco, tenido al principio (y al final) como diabólico, este es un proceso ininterrumpido. Es verdad que una tenaz ignorancia eurocéntrica, y a menudo la triste y habitual prepotencia de toda metrópoli, entre otras razones, impidieron a los países de Europa, por ejemplo, beneficiarse hace un siglo del conocimiento de la obra de un hombre universal como José Martí. Sólo en años recientes comienza a alborar para esos países tal conocimiento. En estos años, también, la llamada "nueva novela latinoamericana" hace sentir su presencia en muchos países europeos. La razón de esto es sencilla: si junto Martí fue incuestiona-

mente superior a los escritores de la nueva novela latinoamericana (entre los cuales hay algunos magníficos), aquel le tocó vivir una época en la cual nuestra América todavía no había comenzado a desempeñar un papel sobresaliente en la historia. Incluso en 1938 un poeta de la dimensión de César Vallejo murió prácticamente de hambre en París, sin que ninguno de sus libros hubiera sido traducido a otra lengua; sin que su nombre, el nombre del mayor poeta latinoamericano del siglo XX, hubiera trascendido más allá de unos cuantos círculos de enterados. Y es que tampoco en 1938 Nuestra América ocupaba un lugar destacado en la historia mundial. Otro ha sido el escenario histórico con que se han visto beneficiados los autores de la nueva novela latinoamericana.

A partir de 1959, es decir, a partir del triunfo de la Revolución Cubana, Nuestra América entró por la puerta grande de la historia. Lo que



ocurriera en nuestras tierras iba a tener repercusión mundial. E incluso lo que, partiendo de ellas, llegaría a otros continentes. Si siglos atrás muchos de nuestros an-tepasados fueron traídos de Africa como esclavos en horrendos barcos negreros, en estos años descendientes de aquellos hombres cruzarían el Atlántico en sentido inverso, para ayudar a consolidar la libertad y la independencia de países africanos.

Fuera de sabios admirables como Alexander von Humbolt, ¿quiénes sabían en Europa, hasta hace unas cuantas décadas, qué era en realidad Nuestra América, quiénes eran sus hombres relevantes? En cambio, hoy cualquier modesto lector de periódico europeo está informado de que existe la América Latina: en particular, de que existen países como Cuba y Nicaragua; y últimamente, también, de que existe El Salvador. Es verdad que la información que ese lector, si es "occidental", suele recibir, está con frecuencia tergiversada. Por ejemplo, quizás se le diga que los Estados Unidos "perdieron" a Cuba y a Nicaragua, y no están dispuestos a "perder" a El Salvador. Sin embargo, no es frecuente leer en esa prensa, pongamos por caso, que Inglaterra "perdió" a los Estados Unidos. Sea como fuere, Nuestra América es conocida hoy como nunca antes en Europa.

En una de sus penetrantes observaciones Walter Benjamin dijo que jamás se da un documento de cultura sin que lo sea a la vez de barbarie. Bien lo sabemos en Nuestra América.

¿Qué hemos recibido durante siglos de Europa? Tanto hechos de cultura como hechos de barbarie. Y en la perspectiva histórica

no podemos olvidar su entrelazamiento: han sido como el anverso y el reverso de un cuchillo que penetrara en nuestras carnes. En estos momentos, en nuestros pueblos se lucha tenazmente por la liberación total: la que incluye también la liberación cultural.

Pero esta última no implica **en forma alguna** cortarnos de la gran herencia cultural europea, que ya he dicho, y no me cansaré de repetir, que **nuestra también es**. ¿Qué sentido tendría, por ejemplo, postular el absurdo desconocimiento de las obras de Leonardo, Voltaire, Beethoven, Heine, Hugo, Dostoievski, Rimbaud, Wagner (ay). Einstein, Freud, Picasso, Shaw, Kafka, Joyce, Einstein, Brecht, Sartre: para no nombrar, por razones obvias, la magna obra fundadora de Marx y Engels? Sea cual fuere el destino de nuestra cultura, ella estará siempre alimentada por creaciones de esa naturaleza. Subrayo el término: **alimentada**. Y así como el comer churrascos y verduras, a similitud de lo que decía Marguerite Yourcenar, nuestro cuerpo no emite churrascos y verduras, sino músculos, pelos y uñas, así nuestra cultura, si ha de ser auténtica, si ha de ser genuina (y hace mucho tiempo que lo es), emitirá (como lo hace) obras distintas de aquéllas, pero no opuestas a ellas. Bástame recordar aquí creación es como las que debemos, en la época colonial, al inca Garcilaso de la Vega, a Sor Juana Inés de la Cruz, al **Aleijadinho**; y en nuestro siglo, a la práctica y la teoría de la primera revolución socialista en el hemisferio, a la nueva poesía, el nuevo ensayo y la nueva novela de nuestra América, a la teoría de la dependencia o la teología de la liberación. A nadie en sus cabales se le trata de modestas producciones

locales, puesto que son, en realidad, aportes nuestros a la humanidad en su conjunto.

Si el viejo verso pitagórico afirmaba que "un mismo ritmo mueve las almas y las estrellas", ¿por qué no ha de movernos a europeos y a americanos (y también a asiáticos y a africanos y a todos los hombres y mujeres) un mismo ritmo, una misma esperanza? ¿No se trata, para la humanidad entera, de empezar a despedirnos de la prehistoria, de poder decir a coro, con el gran florentino: "incipit vita nova"?



CULTURA Y CLASE MEDIA EN AMERICA LATINA

Jaime Mejía Duque

En Colombia particularmente, y de análogo modo en el resto de América Latina y el Caribe, la cultura intelectual -filosofía, literatura, artes y ciencias- viene siendo creada por la clase media urbana. En punto a creación cultural, aquí radica otra de nuestras diferencias con el esquema europeo, con la tradición de Occidente, de cuya dehisencia provenimos.

Allá fue la burguesía, lenta y gradualmente formada y enriquecida, quien fundó la "alta cultura" desde los tiempos comprendidos por Huizinga como el Otoño de la Edad media. La pintura y la música, la arquitectura y la escultura, la investigación científica y los sistemas filosóficos, la poesía y la novela: en suma, el renacimiento. Y luego el Iluminismo y por fin la propia revolución para plasmar sin cortapisas, como, "clase universal", el mundo a su manera.

Esa es la verdadera burguesía, o sea la clase forjadora de los valores de toda una civilización.

Pero en nuestro mundo dependiente sobre determinado hasta en su existencia diaria y desde el principio de sus instituciones por la acción, las ideas y los intereses

lo que Gunder Frank acertó en denominar "lumpen - burguesía". Es decir, una clase derrochadora, advenediza, imprevisiva, subalterna y cuyo pasado es tan breve y hechizo, que no tuvo tiempo ni necesidad subjetiva alguna de generar ideas y formas propias. Todas las que recibía desde fuera, literalmente en las bodegas de los barcos, resbalaban sobre su atareada rudeza. Por eso mismo las ha distorsionado y vanalizado hasta la caricatura y el truco decorativo. Lo que llamó "su" cultura, no fue sino un misero amasijo de símbolos, alegorías, objetos y saberes fragmentarios a los que impuso unos fines puramente propagandísticos.

En las ávidas manos de nuestra burguesías dependientes, los "valores" recibidos por ellas desde la emancipación frente a España, **se volvieron oratoria.**

Y los individuos más creativos salidos de su seno, incomprendidos por la clase entera, debieron resignarse a la azarosa pedagogía de las guerras civiles - ya que era forzosamente edificar repúblicas- o simplemente desaparecieron en el tremedal de un pragmatismo sin principios desde cuyas viscosidades toda la clase ascendía.

Entonces, aquí no pudo darse la exacta "cultura burguesa" en el sentido del crecimiento interno y cohesivo de ciertos

"valores", sino que apenas se tuvo la apropiación meramente instrumental de algunos modelos jurídicos someros, éstos sí, para "institucionalizar" las jóvenes repúblicas. Y, en todo caso, dentro del orden económico internacional, surgido de la revolución francesa y potenciado al máximo tras la victoria norteña en la guerra civil norteamericana.

Nuestra clase media es la que más ha tenido un tiempo propio y su dimensión histórica nativa para formarse por etapas. Su núcleo estrictamente urbano fue fraguando entre aquel artesanado que proliferaba ya desde las postrimerías de la Colonia y que a los pocos años de la Independencia era lo suficientemente vigoroso como para asociarse en movimientos o partidos cuya presión fue capaz de inspirar y recabar legislaciones proteccionistas.

Nuestra clase obrera, en cambio, aparecerá tan sólo en pleno siglo XX y después, inclusive, de transcurrida la primera guerra mundial. Para entonces -década 1920-30- esta clase media presente ya, política, intelectual y económicamente en las principales ciudades, ha comenzado a producir la mayoría de los profesionales (-abogados, médicos, técnicos, sacerdotes, profesores-), no pocos líderes políticos y casi todos los nuevos artistas, escritores, eruditos y poetas.

De tal forma que cuando desaparece la hegemonía económica y política de la vieja casta terrateniente y clerical, o sea hacia los años 30 (-en Colombia, porque en otros países de América el fenómeno fue más temprano-), y la vanguardia de la flamante burguesía comercial, en trance también de industrializarse, asume el comando del país para imponerle sus reformas y unificarlo bajo los sucesivos gobiernos de Olaya, López Pumarejo y Santos, la clase media proveerá de "cuadros" culturales, técnicos y burocráticos a la que dieron en llamar los colombianos "revolución en marcha" del régimen liberal.

A partir de esa coyuntura, el avance simultáneo de la industria. Las industrias siderúrgica, química, metalmeccánica y petrolera nacen en Colombia en el período de López Pumarejo y Eduardo Santos (de 1934 en adelante), y la textilera, cuyo embrión era relativamente antiguo en el país, cobra definitivo impulso. En conjunto, la productividad de esas industrias ha evolucionado notablemente desde entonces.

Sin embargo, la curva general de su desarrollo se ha visto siempre retardada o interferida bajo las presiones estructurales emanadas de las relaciones de intercambio con los Estados Unidos de Norteamérica, y el sistema bancario y financiero, a su turno activaría otros tres procesos concomitantes:

a).- El choque a nivel ideológico entre los intereses de la casta terrateniente; golpeada por los efectos mediatos e inmediatos de las reformas, y el liberalismo, personero de la modernización económica y estatal.

b).- La crisis agraria y la violencia desencadenadas por ella desde la instancia ideológica (el sectarismo partidario) a la cual, sin necesidad histórica local ninguna, el comando del conservadurismo le impuso esquemas fascistizantes, concepción ésta que correspondía a una problemática muy diversa y, por decirlo así, más madura históricamente: la del capitalismo en su fase monopólica.

c).- Y en fin, el aluviónico crecimiento de las ciudades.

II

Así arribamos al medio siglo.

Se inicia otra etapa que será la del auge cultural de la clase media, quien será la creadora de lo que en el interior del país, y hacia el exterior, florece como lo verdaderamente nacional y novedoso: pintura, teatro, música, literatura en general, investigación histórica y científica. La burguesía en sentido estricto, esto es, el conjunto de las familias más o menos ligadas entre sí que poseen las haciendas, los bancos y corporaciones, las industrias, las cadenas de almacenes, los medios de comunicación y transporte, las firmas constructoras y las demás unidades económicas importantes, domina todo aquello que integra el oden del dinero, pero sigue careciendo del sentido y la urgencia de los valores propiamente intelectuales y estéticos.

Unos cuantos individuos pertenecientes a ella por nacimiento y relaciones de propiedad, pero en íntimo conflicto con sus normas, se convierten en intelectuales y artistas al precio de su ostracismo, no siempre dorado. Son sus bastardos espirituales.



Si antaño únicamente los miembros de la élite social y económica, viajeros y espectadores versátiles, se asomaban al panorama cosmopolita y ostentaban en su instrucción los encantos de la universalidad fantasmal o vacía del imitador - gesto apenas - ahora en cambio son los intelectuales, los estudiosos y los artistas de la clase media, abigarrada y emergente, quienes no sólo persiguen con sagacidad y sencillez las imágenes y los conceptos de la modernidad en curso (-dialéctica, sociología, existencialismo, psicoanálisis-) sino que además, y gracias a esa cultura crítica que los ideólogos y diletantes de la clase dominante ignoraron por completo o calumniaron de oídas, acceden a una universalidad **real**, estructurada y subversiva por cuanto puede convertirse en **obra**.

El anacronismo local y la resignación política estallaron al mismo tiempo bajo la reflexión y el atrevimiento de estos nuevos vástagos de la clase media. La cultura como "distinción" convencional u ornamento al servicio de reaccionarismos y arribismos escépticos por fin dejaba de contar.

Correlativamente, ya la simulación libresca tampoco funcionaba. La lucidez al desnudo, y con ella la posibilidad de desarrollo de una genuina cultura intelectual, asomaba en esa mirada, a veces no exenta de odio. Odio, sí. Aunque no siempre se lo expresara sino bajo la forma de un empeñamiento silencioso en la negación, o en la idea antiburguesa, cuya etapa sectaria hubo de atravesar por los altibajos de las militancias más variadas -pintorescas a menudo-

En el terreno puramente político no faltó siquiera la oficiosa doctrina según la cual el motor del cambio revolucionario ya se habría desplazado de la clase obrera hacia la clase media. Sería ésta entonces la portadora de la revuelta, ya que nuestro proletariado había sucumbido envuelto en el inmediatismo y el economismo sindicales, entregándose así al embeleso de sus patrones, **en la instancia más honda de la sustentación del sistema**. Claro está que la llamada aristocracia obrera, o alta burocracia sindical, más venal y mañosa cada día, más corrupta y prepotente en los países latinoamericanos, parecía justificar dichas teorizaciones.

Trabajada a escala global desde Méjico hasta Chile por los estrategas de la O.I.T. y

del denominado "socialismo libre", esa burocracia obrera y **ex-obrera**, más o menos desde los años 50 se fue convirtiendo en toda una fuerza integradora del sistema. Inclusive, éste empezaría a sacar de allí ministros del trabajo, ejemplares apóstoles de la conciliación de clases...

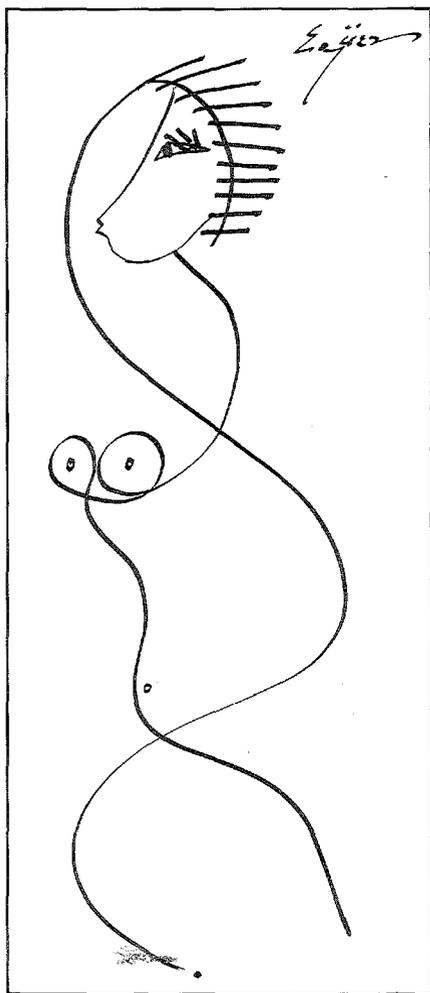
La intelectualidad de la clase media se replegó también hacia posiciones autocriticas, se refugió en la espera y se aisló en mayor o menor grado de la dirigencia obrera. Tan sólo aquellos sindicatos que agrupaban a los sectores medios en proceso de rápida proletarianización - maestros y empleados bancarios en especial - seguirían radicalizándose hacia la izquierda. Y gracias a su proselitismo se difundían los esquemas marxistas a escala nacional mediante la cátedra en colegios y universidades, en periódicos y boletines gremiales, en cursos, seminarios y conferencias para estudiantes y empleados.

Habiendo surgido en breve tiempo y a partir de la victoria cubana un mercado para los textos marxistas, la década de los años 60 trajo el "boom" de la literatura política y sociológica radical en nuestras ciudades.

Todo esto suscitó la conciencia crítica en lo que pudiéramos considerar la vanguardia estudiantil y laboral de la clase media. En el caso colombiano, es la época del nacimiento del nuevo teatro que, en realidad, era el primer teatro propiamente nacional. El único verdaderamente propio, destinado a madurar y trascender algún día.

A lo largo de toda aquella década, y quizá hasta bien corrida la siguiente, ese teatro vivió en constante experimento y, tanteando a través de su marginalidad respecto de la cultura oficial, se creó su público entre sectores medios y proletarios. Fue un teatro de agitación, brechtiano de alguna manera, inspirado en temas de historia nacional y que tampoco se privaba de reinterpretar ocasionalmente ciertas obras clásicas para extraerles su meollo crítico, utópico, o rebelde: Los Griegos, Shakespeare y Calderón, Lope y Tirso de Molina... Y, entre los modernos Brecht, Sartre, Ionesco y los norteamericanos.

Nacía igualmente por entonces una pintura, una música, una poesía y una narrativa de clara intención irónica y contestataria. Nada de ello se parecía, en todo



caso, a lo que el estado y los escasos centros de difusión creados antes burguesía criolla, o bajo su patrocinio, denominaban "cultura". Ahí nada tenía que ver con el esnobismo tradicional, ni por sus "contenidos" (-intenciones y temas-), ni por sus "formas" (-lenguajes, modos de configuración-).

III

La actividad política y cultural de la clase media, cuya mayoridad en sentido histórico es tan reciente en Latinoamérica

y el Caribe (-aunque en Argentina, Brasil, Chile y Méjico el fenómeno fuese varios lustros más antiguo-), alumbró desde el comienzo actividades y valores democráticos, reformistas. En lo político, por ejemplo, el sufragio universal, incluido el posterior voto femenino. Y en lo educativo, las reformas universitarias: Argentina, 1918; Méjico, período post-revolucionario; Colombia, gobiernos liberales de López Pumarejo y Santos, 1934 - 1942.

Unicamente en lo económico, tal vez, hubo desde el primer momento la coincidencia objetiva y práctica entre nuestra burguesía y la incipiente clase media en las ciudades cuando, hacia finales de los años 20, se ponían en marcha la industrialización y la modernización bancaria, promovida por el propio estado.

Porque al irrumpir el capitalismo industrial y el financiero, con el sector "avanzado" de nuestra burguesía, vinieron a crearse a la vez las condiciones necesarias para el desarrollo numérico y cualitativo de la clase media urbana. El incremento en sentido moderno del sector de los servicios en el área estatal y en el campo de la iniciativa privada -aun mucho más vasto y dinámico-, y la ampliación del sistema educativo, constituyeron el signo y el destino de aquella emergencia de las capas medias.

Sin embargo, debido al desempleo estructural, insuperable dentro de las condiciones de una economía descabezada y subalterna, todavía predominantemente agrícola entonces y con todas las lacras del retraso tecnológico, el Estado tenía que convertirse en el empleador principal. Los partidos tradicionales, policlasistas y hegemónicos, llegaban por turno al comando de la administración, pero sólo para redistribuirse los empleos y multiplicarlos al capricho y con criterio exclusivamente electoral y clientelista.

Así, bajo el principio irracional de las satrapías, aplicable invariablemente en el terreno administrativo para la casta política -conectada desde siempre con los grupos económicos más parasitarios-, vino a enquistarse en el aparato entero, desde la capital del país hasta las poblaciones más lejanas, el burocratismo más corrupto y corruptor, más venal y mentiroso, verdadero ejército de mercenarios al servicio privativo y devoto de las respectivas jerarquías. Puras bandas de asalto concentradas sobre el tesoro público.



Los servicios de acueducto y alcantarillado, de electricidad y aseo, de comunicaciones y mantenimiento de vías, de salubridad y educación, entraban en crisis por los alcances continuos y cada vez mayores de los presupuestos.

Los jefes políticos, en muchas regiones, entraban simplemente a saco -algunos siguen haciéndolo- en las rentas y en las partidas o rubros de gastos del municipio, la provincia y la nación, para financiarse sus campañas electorales, con la complicidad burocrática bien asegurada gracias al general y constante asedio del desempleo.

El robo directo e indirecto -por el sistema de las compras y los contratos de obra dolosamente amañados en las condiciones y los precios, a fin de darle paso al negocio-, ha constituido en nuestros países, regidos por el "lumpen" millonario, una de las grandes trabas internas para el desarrollo y la claridad de las reglas.

La irresponsabilidad histórica y la corruptela de la denominada "clase dirigente" criolla fueron manifiestas desde su comienzo. Así, en la década de 1840-50 el Barón Gros, encargado de negocios de Francia en Bogotá, se expresaba así, de acuerdo con sus observaciones en la Nueva Granada.... (...) La clase que se dice culta, aquella que ha destruido el poder monárquico para instaurar el suyo, no tiene ninguna instrucción, ningún sentimiento de moralidad, ningún principio de justicia. Su interés y sus pasiones son el sólo móvil al cual obedece. Dispensa sobre un vasto territorio, ejerce una influencia que tiene algunos hombres bajo sus órdenes los hace obrar según su capricho, cada cura hace otro tanto en su pueblito, cada propietario sobre su finca" (Citado por Germán Colmenares, en Partidos Políticos y Clases Sociales en Colombia, Pág. 29. Edición sin fecha ni pie de imprenta.)

En este marco social era imposible que esa clase creara cultura alguna, en la acepción sería del término. Su vocación de despilfarro y de engaño y su inmediatezismo "lumpen" la privaron, desde los tiempos de la república, de toda perspectiva auténticamente creadora.

Y a medida que, a pesar de ella, el país evolucionaba en la espontaneidad casi salvaje de una economía librada a la improvisación y a la emergencia endémica, por lo alto el latrocinio prosperaba fabulosamente. Es que los contactos con los

mecanismos internacionales de transferencia del dinero se han desarrollado de un modo correlativo. Ahora ya no sólo robarán en las elevadas instancias del poder estatal y del privado -intercomunicados en la común empresa del ilícito a gran escala-, sino además al nivel de los denominados "mandos medios", desde las posiciones administrativas y auxiliares ocupadas por los técnicos y especialistas salidos de la clase media, la auténtica clase universal entre nosotros. Lo cual es apenas lógico en los términos del sistema, ya que los elementos técnicamente más aptos surgidos de la clase media tenían a su turno que corromperse al ingresar en los secretos contables y operativos de la casta podrida.

Colocado así por la providencia del subdesarrollo en tan discutibles manos, el país neocolonial quedaba cautivo para siempre, o sea mientras durase el orden socioeconómico heredado, en el conocido circuito: despilfarro, crédito externo para realimentarlo, y miseria de las mayorías.

Siempre en aumento, siempre a medio camino entre la indigencia y el hartazgo por delegación, oscilando entre la importancia absoluta del absoluto subalterno y la migaja del poder que algunos de sus miembros más audaces pagan con la abyección y con el olvido piadoso de las primeras dudas, esta clase media sigue dando "para todo". Produce jefes y mandaderos; héroes y soplones; intelectuales y gerentes; místicos y narcotraficantes; generales, preclados y terroristas... Su versatilidad es, pues, otro atributo de su universalidad.

IV

Por eso también ella es en nuestro ámbito la clase noveladora y novelística, y no la burguesía, tan precaria internamente. Es la clase que por antonomasia tiene aquí "algo que narrar", y a quien le suceden cosas.

¿Qué cosas? Sin duda, las de la fantasía compensatoria y las de la cotidianidad en perpetuo desdoblamiento y las del lenguaje siempre en trance de restablecer el mundo. En suma: la auto-exploración de toda individualidad que por fuerza escenifica sus íntimos desacomodos con lo dado socialmente.

De su seno surgen los testigos del acontecer social, los escrutadores -obsesionados por la pregunta- y los humoristas, no menos tendenciosos. En otra parte sostuve que la Novela, género esencialmente **burgués** por sus orígenes y su evolución, se implanta como forma y modelo en nuestro anacronismo sociocultural por la época del romanticismo, **o sea precisamente cuando todavía no tenemos burguesía en sentido estricto.**

De entrada, nuestra novelística no narra ninguna vida burguesa, por la sola razón que objetivamente esa clase apenas va a comenzar con el nuevo orden económico en vía de constituirse (no orgánicamente por evolución interna, sino por inducción y expansión de fuerzas internacionales-). Y ni siquiera eso bastaría, o sea la formal existencia de esa clase, **sino que además era indispensable la plenitud en ella misma de una subjetividad burguesa consciente de sí.**

Cuando por fin tal clase ha fraguado (habiendo nacido sobredeterminada como **periferia** del macrosistema dominante-), aún carecerá de vida propia durante un período más o menos largo. Sigue siendo hechiza, refleja, incoherente y amorfa, consumidora. Por esto mismo aún será fácil y desordenado el "ascenso" hacia ella de individuos que por motivos económicos, intelectuales o coyunturales -sobre todo en las guerras civiles y a consecuencia de ellas-, se desprenden de su medio originario. A esto lo llamarían más tarde, eufemísticamente, "movilidad social".

El espacio se geográfico en el que arraigan y se desenvuelven institucionalmente las repúblicas recién fundadas a partir de esquemas creados por la burguesía **verdaderamente universal** y colonizadora de ultramar, seguirá siendo un horizonte de frontera a lo largo del siglo XIX y hasta bien entrado el nuestro. Es cuando el espacio histórico no ha dominado todavía al otro, ni siquiera dentro de los límites del respectivo país, demarcados en forma abstracta sobre los mapas feudales del continente. Por entonces conserva todo su significado el lema de Sarmiento: probar y educar. Lo primero incluye, desde luego, el exterminio de los aborígenes, como un accidente más de la naturaleza virgen. O, según lo nombraba Sarmiento, "el desierto".

En un ciclo histórico demasiado breve y convulso, aparecen y se imponen nuestras actuales burguesías. Nada crean o

inventan. La suya es a todas luces una mentalidad de campamento. Sin vivencia ni conciencia de los procesos anteriores, toman de la civilización preexistente las ideas y las formas que requieren para instalarse en sustitución de los antiguos amos metropolitanos, **aunque sólo en la medida en que el macrosistema de dominación mundial, racionalizado y complejo, habrá de permitirlo.** Ya no serán España, ni Inglaterra, ni Francia, ni Portugal, radicados **aquí** con sus propios funcionarios, clérigos, colonos y soldados. La autonomía política y administrativa de las excolonias, reglamentada ya en Constituciones burguesas calcadas de Francia y Norteamérica, ya es una realidad palpable y cotidiana. Porque las nacionalidades se han perfilado y se van articulando internamente, al menos en sentido jurídico. Pero la independencia de sus débiles y malformadas economías seguirá siendo inestable y relativa dentro del juego de las nuevas potencias, árbitros del intercambio planetario.

Las guerras siguientes, que serán mucho más destructivas y extensas que todas conocidas hasta entonces, ocurrirán entre dichas potencias con el único objetivo de llegar a otro reparto de las zonas de influencia para sus capitales y sus capitalistas.

De manera que, en las actuales estructuras antagónicas del mundo, estas burguesías locales nada alcanzan a determinar ni decidir. En la Historia que avanza, los protagonistas son otros. Ellas sobreviven nada más que como delegatorias dentro de sus fronteras nacionales y como socios menores del coloso internacional. Quizá su insuperable marginalidad a ese nivel determine, en no escasa medida, la irresponsabilidad que caracteriza su manejo en el interior del propio país. **La casta se comporta aquí frente a la nación como el subalterno negligente en uso de vacaciones en la colonia.**

A salvo de esas ejecutorias patronales, pero abocada al mismo tiempo a la perspectiva del desempleo, la masificación y la miseria, la clase media irá madurando en esa zona intermedia entre una libertad precaria y en peligro siempre, y el despeñamiento en la temida condición proletaria.

Tal visceral incertidumbre, por una parte. Y de la otra la vacuidad de la clase dominante, polarizan esa conciencia crítica que, **aún antes de radicalizarse política-**

mente, identificará y denunciará el carácter fantasmal de los predicados y de los supuestos "valores" de esa burguesía carente de subjetividad verdadera.

Se empieza a cuestionar por fin la espontaneidad tradicionalmente admitida como fuente de verosimilitud.

Y viene enseguida el salto de la intelectualidad oriunda de la clase media universitaria, el cual consiste en el propósito de revisar la historia nacional, inspirándose en metodologías y concepciones universitarias y críticas. Así es como aparece la nueva historiografía (-en Colombia la inician Luis E. Nieto Arteta e Indalecio Liévano Aguirre y continúan, enriqueciéndola, los historiadores que despuntan en la década de 1960-70-).

Una vez llegado el proceso a este grado de distanciamiento interno, la teorización de la creatividad cultural de la clase media se torna posible.

V

No habrá por lo tanto, entre nosotros, clacisismo.



JAIME MEJIA DUQUE.

Hubo los llamados "humanistas", pero en un sentido bien diverso de lo que el apelativo comportaba en la historia de la intelectualidad europea. Nuestros eruditos sabían latín y griego y accedían más o menos a las respectivas literaturas. Y, en ocasiones, quizá con la extensión -o poco menos- que tales saberes alcanzaron entre sus modelos renacentistas. Esto no es aquí tan seguro, pero tampoco afirmaríamos a priori que no se hubiese dado así en algunos de nuestros estudiosos del siglo diecinueve y principios del veinte.

Lo importante es recordar como observación de fondo que, en todo caso, tales eruditos nuestros **carecían de contexto**. Vale decir que la excepcionalidad de sus conocimientos literarios y filosóficos -pues a ellos se contrajeron en lo esencial sus estudios-, era fruto de una deliberación individual ajena a las demandas del medio nativo. Sus especulaciones, cuando las ensayaban, no podían versar sino sobre determinados aspectos y fragmentos de "lo antiguo", vislumbrados desde lejos, con una lejanía no sólo cronológica y espacial, sino además subjetivamente insalvable, debido a la inexistencia de un proceso de genuina cultura burguesa **desde la cual fundar la vivencia de aquella nostalgia de la Antigüedad grecolatina que por sus contenidos involucrados de hecho en los conflictos ideológicos de la época caracterizó a la postre al humanismo**. Erasmo, Pico de la Mirándola, Moro, Ficino, Vives, Lipsio, y los demás, eran ante todo críticos más o menos sibilinos de la visión escolástica y del jerarquizado inmovilismo del Medievo. Pero lo eran **desde adentro** de esa misma tradición que los había conformado desde la infancia.

Como recuperación ideal de la supuesta armonía de las formas aurales de la cultura europea, el humanismo implicó de hecho una vasta maniobra simbólica de la burguesía que, rompiendo ya el cascarón del "estado llano", iba asumiendo sus roles en la totalidad de las prácticas sociales.

Frente al sofoco político, económico, moral y estético de la feudalidad en crisis, los intelectuales de la clase en ascenso, ejerciendo a la sazón sus funciones "orgánicas" dentro de ella, se apoyaron en esas idealizaciones tan necesarias como polémicas de la cultura clásica. Lo antiguo sería pues lo ejemplar y deseable, lo humano carnal, digno de ser reactualiza-

do. Y así el "humanista" europeo sería necesariamente un erudito, un hombre "versado", porque su proyecto global de renovar la vida debía nutrirse de un conocimiento documentario del pasado precristiano: **su deseo era ya un saber**. Y del fondo mismo de tales convicciones nacería el otro pensador de esos tiempos de transición, el inglés isabelino Francis Bacon, el empeño filosófico y científico de "dotar a la vida humana de nuevos inventos y nuevos recursos", según sus propias palabras.

Se redescubre lo natural-humano porque la nota cualificadora de la cosmovisión burguesa es el **realismo**, actitud contrapuesta a las formalizaciones externas de la escolástica. Contra la ficción teológica y el dogma de la autoridad fundada fuera de la historia, la clase nueva esgrimía el análisis de las causas y la crítica de lo recibido (-todavía a mediados del siglo XIX, Hipólito Taine dirá que, "jamás ninguna monarquía invitó a las gentes a comprobar sus títulos"-).

El hombre, representado por el investigador humanista, "renace" así al disfrute de su autonomía frente a las viejas tutelas metafísicas. La edad de la razón ha comenzado.

Empezaba también el ciclo de los navegantes, geógrafos y descubridores cuyas hazañas abren la era de la conquista y la colonización. De donde arranca el devenir de nuestra realidad dependiente.

La feudalidad, que declinaba en la patria de los navegantes y los conquistadores, pareció revitalizarse en América. Y hasta se "implementó" acoplando en sus estructuras productivas la esclavitud, esa forma de explotación directa del hombre por el hombre, que ya se daba por definitivamente olvidada. Ahora los traficantes de esclavos son mercaderes de corte burgués, por cuanto saben convertir en dinero contante y sonante a pueblos enteros, reducidos de antemano a la condición de utensilios. Proveen mano de obra bruta, acémlas parlantes, a esos colonos imperiales que viven "como si" el orden feudal no hubiese muerto. Su presente colonial no será entonces más que una prehistoria artificialmente procurada, ya que podían disponer hasta de una modalidad de riqueza y apropiación que el mundo feudal había abolido.

Se instaura así **nuestro** mundo bajo la ley macroeconómica del **anacronismo**.

Esto es lo que estructuralmente hará que no seamos del todo ya Occidente. Y puesto

que con tal evidencia tampoco somos Oriente, constituimos otra peculiaridad. Otra dimensión de lo histórico que, habiendo emanado de una distorsión en vasta escala de la historicidad europea (-en lo que radica en suma el denominado "tercer mundo"...!), por sí sola y bajo la forma de procesos anticoloniales y anticapitalistas, encontrará la ruta de lo humano hacia la universalidad y la soberanía.

VI

Lo que sí tendremos, será capitalismo. Aquí el sistema se reproducirá, pero con carácter dependiente. Con esta condición periférica y descabezada del subsistema se corresponde la indole subsidiaria y subjetivamente borrosa de nuestras burguesías. En esta aridez espiritual radica el hecho de que, en el balance de su comportamiento como clase poseedora y gobernante, el saldo de sus depredaciones y despilfarros sobrepasa con mucho al de sus efectivos aportes de la mejoría de la vida colectiva. Ella misma ha desmantelado, al modo **lumpen** que la distingue, las instituciones que adoptó instrumentalmente de la burguesía metropolitana y que la acompañaron en el periplo de poco más de un siglo que va desde su alborear republicano hasta su corruptora hegemonía.

Paradójicamente ese desmantelamiento empezó bajo el ciclo de relativa bonanza. ¿Acaso no fue después de la crisis de 1929-30 y luego durante la segunda guerra mundial cuando, ascendiendo en el desarrollo de la industria de transformación, nuestras burguesías se tornaron más cínicas? La entrega de los recursos naturales de nuestros países a las compañías de capital norteamericano se aceleró desde aquellos años. Hablo aquí de países que nunca padecieron el dominio directo de los Estados Unidos y en los cuales, por ende, no se tuvo nada parecido a una Enmienda Platt.

Lo que en sana lógica pudiera suponerse que habría de ser el comienzo del enriquecimiento y la afirmación nacionales, marcó aquí el arranque hacia el deterioro institucional típicamente **lumpen-burgués**. Responsable ella sola del manejo de la economía, la clase dominante ha tratado la riqueza nacional acumulada como inexhausto botín para su derroche exclusivo.

Atareada en este modo de posesión parasitaria y no habiendo asimilado la cultura burguesa a la que supuestamente encarnaba por encima de la población local, ella carecía

do. Y así el "humanista" europeo sería necesariamente un erudito, un hombre "versado", porque su proyecto global de renovar la vida debía nutrirse de un conocimiento documentario del pasado precristiano: **su deseo era ya un saber**. Y del fondo mismo de tales convicciones nacería el otro pensador de esos tiempos de transición, el inglés isabelino Francis Bacon, el empeño filosófico y científico de "dotar a la vida humana de nuevos inventos y nuevos recursos", según sus propias palabras.

Se redescubre lo natural-humano porque la nota cualificadora de la cosmovisión burguesa es el **realismo**, actitud contrapuesta a las formalizaciones externas de la escolástica. Contra la ficción teológica y el dogma de la autoridad fundada fuera de la historia, la clase nueva esgrimía el análisis de las causas y la crítica de lo recibido (-todavía a mediados del siglo XIX, Hipólito Taine dirá que, "jamás ninguna monarquía invitó a las gentes a comprobar sus títulos"-).

El hombre, representado por el investigador humanista, "renace" así al disfrute de su autonomía frente a las viejas tutelas metafísicas. La edad de la razón ha comenzado.

Empezaba también el ciclo de los navegantes, geógrafos y descubridores cuyas hazañas abren la era de la conquista y la colonización. De donde arranca el devenir de nuestra realidad dependiente.

La feudalidad, que declinaba en la patria de los navegantes y los conquistadores, pareció revitalizarse en América. Y hasta se "implementó" acoplando en sus estructuras productivas la esclavitud, esa forma de explotación directa del hombre por el hombre, que ya se daba por definitivamente olvidada. Ahora los traficantes de esclavos son mercaderes de corte burgués, por cuanto saben convertir ~~en~~ dinero contante y sonante a pueblos enteros, reducidos de antemano a la condición de utensilios. Proveen mano de obra bruta, acémilas parlantes, a esos colonos imperiales que viven "como si" el orden feudal no hubiese muerto. Su presente colonial no será entonces más que una prehistoria artificialmente procurada, ya que podían disponer hasta de una modalidad de riqueza y apropiación que el mundo feudal había abolido.

Se instaura así **nuestro mundo** bajo la ley macroeconómica del **anacronismo**.

Esto es lo que estructuralmente hará que no seamos del todo ya Occidente. Y puesto

que con tal evidencia tampoco somos Oriente, constituimos otra peculiaridad. Otra dimensión de lo histórico que, habiendo emanado de una distorsión en vasta escala de la historicidad europea (-) en lo que radica en suma el denominado "tercer mundo"...!), por sí sola y bajo la forma de procesos anticoloniales y anticapitalistas, encontrará la ruta de lo humano hacia la universalidad y la soberanía.

VI

Lo que si tendremos, será capitalismo. Aquí el sistema se reproducirá, pero con carácter dependiente. Con esta condición periférica y descabezada del subsistema se corresponde la indole subsidiaria y subjetivamente borrosa de nuestras burguesías. En esta aridez espiritual radica el hecho de que, en el balance de su comportamiento como clase poseedora y gobernante, el saldo de sus depredaciones y despilfarros sobrepasa con mucho al de sus efectivos aportes de la mejoría de la vida colectiva. Ella misma ha desmantelado, al modo **lumpen** que la distingue, las instituciones que adoptó instrumentalmente de la burguesía metropolitana y que la acompañaron en el periplo de poco más de un siglo que va desde su alborar republicano hasta su corruptora hegemonía.

Paradójicamente ese desmantelamiento empezó bajo el ciclo de relativa bonanza. ¿Acaso no fue después de la crisis de 1929-30 y luego durante la segunda guerra mundial cuando, ascendiendo en el desarrollo de la industria de transformación, nuestras burguesías se tornaron más cínicas? La entrega de los recursos naturales de nuestros países a las compañías de capital norteamericano se aceleró desde aquellos años. Hablo aquí de países que nunca padecieron el dominio directo de los Estados Unidos y en los cuales, por ende, no se tuvo nada parecido a una Enmienda Platt.

Lo que en sana lógica pudiera suponerse que habría de ser: el comienzo del enriquecimiento y la afirmación nacionales, marcó aquí el arranque hacia el deterioro institucional típicamente **lumpen-burgués**. Responsable ella sola del manejo de la economía, la clase dominante ha tratado la riqueza nacional acumulada como inexhausto botín para su derroche exclusivo.

Atareada en este modo de posesión parasitaria y no habiendo asimilado la cultura burguesa a la que supuestamente encarnaba por encima de la población local, ella carecía

en verdad de toda noción de la cultura como realidad comunitaria y rostro de la identidad nacional. Inicialmente su esnobismo, y luego su avidez inmediatista, la ubicaron al margen de la creación cultural en sentido propio. Su visión canónica y epidérmica de lo que sus voceros denominaban pomposamente "cultura", a la postre no vino a ser sino un elemento más de confusión y un agregado a la ideología mayor del neocoloniaje.

Es por ello por lo que la clase media, si bien venía fraguando como sector asalariado, encontró el espacio sociocultural abierto a su iniciativa artística, técnica y científica, ya que desde antes tuvo acceso en buena medida a la educación superior. Espacio aquel que, por supuesto, al madurar las contradicciones económicas y políticas entre la clase dominante y el resto de la población, habría de enrarecerse y radicalizarse de manera ostensible. Se preparaba así también la ruptura de los partidos policlasistas y verticales que habían regido desde el siglo XIX.

Visualizado como la eclosión de una nueva subjetividad a partir de la fractura de la objetividad paternalista y, con ella, de la falsa armonía dentro del sistema dependiente, todo lo anterior transforma a la clase media -proclive ya a proletarizarse- en protagonista y gestora, junto con los sectores más conscientes fuera de ella, **simultáneamente de la disidencia política y de la genuina cultura nacional.**

Por esto mismo los tradicionales defensores de lo dado empezaron a sindicarse "subversiva" toda aquella efervescencia intelectual y artística. A principios de la década 1980-90, en Colombia un general "reaganista" dio cuerpo de doctrina a lo que dominó "subversión cultural", con criterio castrense.

Lo de fondo, o sea el hecho de que la cultura post-folclórica en nuestro medio sea conscientemente cuestionadora, crítica, contestataria frente al viejo "establecimiento", no podría ser negado.

Lo que ocurre es que ahí el problema no radica tanto en el hecho mismo de la emergencia de la cultura real como proceso visceralmente politizado, cuanto en la perspectiva bajo la cual se lo considere. Vale decir: lo problemático emana de la ideología previa al enfoque del acontecimiento. Lo cierto es que toda renovación cultural fue siempre y en cualquier latitud un suceso político en sentido suprapartidario.

De tal modo nació la cultura del **ecumene** cristiano frente al paganismo en crisis, y la burguesa frente a la feudalidad esclerosada.

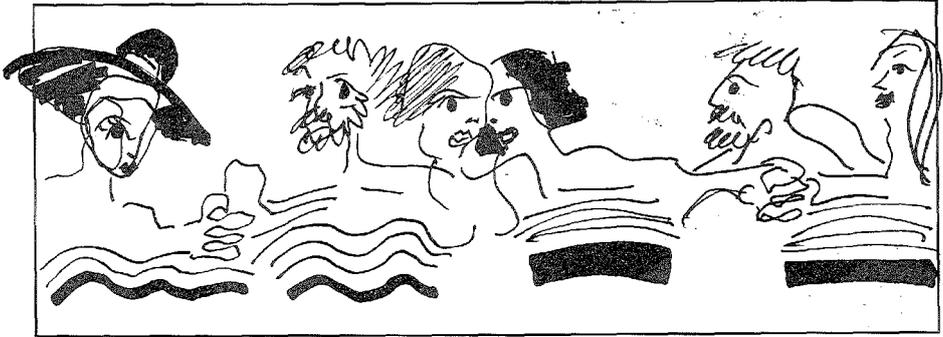
Porque en realidad jamás hubo creación en la pasividad ante lo recibido. Pero cuando a la insatisfacción puramente estética respecto de las formas dadas vienen a sumársele el descontento y la frustración por causa de las condiciones generales de existencia, **la naciente cultura coincidirá de manera inevitable con la beligerancia objetiva, que sin duda le dará su "tono" al proceso entero.**

Es este el período turbulento en el que **cultura y rebelión** coinciden y se ligan en el horizonte de una sola praxis. El poeta, el prosista, el artista plástico, el músico, el investigador, el educador, podrán seguir entonces trabajando como especialistas en sus respectivos campos, el margen muchas veces de la opción directamente política, sin dejar por ello de incidir en la lucha social que corre por sus propios cauces. Es pues el impetuoso empuje de la transformación material y espiritual de la sociedad, a lo que se pretende resistir ante el confuso estigma de "subversión cultural".

En nuestros países de reciente y distorsionada formación capitalista, la burguesía continúa defendiéndose por su propiedad de los medios productivos y en consecuencia también como la clase globalmente beneficiaria de la gestión administrativa del estado y no menos ampliamente favorecida por legislaciones inspiradas y orientadas sobre el mismo principio hegemónico.

Sin embargo, la brevedad y la anomalía de su desarrollo y, en suma, su vulnerabilidad histórica, agravada por su condición ancilar respecto de los centros del capitalismo mundial, le impidieron a la vez hacerse una cultura propia y asimilar positivamente la de la burguesía metropolitana, con cuyas hazañas seculares amasaba sus alegorías más cursis. Nunca dejaría de ser la clase parroquial dominada por los reflejos de socio minoritario.

Mientras las imposibilidades y las tensiones del sistema permanecieron larvadas, esta clase periférica vivía la ilusión -y se esforzaba en imponerla- de que en su país ella encarnaba **la cultura**. Confundía pues sus ceremonias más o menos ilustradas y su información codificada por las academias, con la espiritualidad victoriosa de la añeja burguesía.



Esta es precisamente la situación a la que pone fin el despertar intelectual y político de la clase media cuyo desenvolvimiento fue, por lo visto, el más orgánico, pese a la celeridad y anticipidad del proceso que la generó en el interior de nuestra mutación urbana.

Este cambio, al que por su ritmo y su desorden se calificó de "explosivo"-a diferencia de lo sucedido en la cuna del capitalismo-, despuntó entre nosotros poco tiempo antes de que la crisis de la dependencia se manifestara. Y evolucionó con ella. O sea que nuestra clase media venía amenazada desde su nacimiento por la pauperización eventual. Y si tenemos en cuenta que la curva de su incremento en número y en influencia sobresale justamente desde la crisis agraria y el febril inicio de la industrialización relativa y de la expansión del sector financiero: y si además advertimos que todo esto se deba en el marco del desequilibrio crónico, podemos entonces inducir que nuestra clase media **es hija de la crisis**.

Para afirmarse en el terreno cultural, aparentemente ocupado por la burguesía local, pero realmente abandonado por ella, el intelectual y el artista de la clase media tuvieron que proponerse desde un principio "tematizar" los antagonismos nacionales que de uno u otro modo constituían su experiencia cotidiana. No podían compartir el sosegado artificio de los llamados valores tradicionales, convertidos en "antivalores" por el descrédito en que la propia burguesía **lumpen** los había sumido. Religión y política, economía y administración, universidad y familia, moral y propiedad, todo aquello se volvía hontanar de frustraciones y violencias. Todo reproducía las tensiones que ningún estamento de la sociedad alcanzaba a eludir.

En este punto de la situación, si por ejemplo se trata de escribir narrativa, es la vida de las capas medias la que brindará al escritor los suficientes matices dramáticos, humanísticos y paradójales para urdir historias de interés general. Más aún: Ahora el narrador no surgirá sino de las propias capas medias.

Si bien la novela en su acepción clásica europea contó la vida y los ensueños de la burguesía, en cambio en América Latina y el Caribe la novela no es burguesa. En sus obras más representativas se nos muestra casi siempre a las gentes de mediana condición y, a veces, a personajes y grupos socialmente marginados. Pero también -lo cual se aleja todavía más de los perfiles clásicos del género- se convierte en la recreación de alguna fábula, leyenda o saga provinciana, popular o más o menos folclórica. Como historia imaginaria y hasta mítica en ocasiones, el texto resultante es sin duda novelesco. Pero incomparable con el realismo puntual de la narrativa europea y aun de la norteamericana tan diversa, a su vez, de aquella.

Con las demás formas acontece lo propio: es la mirada del autor venido de la clase media, recreando sus vivencias originarias en ámbitos que la burguesía ignora. Juzgadas en esta perspectiva, nuestras burguesías son ciegas a las formas orgánicamente generadas por la emergencia de contenidos nuevos. Su condición espiritual no cambia de manera alguna con la simple acumulación de objetos de cultura, tan imponente en ciertas colecciones, bibliotecas y pinacotecas en los hogares de nuestros burgueses.





El Escritor Latinoamericano

Alfredo Bryce Echanique

Creo que el escritor latinoamericano es, ante todo, un escritor como cualquier otro, escritor *tout court*: escritor y punto. Me explico. El escritor latinoamericano ha logrado ya reunir en su persona aquellas características que le son otorgadas por diversos contextos culturales, históricos, demográficos, sociológicos, etc., que son los de su región, de su realidad circundante. Había en ello un enorme desafío por hacer, y que consistía en restituírle a América Latina su unidad y su plenitud.

Heidegger decía que la palabra es la morada del ser. Sin embargo, en América Latina la palabra, el lenguaje, se habían distanciado casi por completo de la realidad del continente, dividido al máximo por fronteras irreales y por los más absurdos nacionalismos. En efecto, la dominación española dejó en América todos los elementos para un destino común, para una literatura y un lenguaje comunes, únicos y plenos. Contábamos con tres siglos de historia común, con una religión, un idioma, una cultura.

Sin embargo, al producirse la independencia en los primeros lustros del XIX, nuestros pensadores y, sobre todo, los caudillos militares que llenaron el vacío de poder dejado por la administración española, se dejaron influenciar por el liberalismo y los nacionalismos europeos de ese período, trasladándolos a realidades poco o nada aptas para ellos. Se puede, en efecto, comprender a los soldados de Garibaldi o a los rebeldes polacos que luchan por ideales nacionales en lugares donde sí hay etnias, idiomas, religiones y culturas diferentes. Pero el traspaso de estas ideas a nuestro continente resultó absurdo, pues sólo sirvió para alimentar ambiciones personales de poder local o, cuando más, regional, dando lugar a la creación de fronteras allí donde los españoles habían trazado únicamente límites, líneas de fronteras administrativas. Es lo que Vargas Llosa llama, no sin amargura y cólera, nuestras estúpidas fronteras.

Asistimos, pues, al nacimiento de naciones sin nacionalidades, cuya expresión al nivel del lenguaje va a introducirse en el discurso de nuestros pensadores y hombres políticos, en nuestras leyes, códigos y constitucionales. Emanciparse de España fue, para la intelectualidad latinoamericana del siglo XIX, caer bajo la influencia de lo francés, lo inglés y lo norteamericano, pero no como información sino como calco



y copia: o sea una nueva colonización mental que llega acompañada por un nuevo tipo de colonización económica que se desplaza, con el tiempo, de la órbita inglesa a la estadounidense. Llegamos así a un lenguaje que en nada se refería a nuestra realidad. De allí que no falta quienes afirman que, en América Latina, el verdadero surrealismo hay que encontrarlo en nuestras constituciones, en nuestros códigos, o en nuestro sistema parlamentario, pues unos y otros no son más que un calco totalmente inapropiado de leyes e instituciones de los Estados Unidos, Francia, e Inglaterra. Se crea de esta manera -o se pretende crear- un lenguaje que, en vez de referirse a la realidad latinoamericana, a sus variantes regionales, a su unidad y plenitud en un devenir histórico tan cierto como común, da por establecida una serie de falsas e inexistentes diversidades.

Se puede hablar de toda una América imaginaria, producto de la mente y del arte europeo, y que puede ser barroca, romántica, neoclásica, etc. Pero se puede también hablar -y ésto es lo grave- de una América Latina falsamente francesa o anglosajona. En ella, ya predisuestos como estábamos, caeremos en los falsos influjos de modas y corrientes artísticas que no serán más que trasnochadas versiones de lo europeo mal y tardíamente fabricado en un territorio en el que todo el mundo parecía esmerarse por negar la realidad. Esto - lo hemos visto - ya funcionaba así en nuestros textos políticos. Y sólo la fuerza, la violencia, el golpe de estado o el cuartelazo podían devolvernos una falsa calma europea y volver a alejarnos de ese presente que, cada vez más, el hombre latinoamericano pretende y merece alcanzar: su propio presente, su propia historia, su propio lenguaje.

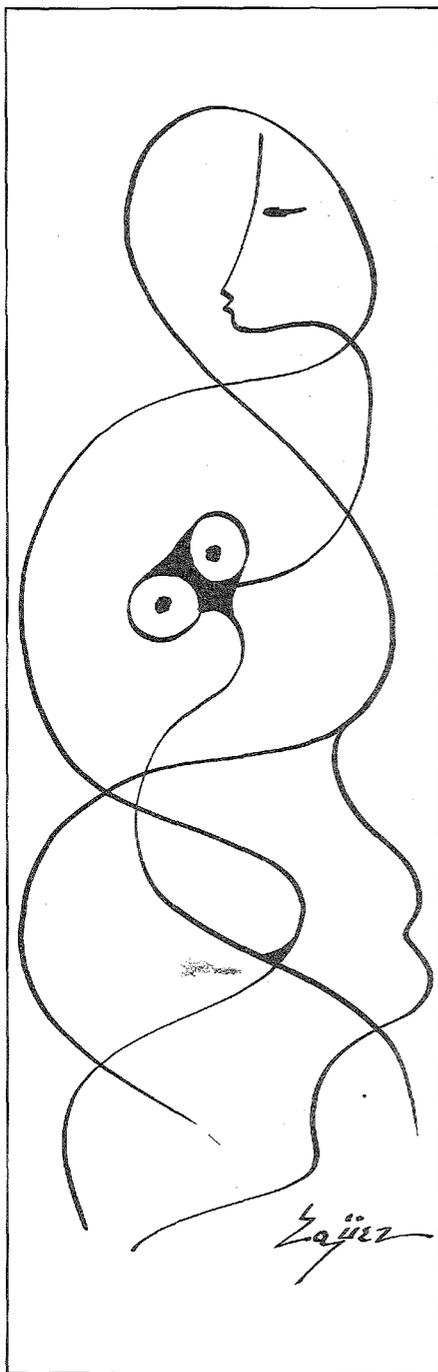
Los escritores latinoamericanos fueron los primeros en tomar conciencia de este hecho, cuando desde Darío hasta Lugones, emprendieron la tarea de devolver a América Latina, gracias a sus obras literarias y a su lenguaje, unidad y plenitud. Es ya la misma unidad, la misma plenitud, que encontramos en la literatura narrativa contemporánea, cuyos grandes fundadores han sido escritores como Herbes, Carpentier, Uslar Pietri, o Miguel Ángel Asturias. Los acompañan, en la poesía, Neruda, Vallejo y Nicolás Guillén, entre otros. Ellos, antes que nadie, empezaron a escribir como latinoamericanos, a poblar de palabras un continente que había sido descrito más no escrito. A alejarse de los cronistas españoles que se sirvieron de un castellano que, a lo más, podía describir la Castilla del siglo XVII. Cuando no, tiempo

más tarde o paralelamente, las fórmulas del naturalismo con el que la novela indigenista anterior a Asturias o José María Arguedás, por ejemplo, intentaba acercarse con ojos extraños en Europa en las fantasías de Rousseau, Marmontel, Chateaubriand, o Benjamin de Saint Pierre. Era, como se ve, muy largo el camino de regreso hasta el indio que se tenía ahí, al lado...

Pero este retorno, como lo he señalado y brevemente explicado, se ha realizado ya. Deja ahora al verdadero escritor latinoamericano confrontado con ese espíritu de rebelión del que hablaba tan acertadamente Camus en *L'homme révolté*: una rebelión metafísica que se traduce en el plano estético.

Camus se plantea bastante en profundidad todas las formas que puede adquirir la rebelión del hombre contra su destino y; en el caso del escritor, parte de la definición misma de lo que es una obra literaria o, más en particular, una novela. Según el *Litttré* (los demás diccionarios consultados aportan definiciones bastante afines), la novela "es una fabulación escrita en proceso", o, lo que es lo mismo, una "falsa historia escrita en prosa". Por su parte, el crítico católico Stalinista Fumet afirmaba que el arte, sea cual sea su finalidad, le hace siempre una competición culpable a Dios, compete culpablemente con Dios. Citemos, por último, a Thibaudet, cuya definición no se alejaba mucho de la de Fumet, al comparar *La comedia humana* de Balzac con "una imitación de Dios Padre". El esfuerzo de la literatura consiste, según estos autores, en crear universos cerrados y personajes o arquetipos acabados. En todo caso, en Occidente -cuya más grande aportación a la cultura universal ha sido, sin duda, la novela- una gran obra literaria no se limita a una reproducción fiel de la vida cotidiana, sino que, por el contrario, propone incesantemente grandes imágenes que la desbordan para lanzarse luego a su captura.

Hay, en efecto, algo insólito tanto en la escritura cuanto en la lectura de una novela. Construir una historia mediante una nueva composición y ordenación de los acontecimientos no tiene nada de inevitable ni de necesario. Aunque, por supuesto, tal empresa podría encontrar su cabal explicación en el placer que siente el autor o el lector. Cabría entonces preguntarse por qué la mayor parte de los hombres le encuentran un placer especial a la escritura o lectura de historias que son falsas. ¿Estamos ante una necesaria evasión de la realidad? Nietzsche parecía explicarlo de



esta manera puesto que afirmaba que el artista crea su obra porque encuentra la realidad demasiado aplastante. Sin embargo, éste no parece ser el caso de la novela, porque nadie se evade de nada al leerla. Una persona perfectamente feliz puede leer muchas novelas -o escribirlas-, y, por el contrario, ni la lectura ni la escritura pueden quitarnos un buen dolor de muelas.

El escritor, sea cual sea su nacionalidad, es un hombre que niega el mundo tal como éste se le presenta. Se encuentra confrontado a una realidad en la que cada acción se le diluye hasta escapársele en otra ocasión, vuelve luego a él para juzgarlo bajo los más inesperados rostros, y nuevamente se le escapa como un río desconocido cuyo curso lo llevará hacia desembocaduras también desconocidas. La tarea del escritor latinoamericano, como la de cualquier otro escritor, se le presenta cuando nace en él la imperiosa necesidad, transformada al mismo tiempo en nostalgia (*Cien Años de Soledad* es el resultado de un sapientísimo uso de la nostalgia como método de novelar y, a la vez, como hilo conductor de la acción de todo el relato que pasa, circular y constantemente ante "los ojos" y la memoria del lector), de dominar el curso de aquel río.

De lo que se trata, entonces, es de captar en última instancia la vida como destino, darle la forma que no tiene, que desgraciadamente no puede tener. Allí radican tanto el interés cuanto la seriedad de la escritura y la lectura de esta "fabulación escrita en prosa", de lo que, visto más superficialmente, no sería más que una falsa historia, pura ilusión verbal. Y es que el mundo novelesco no es más que una corrección del mundo conocido, siguiendo el más profundo deseo del hombre. Se trata, en última instancia, del mismo mundo del lector y del escritor. El sufrimiento, el amor, la alegría o la pena son otros. Los personajes de las novelas hablan nuestro idioma, sus fuerzas y debilidades son también las nuestras. Y su mundo no es ni más bello ni más edificante que el nuestro.

La diferencia está en el conocimiento que esos personajes llegan a tener de su destino. Los héroes más conmovedores de la literatura latinoamericana son tan conmovedores como los más grandes personajes de la literatura de cualquier otro lugar. Y lo son porque van hasta el final de su destino, hasta el último extremo de su pasión. Llegamos a conocer su total medida

y nos muestran que ellos, al menos, **terminan**, mientras que nosotros no **rematamos** nunca. La novela latinoamericana, para serlo, tiene que ser, como toda la novela occidental, antes que nada un ejercicio de la inteligencia al servicio de una sensibilidad nostálgica o rebelde. Es la exigencia "camusiana" sin la cual, me parece, no se puede ir muy lejos en el campo de la literatura. Se trata, una vez, más, de escribir, no de describir; de mostrar, no de demostrar.

Resulta interesante señalar, a guisa de conclusión, que los grandes escritores latinoamericanos del siglo XX (a veces bastante desconocidos o mal conocidos en sus propios países), muy a menudo no tienen nada o tienen muy poco en común. Y hay casos en los que una obra se opone violentamente a otra. Pues bien, como señala el escritor argentino Juan José Saer (1), "Todos poseen, sin embargo, en sus escritos, un elemento que sólo se encuentra en las obras mayores de la literatura moderna: la voluntad de construir una obra personal, un discurso único, incesantemente reproducido en el afán de enriquecerlo, de afirmarlo, de individualizarlo en cuanto al estilo, hasta que el hombre que está detrás se convierta en su propio discurso y termine totalmente identificado con éste. Todas las fuerzas de su personalidad, conscientes o inconscientes, se reencuentran en una imagen obstinada del mundo,

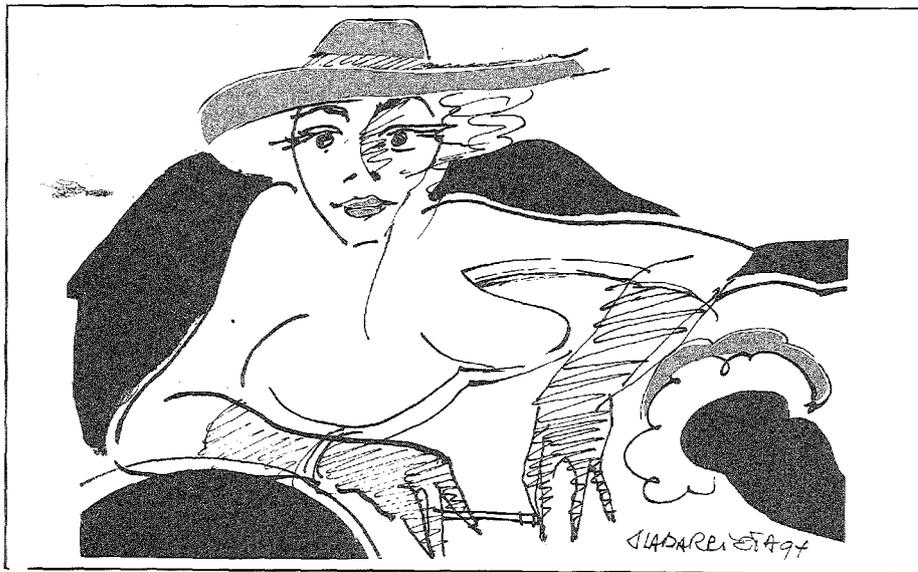
en un símbolo" que tiende a universalizar su experiencia personal.

"Por todas estas razones creo que un escritor, en nuestra sociedad, sea cual sea su nacionalidad, debe negarse a representar, en tanto que escritor, cualquier tipo de interés ideológico, de dogma estético o político... Todo escritor debe fundar su propia estética -los dogmas y las determinaciones previas deben ser excluidas de su imagen del mundo. El escritor debe ser, de acuerdo a las palabras de Musil, un 'hombre sin cualidades', es decir, un hombre que no se contenta con ser un puñado de verdades adquiridas o dictadas por su entorno social, sino que, por el contrario, rechaza **a priori** toda determinación. Esto es válido para todo escrito, sea cual sea su nacionalidad..."

Creo, pues, que, de acuerdo a lo expresado por Juan José Saer, el escritor latinoamericano es un escritor como los demás, cualquiera, escritor antes que nada: un hombre confrontado, no con la realidad de su premeditada elección, sino con la "espesa selva de lo real".



1) Juan José Saer. *Una literatura sin cualidades* (Arcane 17, Paris, 1985).



LA REALIDAD Y LA PALABRA

Mario Benedetti

Es posible que defraude algunas expectativas, pero en esta ocasión no voy a referirme al concepto de *realidad*, pura y exclusivamente como categoría filosófica que designa y define la realidad objetiva, cuyo único rasgo es el de existir fuera e independientemente de la conciencia (A. I. Búrov, *La esencia estética del arte*, 1956), ni a la *palabra* sólo como la mínima unidad lingüística independiente (J. Kramsky, *The word as a linguistic unit*, 1969). Después de todo, a lo largo de nueve lustros casi diría que me he especializado en defraudar expectativas, de manera que podré referirme, sin ninguna aprensión, a lo que todos (no sólo los filósofos o los lingüistas) entendemos por *realidad* o por *palabra*, y que a la postre es algo que no ha sido invalidado por las ciencias abstractas ni por las experimentales.

A veces nos encandilamos tanto con las acepciones (por otra parte, rigurosamente científicas) puestas en circulación

por eruditos e investigadores, que nos olvidamos de los significados que hemos acuñado entre todos y a lo largo de varias geografías y generaciones. De modo que aquí, sin el menor complejo de inferioridad, hablaremos a menudo de la realidad monda y la palabra lironda, y también viceversa.

Hoy que el castellano ha pasado a ser la tercera lengua a escala mundial, ya que la hablan (aunque no siempre la leen o la escriben) unos 320 millones de seres humanos, la palabra, en lo que tiene en un lenguaje, de signo y de medio comunicante, nos vincula a todos, y sobre todo vincula a nuestros pueblos, al permitirnos compartir un territorio que todos contribuimos a expandir: la lengua. Y esto sea dicho sin olvidar la diferenciación que imponen, tanto en España como en América, los matices, tonos y peculiaridades de inflexión, modulación y acentos, propios de cada región. Ya en 1896 anotaba Ricardo Palma: El lazo más fuerte, el único quizá que, hoy por hoy, nos une con España es el idioma. (*Neologismos y americanismos*, 1896). Tal vez hoy, casi un siglo después, no sea lícito seguir sosteniendo que es el único lazo; no obstante, continúa siendo el más fuerte, ya que otros rubros de esa relación (digamos la comprensión mutua, la colaboración económica o la simple solidaridad) dejan todavía mucho que desear.

Lo esencial es que está a nuestra disposición, aunque a menudo la desaprovechemos, la posibilidad cierta de entendernos, y aunque todos sabemos que a veces nos encontramos con palabras que en un país son corrientes o inocuas, y en otro, obscenas o agraviantes, el mero hecho de que más de 300 millones de personas usemos (y a veces abusemos de) la misma lengua, representa un privilegio del que es importante ser conscientes.

Justamente en estos tiempos, con motivo del cercano V Centenario de la llegada de Colón a las tierras que quince años más tarde (gracias a la ocurrencia y a la desinformación de cierto cartógrafo alemán llamado Martin Waldseemüller) tomarían el nombre de América, todavía se enfrentan, por un lado, la versión oficial glorificante, y por otro la memoria, todavía insepulta, de la impiedad colonizadora. No obstante, es lamentable que esa contradicción, que por supuesto no es abstracta ni mucho menos gratuita, empañe lo que es acaso el resultado más deslumbrante de aquella aventura.

En las tierras recién alcanzadas, los conquistadores se fueron enterando de la existencia del caucho, el tabaco, el chocolate, la papa o patata, y las llevaron en volandas, o más literalmente en veleros, al viejo continente, y aunque el oro y la plata no eran novedades, nos dejaron, en compensación que entonces pareció muy pobre, nada menos que la lengua, legado espiritual que en definitiva ha demostrado ser más duradera y gratificante que todas las otras y obvias riquezas.

Siempre hay metáforas que arrojan a los imperios. Por supuesto no fue necesario incorporarlas cuando esos imperios estaban en su apogeo, ya que entonces no precisaban justificaciones ni resguardos éticos; en cambio, fue preciso inventarlas cuando los imperios se jubilaron como tales y fue importante, por razones de imagen, maquillar la historia. A finales del siglo XIX, todavía escribía Clarín: Los amos de la lengua somos nosotros. ¿Habrá ocurrido algo en el siglo XX para que hoy los hispanoamericanos nos hayamos convertido en copropietarios del castellano? ¿O será que, en última instancia, las lenguas no tienen amo y por eso se desarrollan y propagan a pesar de las aduanas y otras academias? Huelga decir que siempre me han gustado más los imperios jubilados que aquellos otros que siguen en actividad, pero de cualquier manera no alcanzo a comprender por qué, aún hoy, ni en España ni en América se pone el énfasis en esa gran franja vinculante que es la lengua.

Imaginemos por un instante que deci-

mos la palabra *amor* o la palabra *odio* o la palabra *hijo* o la palabra *poder*, y que existe en el mundo una verdadera multitud que tiene la posibilidad de entender de qué estamos hablando. Ese creíble nexo ya no arroja a ningún imperio, activo o jubilado, sino a los hombres y mujeres de más de veinte países, cuyas palabras, y en consecuencia sus pensamientos, aspiraciones, sentimientos, desalientos y esperanzas, son datos en (amplísima) clave, nebulosas pero decisivas señales de identidad, contraseñas que cruzan el océano.

No nos encandilemos, sin embargo, ni españoles ni hispanoamericanos, con la prerrogativa de formar parte de tan vasta familia lingüística. Durante siglos nuestra lengua fue postergada, menospreciada, en los grandes centros de cultura mundial; era poco menos que un habla clandestina. Ahora su presencia es ineludible (hasta en los Estados Unidos, ha pasado a ser el segundo idioma) y su adversidad se ha convertido en un rasgo de su unidad. Nadie podría decir hoy: Los amos de la lengua somos nosotros, ya que, como sostiene Carlos Magis, ni el *español de América* ni el *español peninsular* son lenguas (sistema lingüístico) perfectamente homogéneas, sino *sumas de hablas* regionales (Unidad y diversidad del español, en *América Latina en sus ideas*, vol. coordinado por Leopoldo Zea, 1986).

En América Latina, la sombría cruz de esa medalla está representada por la segregación y el menoscabo de otras lenguas, no importadas sino vernáculas, ocasionados sobre todo por la generalizada e impetuosa invasión del castellano. A la llegada de los conquistadores, en lo que es hoy Hispanoamérica se hablaban numerosas lenguas aborígenes: azteca, náhuatl, maya, quiché, totonaco, otomí, caribe, arawak, miskito, suno, quechua, aymara, tupi-guaraní, cacán, araucano, etc. Varias de ellas han desaparecido, absorbidas por otras hablas indígenas de mayor desarrollo o por la forzosa irrupción del idioma del conquistador. No obstante, son numerosas las que han sobrevivido y son habladas (y en algunos casos, también escritas) por algunos millones de indioamericanos. Por ejemplo, en México hay un millón de habitantes que hablan lenguas aborígenes; el 50% de los guatemaltecos hablan idiomas de origen maya; el 30% de los peruanos no hablan castellano; el aymara abarca amplias zonas de Perú y Bolivia; en estos dos últimos países, más Ecuador, hay cuatro millones de quechuahablantes. Para-guay, por su parte, es el único país latinoameri-

cano verdaderamente bilingüe, ya que la virtual totalidad de sus habitantes hablan castellano y guaraní. En todos estos países el castellano está presente y es siempre por amor de esa hegemonía y de su innegable capacidad de comunicación, debería ser más respetuoso de las lenguas indígenas, que, después de todo, son las originarias del continente. Por otra parte, desde tales lenguas autóctonas, también ha habido modestas infiltraciones en el castellano. Todavía hoy se menciona la palabra *cano* como la primera contribución indígena al castellano: canoa que siempre ha navegado contra corriente y sin embargo no ha naufragado ni se ha detenido.

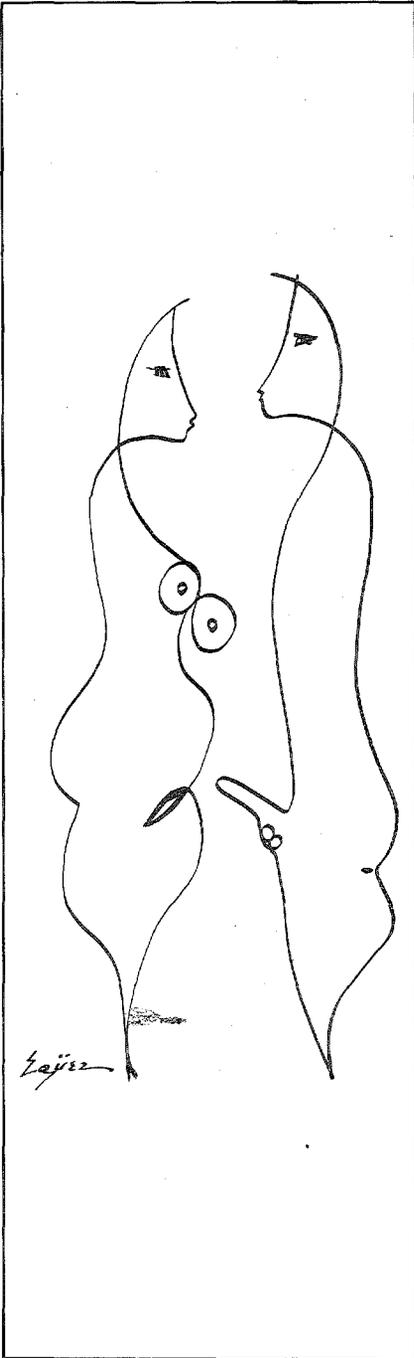
Las palabras aborígenes suelen tener una belleza natural, una sonoridad sin artificio, y por eso suelen ejercer un poder de seducción, al margen de su significado. **Decía Fernando Pessoa que la belleza de un cuerpo desnudo sólo la sienten las razas vestidas (libro do desassossego, 1982).** Las europeas son lenguas vestidas, acicaladas, bien guarnecidas por tradiciones y gramáticas; las indígenas, en cambio, son hablas desnudas, primarias, casi un sonido de la naturaleza. Sin embargo, en esa aparente pobreza reside su indeliberado poder de seducción. La geografía de América Latina está llena de esos nombres sonoros; cadenciosos, a veces atronadores, que si bien en más de un caso han extraviado su significado o su pura razón de ser, seguirán empero sobreviviendo como memoria y filiación del paisaje.

Cuando en América Latina se habla de identidad cultural, de inmediato reaparece el pasado con su magma de tradiciones, leyendas, colonialismos, influencias, agresiones, éxodos y rebeldías. Y lo confunde todo. El crítico chileno Ricardo Latcham nos bautizó para siempre como **continente mestizo**, y es obvio que ese mestizaje no sólo incluye la ya gastada acepción de raza, sino también las más válidas de lengua, migración, ideología. La mixtura es completa y en consecuencia compleja. Ya vimos que hay países como Paraguay, Perú o Guatemala, que padecen una verdadera esquizofrenia idiomática. Pero en ciertas zonas del Caribe (esa gran piscina donde se zambulleron todos los imperialismos) el problema es quizá todavía más grave. Mientras que en las grandes ciudades donde el idioma oficial es el castellano o el portugués, el escritor suele encontrar (al menos en las temporadas democráticas) casas editoriales que publiquen y difunden sus obras; en cambio, en Jamaica o Barbados; en Haití o Martinica,

la difusión depende de la limosna que le reserven las grandes casas editoriales de Londres o París. El caso de un escritor de Aruba, Bonaire o Curazao, es más dramático aún, ya que allí la alternativa es clara: o escribe en *papiamentu* (lengua criolla que es un extraño popurri, con elementos del español, el neerlandés u holandés, el portugués, el inglés y varias lenguas africanas), de cada vez más reducida práctica en la zona, o lo hace directamente en la lengua de la ex-metrópoli, o sea Holanda, pero con la desventaja, como me confesaba hace unos años el dramaturgo Pacheco Domacassé, nacido en Bonaire, de que el holandés es a su turno el **papiamentu** de Europa.

No obstante, y como probable consecuencia de su denodado esfuerzo por reconocer y asumir su identidad, son precisamente los escritores antillanos quienes han llevado a cabo en ese aspecto los más eficaces escrutinios y sondeos. Por ejemplo Edouard Glissant, de Martinica, que escribe: Tratamos de recuperar nuestra memoria colectiva y buscamos el sentido de un espacio propio. Pero Rex Nettleford, jamaicano, va más lejos aún: La pregunta ¿qué somos? lleva al deseo de lo que queremos ser. Y si lo que queremos ser ha de tener un significado práctico para Jamaica, debe haber alguna concordancia entre la **concepción externa** de los casi dos millones de jamaicanos y su propia **percepción interna** de sí mismos como entidad nacional. Y agrega: Este es presumiblemente un modo seguro de salvarse de un estado de existencia esquizoide.

La propuesta de Glissant arranca del pasado (memoria colectiva) para afirmar el presente: la de Nettleford, en cambio, arranca del presente para afirmar el futuro. Cualquier latinoamericano, si decide referirlas a su propio país, ha de sentirse identificado con ambas pesquisas. En el pasado, el elemento homogeneizante siempre vino del exterior. En el siglo XIX fue más aglutinante (así fuera para oponerse a ella) la presencia colonial de España que la hipotética afinidad entre un maya del Yucatán y un tehuelche de la Patagonia, que entre otras cosas ignoraban cada uno la existencia del otro. En el siglo XX, en cambio, y debido tal vez a la angustiosa e inevitable solidaridad que van generando el saqueo económico y las invasiones de los **marines**, es más decisiva la incesante presión de los Estados Unidos que el arduo ensamblaje de una veintena de borrosas identidades nacionales.



Hasta ahora, la realidad desperdigante ha vencido a la utopía integradora. Bolívar, San Martín, Artigas, Martí, Sandino, bregaron incansablemente por sus propias y a menudo afines, utopías y es obvio que ellas siguen vigentés. Las brújulas de una posible liberación señalan empecinadamente el rumbo de la utopía, pero ya no se trata de las ensoñaciones de corte paradisiaco que, a partir de la célebre carta de Colón, improvisaron el trazado del Nuevo Mundo. No hay que olvidar, sin embargo, que fue el mismísimo Colón quien, al describir en su *Diario* su primer encuentro con los *arruacos* (indígenas de Guanahani, isla a la que arribó el 12 de octubre de 1492), anotó puntualmente: Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. No es muy estimulante comprobar que hoy, casi cinco siglos después, buena parte de los habitantes del continente siguen en esa indigencia. Y no es necesario remontarse a tan lejana fecha. Entre la leyenda de El Dorado y las actuales recetas de la Escuela de Chicago han transcurrido cuatro siglos. Ahora el proyecto, si hay alguno, de la América pobre, ha de nacer de la clara conciencia del subdesarrollo y también de la vislumbre de que somos, como bien descubriera el ensayista brasileño Antonio Cândido, un continente intervenido.

La superación de una utopía sólo se justifica si da lugar al nacimiento de otra, aún más intrépida. El pasado incluye, entre otros lamentables legados, una cultura de la dependencia, pero la identidad cultural a que aspiramos no será jamás un producto, ni mucho menos un corolario, de esa dependencia. Por fortuna, la misma cultura va generando anticuerpos, y cada escritor, cada artista, de América Latina, ya no sólo se preocupa por el espacio, a veces irrespirable, de su propia soledad, ni sólo por el destino de su pueblo, sino fundamentalmente por el destino global del *continente mestizo*. Es por eso que el llamado postmodernismo, con todas sus planificadas ramificaciones, si bien en Europa puede ser verosíblemente una moda, en América Latina sería casi una obscenidad.

Con todas las blanduras heredadas del romanticismo, la que podríamos llamar *literatura de nostalgia* apuntaba hacia el pasado. Hoy, con el rigor y el vigor del sufrimiento, la conciencia del subdesarrollo apunta hacia el futuro. Ojalá que sea allí donde nos encontremos. Sólo nos queda invertir el signo de la nostalgia. El día en que, como propugna Glissant, recuperemos la memoria colectiva, no para

hacer de ella un mito (como quisiera la inmovilista y rancia nostalgia del pasado) sino justamente para desmitificarla, ese día, y no antes. empezaremos a sentir nostalgia del futuro. Y estaremos salvados, ya que es justamente en un futuro de liberación donde espera paciente la esquivia, trabajosa identidad cultural que el pasado colonial y el presente imperialista nos vedan, o por lo menos nos ocultan y desvanecen.

Filósofos como Marcuse y Horkheimer criticaron duramente la sociedad de consumo, pero como no tenían una salida verosímil que proponer, terminaron por instalarse en los supuestos esenciales que son la garantía de ese mismo contorno consumista. No hay más torres de marfil, aleyuya, ahora son de cemento armado, pero (como alguien dijo, sin demasiada razón, sobre Theodor W. Adorno) ciertos pensadores se alojan en una comfortable habitación del hotel del abismo.

Predican sobre el mundo, pero en verdad son moralistas del vacío. Descartan todas las propuestas, derriban todas las esperanzas; manejan la libertad no como una conquista sino como un fetiche. Pero lo cierto es que ya a nadie le sirve arrendar confortables habitaciones del hotel del abismo, así se trate de un Aaby Sheraton. Sea por instinto de conservación o por conciencia de progreso (en ese sólo caso vienen a ser lo mismo), a América Latina en particular, y al Tercer Mundo en general, no nos van dejando otra opción que convertirnos en fervorosos, indefensos, activos militantes de la utopía. Entre otras, de la utopía de sobrevivir.

Mientras esa emergencia se retrasa, ocurre que la libertad, cuando quiere expandirse, siempre choca con un biombo, un tabique, un muro, un cofre de seguridad, un sistema autoritario, unos intereses leoninos. Hay algunos pocos pueblos que tienen praderas de libertad; otros, que sólo poseen estrechos pasadizos de la misma; y otros, quizá los más, que apenas disponen de túneles subterráneos, hilos conductores, contraseñas de susurrada transmisión. Sólo cuando advertimos que la libertad ecuménica no existe como tal, sólo entonces nos ponemos a la búsqueda de una libertad auxiliar, supletoria, más modesta pero alcanzable. Y es quizá en esa etapa reflexiva cuando nos percatamos de que en la compleja sociedad actual tal libertad auxiliar puede ser un rumbo que equidiste de lo obligatorio y de lo prohibido.

Una de las sustanciales diferencias entre lo prohibido y lo obligatorio es que lo primero ejerce un poderoso atractivo, en tanto que lo segundo más bien produce un innegable rechazo. Precisamente la fruta prohibida que sedujo a tantos adanes que en el mundo han sido, pierde por lo menos algo de su encanto evasivo, evanescente, evangélico (y otros derivados de la abuela Eva) cuando llega a convertirse en un fruto obligatorio. Paradójicamente, pues, parecería que la única forma de hacer atractiva la obligación, es prohibirla.

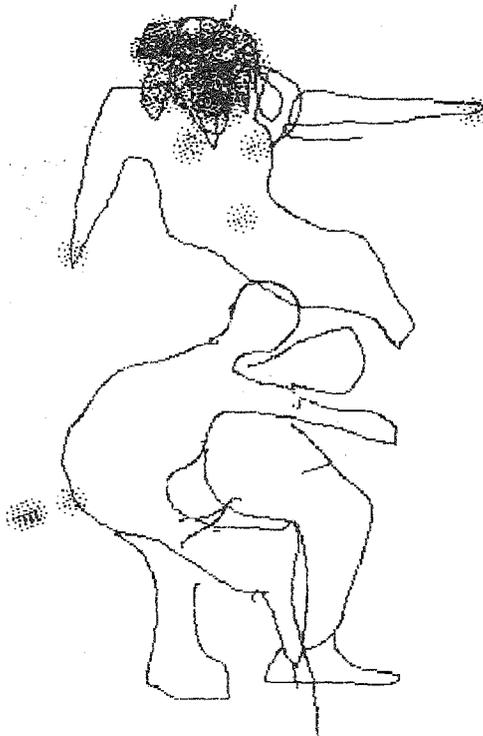
Decía Alejo Carpentier, allá por 1956, que Giacomo Puccini había sido siempre un nombre tabú, ya que todos lo ignoraban injusta pero voluntariamente cuando se referían a la evolución del teatro lírico, y Carpentier atribuía esa conspiración de silencio a que no perdonaban al autor de *La Bohème* que hubiese tenido la suficiente franqueza como para decir de sí mismo: Tengo un gran talento en lo de lograr cosas pequeñas. El tiempo no transcurre en vano. Al menos hoy no está prohibido tener el talento liliputiense en eso de lograr cosas gigantes. Quizá sea la ocasión de recuperar (o tal vez de revisar) aquel viejo refrán: El que hace lo que puede no está obligado a nada. Sin duda un sabio precepto, pero ¿qué pasa con el que



no puede? No creo que el lavado de manos sea una medida aconsejable. Permitásemos recordar, con todos los respetos, que en el siglo pasado vivió un dramaturgo madrileño, de nombre Manuel Tamayo y Baus (suficientemente católico y conservador como para no escandalizar a nadie), que en una de sus últimas obras le hizo decir a un personaje: También se lavó las manos Pilatos, y no hay manos más sucias que aquellas manos tan lavadas.

En el principio era el Verbo, así fuera el del conquistador, pero, como quería Macedonio Fernández, la palabra es signo suscitador. En correspondencia con semejante vocación provocadora, la palabra se ramificó en varias realidades. Después de todo, siempre ha habido tantas realidades como individuos, y esto no es rasgo privado del Tercer Mundo, pero en él se advierte, más que en otras latitudes, que en cada realidad concurren otras. Por cierto que la literatura no ha permanecido al margen de ese ejercicio. En *Morirás lejos*, estremecedora novela del mexicano José Emilio Pacheco, la *posibilidad* es usada como un haz de realidades que convergen en la palabra, y por ende, en la situación. Las realidades se cruzan, se trenzan, se invaden. La tortura por ejemplo, que ha sido y es todavía singularidad letal de este siglo en el Tercer Mundo, viene a ser la despiadada invasión de una realidad por otra, pero además genera las correspondientes defensas, denuncias y salvaguardas. La solidaridad, aunque sino amada, operación de riesgo y generosidad, ejercicio de la confianza, cultivo del socorro como una de las bellas artes.

Como contrapartida de la ramificación de la palabra en realidades varias, éstas acaban regresando a la palabra desde todos los puntos cardinales. A veces se tiene la impresión de que la realidad es ~~solito~~ que podemos percibir a través de los sentidos. Y claro que lo es. Pero también los sentidos mienten: en realidad, han sido educados para que nos mientan. Los latinoamericanos tenemos la suerte y/o desgracia de que todo el mundo sepa con meridiana nitidez, qué solución y qué rumbo son los que nos convienen. El único problema es que la solución nítida que nos programan unos suele contradecir la no menos nítida que nos sugieren otros. Y entre tantas y tan contrarias nitideces, nuestra pobre y subdesarrollada confusión aumenta casi al mismo ritmo de la deuda externa. O sea, que nuestro destino está tan empañado como empañado.



El poeta argentino Juan Gelman escribió estos dos versos impecables: Los salvadoreños están hablando con la eternidad, suben al cielo y escriben "abajo la desdicha". Una porción de esa desdicha reside en que gran parte de los salvadoreños no pueden todavía escribir ese lema, ya no en el cielo, donde no hay requisitos de abecedario, sino en los acribillados muros de sus pueblos perdidos o encontrados. Y no pueden hacerlo, sencillamente porque no saben escribir. La realidad latinoamericana incluye millones de analfabetos, que apenas son poseedores de la mitad de la palabra: tienen la fracción oral, carecen de la escrita.

La realidad es, en cierto sentido, fundación de la palabra, pero a su vez ésta (tal como sostiene Carlos Fuentes al hablar de Carpentier) es fundación de artificio. La realidad condiciona al ánimo, y éste, al generar la palabra, expurga la realidad, pero la expurga modificándola, haciéndola más brutal o más etérea, menos rampante o más soterrada, o sea imaginándola, y convirtiéndola, al imaginarla, en otra realidad que es artificio. Yo filmo preguntas, no respuestas, declara el cineasta argentino Eliseo Subiela, y por eso su notable *Hombre Mirando al Sudeste* siembra en

el espectador una inquietud que lo estimula a prolongar coordenadas por su cuenta, coordenadas que son otras tantas realidades. El aporte más original de Subiela, confirmado con creces en su último filme, **Últimas Imágenes del Naufragio**, es el impecable desarrollo de sus metáforas visuales. Entre la nostalgia y la reminiscencia, Subiela opta por ésta última y con ello obtiene un distanciamiento, que entre otras cosas sirve para compensar su desembozada apelación a los sentimientos.

Y los poetas? ¿Qué hacen con la realidad? Es cierto que hasta no hace mucho la nombraban bastante menos que los prosistas. En general, los narradores parecen haber adquirido un abono o pase libre para transitar gratuitamente por la realidad. No sólo la nombran, sino que la describen y registran; cuando conviven con ella se sienten como en su casa, y, ya que son fabricantes de ficciones, la pueden modificar sin pedir permiso. El novelista es sobre todo un inventor de realidades, y sólo en segunda instancia, un inventor de palabras. Quien haya leído a Balzac, a Dostoievsky, a Italo Sveco, a Rulfo, a Italo Calvino, a Onetti, a García Márquez y otros narradores de raza, difícilmente recordará años después, tal o cual despliegue verbal, tal o cual palabra alumbradora; pero seguramente no olvidará jamás las grandes líneas de las historias narradas, las peripecias que lo deslumbraron o conmovieron.

Los poetas, en cambio, cultivan las palabras con deleitación, pero no como lujos verbales ni reverberos gratuitos; las cultivan porque constituyen la base de su juego o de su desafío. María Zambrano ha escrito recientemente que, cuando surge la materialización, azote de nuestro tiempo, la poesía ha de atajarla con su cuerpo, dando el cuerpo de la palabra en el poema. O sea, que el poeta ejerce un cuidado corporal de la palabra: sólo así ésta podrá dar lo mejor de sí misma.

Los poetas no siempre se encargaban de nombrar la realidad. Sabían que ésta era, en última instancia, el sostén de sus trops, la savia de sus alegorías. El complemento de las palabras es el silencio, tal vez porque el silencio es nostalgia de la palabra. Ha escrito Circe Maia: cómo duele el silencio cuando es hecho de voces/ ausentes, de palabras/ que nadie dice. Y Ruben Baireiro: Porque, tal vez, muchacha, / olvidé la palabra. / O no la supe nunca. La palabra que nadie dice, en la primera cita, o la palabra olvidada, en la

segunda, no certifican su no existencia; simplemente no están en el poema, no están para el poeta. No falta el espíritu sino el cuerpo de la palabra. Algo así como cuando no falta el amor sino el cuerpo de la amada.

En un reciente libro, **Teorías de la Historia Literaria**, Claudio Guillén recuerda la importancia que algunos de los llamados **new critics** norteamericanos, entre ellos R.P. Blackmur, otorgan a las **palabras no dichas**, algo que podríamos caracterizar, ya por nuestra cuenta, como **silencio activo**. Las **palabras no dichas** no proceden del vacío, ya que en ese caso no serían palabras; serían sencillamente nada. Por más que no hayan traspasado la frontera que las separa de lo oral, por más que sean sólo pensamiento, ya latan como palabras, son pensadas como palabras; sólo les falta acceder a la voz o a la escritura para que el mundo les otorgue certificado de existencia. También la realidad, es decir, la imagen y el sonido de la realidad, pueden refugiarse en el silencio, y las palabras, aún las no dichas, llegar a sintetizarse. O sea, que la realidad, para completar el ciclo y volver a sí misma, debe dar dos o tres saltos cualitativos: de lo real a la imagen/sonido; de la imagen/sonido a palabra no dicha; de palabra no dicha a palabra pronunciada o escrita; de palabra pronunciada o escrita, otra vez a palabra-realidad, pero ésta ya será otra: enriquecida, plena. Si no dijera su nombre (el nombre de la palabra es la palabra misma) las otras palabras no la reconocerían.

Aún en el caso del **exteriorismo** de Ernesto Cardenal, donde la realidad parece ser el componente textual de la poesía, y las palabras, meras réplicas lingüísticas de los hechos y las cosas, la realidad se convierte en poesía merced a la interiorización del poeta, que siempre es responsable de la elección fragmentaria de los datos reales y sobre todo del montaje final. De ahí que en el **exteriorismo**, la prioridad poética no es reservada para la sensibilidad, ni para la emoción, ni para el lujo verbal, sino para el substrato estructural. En un reportaje que hice a Cardenal hace más de veinte años, al preguntarle sobre la influencia de Pound sobre su poesía, él me decía que la principal había sido la de hacerle ver que en la poesía cabe todo; que en un poema caben datos estadísticos, fragmentos de cartas, editoriales de un periódico, noticias periodísticas, crónicas de historia, documentos, chistes, anécdotas, cosas que antes eran consideradas como elementos propios de la prosa y no de la poesía. Y agregaba: La de

Pound es una poesía directa; consiste en contraponer imágenes, dos cosas contrarias o bien cosas semejantes, que al ponerse una al lado de la otra producen una tercera imagen. O sea, la específica función del montaje.

Ahora bien, ese fenómeno de ósmosis entre poesía y prosa, o, como quieren algunos críticos, esa prosificación de la poesía, se ha dado, aunque no tan radicalmente como en Cardenal, en casi toda la poesía conversacional y en la antipoesía que hoy se escribe en América Latina. Sin perjuicio de compartir varios de los argumentos usados por Fernández Retamar para distinguir la antipoesía de la poesía conversacional, puede reconocerse, en la invasión del prosaísmo, un denominador común a ambas tendencias. Y este prosaísmo, que todavía escandaliza a más de un purista, ha dado en Hispanoamérica obras tan importantes y removedoras como las de Nicanor Parra, Jaime Sabines, Roque Dalton, Ernesto Cardenal, Jorge Enrique Adoum, Salazar Bondy, Idea Vilariño, Fayad Jamis, José Emilio Pacheco, Enrique Lihn, Juan Gelman, Francisco Utrondo, César Fernández Moreno, Fernández Retamar, Nancy Morejón, Antonio Cisneros, Gioconda Belli y tantos otros.



Los poetas no nombraban demasiado la realidad, pero ahora sí la nombran. El notorio desarrollo de la poesía conversacional ha tenido una consecuencia sorprendente: los poetas se han acercado peligrosamente a su contorno, su palabra se ha contagiado de realidad, y esa relación ha establecido un inesperado puente entre autor y lector. Es obvio que la poesía conversacional reclama o presupone un interlocutor, y el lector, al sentirse aludido, responde a ese reclamo. Tal es, después de todo, el gran avance experimental de esa tendencia: la comparecencia del lector como un nuevo dato de la ecuación poética. La *Opera aperta* de Umberto Eco y *La hora del lector* de José María Castellet, que tuvieron como casi obligada referencia a la estructura narrativa, poseen ahora, en la poesía conversacional hispanoamericana, no exactamente un equivalente, pero sí una nueva dimensión del eventual protagonismo del lector, de su función activa. También es cierto que, así como el *exteriorismo* de Cardenal reconoce la válida referencia de Ezra Pound, también la poesía conversacional de Sabines, Gelman, Pacheco, Lihn, etc. tiene (además de la desgarrada, *soledad fraternal* de Vallejo, que es sombra tutelar de su temática) antecedentes de una característica inflexión de cotidianidad en poemas como la Epístola de un verano de Baldomero Fernández Moreno, o la Conversación a mi padre de Eugenio Florit.

Es en la actual poesía latinoamericana donde la realidad aparece más y mejor ligada a la palabra, y donde ésta asume, sin aspavientos y con sencillez, su responsabilidad esclarecedora y comunicante. Pero ¿tendrá razón cierta tendencia cautelar de la crítica cuando presupone que la infiltración de la prosa en el sagrario de la poesía puede desactivar en ésta última las tensiones internas, el uso casi hipnótico de la palabra, las santabárbaras de la magia, la liturgia de la soledad? Quizás. No obstante, conviene recordar que cada texto tiene su contexto y a él se vincula. Un texto de hoy no sólo se origina en las tensiones internas del creador; también puede emanar del subsuelo de la calma o de las a menudo feroces tensiones de la realidad. Aún la tan manoseada paz, que en resumidas cuentas no es más que la aceptación del otro, suele provocar tensiones no trágicas, no espectaculares, no cruentas; tensiones que se parecen bastante a la felicidad, al mínimo derecho de disfrutar la vida.

Por otra parte ¿cómo negar que hay una magia de lo cotidiano, una liturgia de lo comunitario? Hace unos diez años escribí que la reali-



dad es un territorio por el cual casi inevitablemente el novelista pasa, pero en el cual casi nunca se queda. Una vez que se impregna del aire real, del olor real, del tacto real, del suelo real, una vez que recarga allí sus baterías, procede a invadir otros territorios, donde habrá de crear otro aire, otro aroma, otro tacto, otro suelo, forzosamente contagiados de lo real pero que no serán lo real. Hoy podría agregar que el poeta es tal vez menos pragmático. Cuando pasa por la realidad, ésta suele rozarlo, aludirlo, convocarlo, acusarlo, indultarlo. Para el poeta la realidad es una malla de sentimientos. Y no siempre puede liberarse de esa red. Transitoria o definitivamente, permanece en ella, no como un cautivo, sino como alguien que busca ser interrogado, convocado, escuchado, querido. El poeta es un peregrino cordial (del latín: cor, cordis), un expedicionario de los sentimientos, un reclutador de prójimos. Y, claro, también es un orfebre de palabras, pero ésta no es su prioridad primera.

Como bien dice Ernesto Sábato, una palabra no vale por sí misma sino por su posición relativa, por la estructura total de que forma parte. O sea, que la palabra vale sobre todo por su inserción en la realidad. Por algo Vallejo gritó su alarma hace medio siglo: ¡Y si después de tantas palabras, no sobrevive la palabra! El poeta es consciente de que la palabra es su instrumento; nada menos pero tampoco nada más que eso. La inteligencia es su recurso y eso también lo sabe. Benjamín aconsejaba ser apasionado hasta la inteligencia, pero me atrevo a conjeturar que hoy tal vez aconsejaría al poeta que tratara de ser inteligente hasta la pasión.

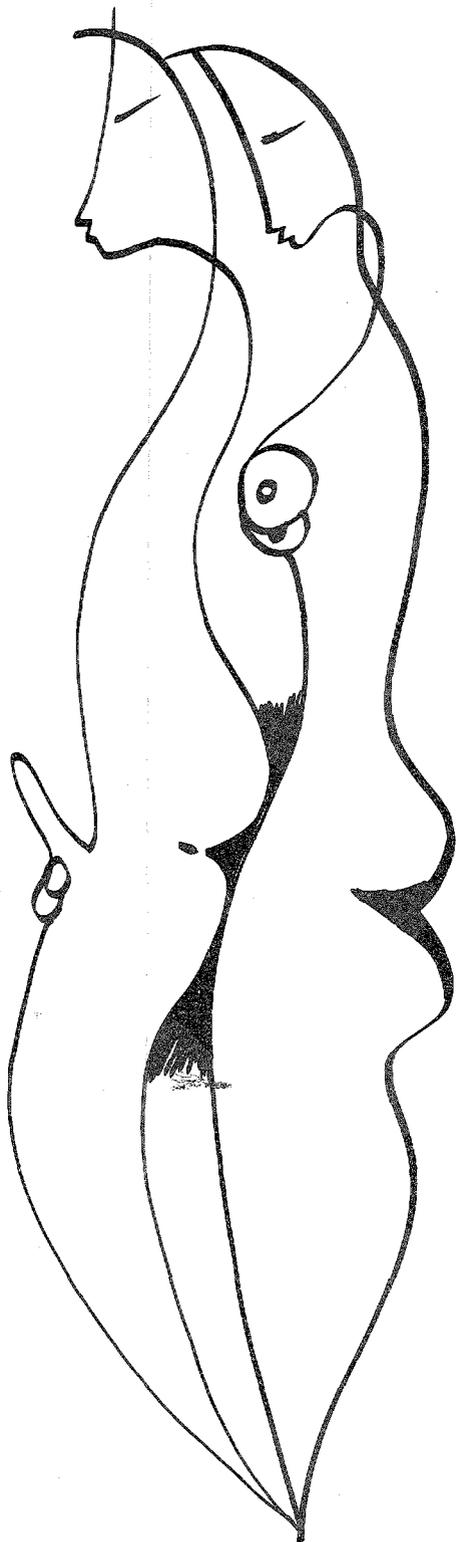
En este mundo de hoy, tan condicionado por el dinero y por todo lo que con él se obtiene, es obvio que la poesía apuesta a otros valores. A duras penas se abre paso por entre la maraña de razones y sinrazones, de esplendores y malogros, de atropellos y sumisiones, de frustración y consumismo.

Es probable que el poeta eche a veces de menos la diáfana del pensamiento abstracto, pero también que vislumbre que ésa no es su especialización. Y ello, aunque T. S. Eliot y Lezama Lima se conjuren para refutarle. Los sentimientos, en cambio, si bien rara vez son diáfanos, de todas maneras configuran su hábi-

tat. Este enredado y turbador fin de siglo, que da por concluida la historia, que decreta el fin de las ideologías y anuncia la muerte de las utopías, y que en cambio permanece indiferente ante la destrucción de los espacios verdes y la contaminación del aire que respiramos: este engorroso, casi neurótico fin de siglo, es atravesado de Este a Oeste (ya que de la embarazosa dialéctica Norte-Sur nadie se ocupa) por una corriente fría y sobrecogedora. Bastó que cayera (y bien caído está) el muro de Berlín, para que el transfuguismo se convirtiera en una profesión rentable. Los Grandes capitales lanzan sus campanas a vuelo, mientras desde la historia (ésa que, según dicen, ya no existe), Pirro los contempla con clarividente tristeza.

¿Afectan estos cambios a la cultura en general y la poesía en particular? Las metáforas e isotopías, el discurso poético y la emoción estética ¿estarán condenadas a replegarse frente al utilitario dramatismo del Debe y el Haber, o ante la periódica dialéctica de lo Imposible y lo Exento? En el fondo, ello dependerá en gran parte de la actitud del poeta, quien tendrá que tener en cuenta que la realidad que aparentemente importa es la del mercado y que la palabra ha sido obligada a marcar el paso: basta ya de sueños y de amores, basta de árboles o ríos. La palabra ha sido convocada por otros menesteres, por ejemplo para que nombre las nuevas selecciones sémicas: reprivatización, *interdealers*, macroeconomía, *front-end*, reestructuración, *stand-still*, desaceleración, etc. La palabra recibe la orden de no pasar más por la Magia sino por la Caja.

Por otra parte, al sentimiento le han colgado una nueva etiqueta: es *kitsch*, esa palabra que inventaron los alemanes para designar lo que es de mal gusto, de pacotilla, lo vulgar en fin. Milan Kundera ha sido distinguido (ignoro si con su aval) como abanderado de esa descalificación, y quizá por eso su levedad me resulta insoportable. No obstante, en América Latina el sentimiento todavía sobrevive. Será de pacotilla, pero sobrevive. En forma de amor, de solidaridad, de afecto, pero sobrevive. Hasta un poeta tan lúcido y riguroso como José Emilio Pacheco no tuvo reparos en presentar un uno de sus poemas como un Homenaje a la cursilería, y el novelista Manuel Puig elevó el *kitsch* a la categoría de arte en *Boquitas pintadas*.



Después de todo, el sentimiento también es realidad y la palabra aún encuentra espacio para decirlo. Y en ocasiones, como en un doloroso poema (Problemas) de Juan Gelman, los elementos más inesperados se entrelazan con la emoción: el poema que hacía referencia a los problemas de la balística en relación con los sentimientos

¿describía la curva de la tristeza y cómo hay que apuntar más alto que la realidad o un poco hacia la izquierda según para dar en el blanco en la realidad?

También algunos poetas españoles dan en el blanco. Como Luis García Montero, que se duele, por suerte sin temor a la blandura:

**Tu corazón, cerrado por reformas,
vagando va en la música
sin querer contestarme,
y más adelante propone:**

No hay discrepancias enigmáticas entre la realidad y la imaginación. Existe una realidad imaginaria, un mundo fabulado donde se juntan las historias y la historia, los poemas y la poesía, su soledad y los que estamos solos. ¿Acaso lo imaginario no se organiza mediante la astuta prolongación de las coordenadas de la realidad?

Una y otra vez José Hierro nos convoca: Volvamos a la realidad y es un sabio consejo. Podemos irnos con las palabras, soñar con las palabras, sufrir con las palabras, desfallecer con ellas, pero una y otra vez debemos volver a lo real, para renovarlas y renovarnos. No todos podemos realizar el sueño de una realidad que se ajuste a nuestra esperanza, entre otras razones porque en cada realidad están presentes las realidades prójimas. Pero en esa parcela que nos toca, por modesta que sea, nuestra palabra se hallará a sí misma. Somos realidad y somos palabra. También somos muchas otras cosas, pero quién duda que ser realidad y ser palabra son dos apasionantes maneras de ser hombre..



Declaración Pública de Amor

Soledad Cruz

A mo a este hombre que cabalgo, que monto sin arreos. Montura, brida, ni siquiera estribos para asalto. El duda y se defiende con su profesión de inconstante. ¡Tan masculino! Teme que mi galope impulse su estampida. Necesita garantías para el equilibrio. Es un hombre común, que guarda lo extraordinario, como sus olores, en los sitios más recónditos, donde habita el grito. Lo he vuelto a parir entre mis piernas aunque no me pertenece legalmente. Me he apoyado para ello en nuestra constitución que no reconoce diferencias entre hijos legítimos e ilegítimos. Y he aceptado la clandestinidad para amarnos a pesar de que el partido, al cual pertenecemos los dos, está en el poder hace muchísimos años. No voy a decir por eso que nuestro amor sea ilegal. Quienes redactan leyes y estatutos se han cuidado de contemplar el caso.

Antes de decidirme a amarlo sin condiciones, es decir, olvidando los principios del intercambio comercial, según los cuales no me conviene, pues carece de

casa, cargos, carro y ni siquiera gana un alto salario, me persiguió el odio de la mujer del hombre que constituye mi penúltimo fracaso. Eso indica que soy reincidente. Reiteración explicable porque nunca he entendido por qué las esposas se ofenden con la otra y no con quien certificó; firma y cuño por medio, el culto único de su persona. De todas formas porque alguna vez fui esposa, busqué todos los caminos del olvido, recorrí la galería de mis ex-amores, tomé unas burguesas vacaciones de huida, pero no tuve que consumir los tres tomos de El Capital, para sorprender un día declarando de la manera más cursi que no podía vivir sin él.

Ya dije que no es un hombre extraordinario. Le teme a su mujer. A todos les ocurre. Es el recuerdo de los cocotazos propinados por la madre y el agradecimiento porque le debe mucho. Le debe el secreto de sus trastornos estomacales y la discreción de sus miedos más ocultos. Porque este hombre que amo siente miedo como cualquier otro ser humano. Y miente como todos. No hace promesas vulgares, pero estimula sutilmente la ilusión de cosas que no van a suceder nunca. Es un consuelo que se da a sí mismo. El cree firmemente que son posibles. Otro consuelo más. No tiene apuros. ¡El colmo de autoconsuelo! ¡Está seguro que vivirá 100 años! Tal vez coquettea con la idea de morir antes. Pero

eso debió ser en su primera juventud. Hablo de un hombre de cuatro décadas de andar. Las cuales han confirmado su vocación por la bondad.

El puede ser el hombre más bueno y bondadoso del planeta. Pero no le gusta que se lo exijan. En general, no le gusta que le exijan nada. Sin embargo, sí no siente la presión de una pequeñísima exigencia tampoco está conforme. El no está conforme ni con él mismo. Es muy violento el debate entre su audacia y su cautela. A pesar de ello, ha tenido logros que le producen cierta satisfacción. Despojarse del izquierdismo por ejemplo. No es original ni osado. Casi ninguno lo es para el amor. Busco cada mañana una nota en las macetas de mi ventana. Una pucha de romerillo. O una africana. El sabe que el chocolate me desquicia pero nada se le ocurre. Mi puerta sigue virgen en la madrugada sin que su mano la sorprenda o la viole. El prefiere anunciar telefónicamente sus visitas. Es toda una expresión de modernidad que permite confirmar la ausencia de testigos. Pienso que le gusta mi vehemencia. Creyó que quería atraparlo. Ninguno lo soporta abiertamente. Tal vez alguno de mis elocuentes mensajes le hizo recordar el peligro. Soy un caso peligroso con antecedentes no penales, más bien penosos. Pero atraparlo no era mi intención.

No quiero ser ni su amante ni su esposa. Cualquiera de las dos posiciones me resulta incómoda en nuestro momento histórico concreto. Le propuse ser su cómplice, pero él machista al fin lo cambió por secuaz. No me importó. Hace tiempo eliminé la angustia a causa de la infidelidad masculina. Es una especie de vicio prehistórico sin remedio inmediato. Creo en la fidelidad, pero en otro sentido, cuando hayan desaparecido los absurdos que hoy la justifican. No se puede ser fiel a fétiches.

Aunque Dios tiene bastante responsabilidad en todo. Recordar aquello de la costilla, el pecado femenino... no es por obra y gracia del Espíritu Santo que los hombres no pueden resistirse ante unas abundantes nalgas de producción nacional. Observé que con las feas no funciona el papel de hombre. Estoy segura que a causa de no haber sido favorita de la naturaleza a la hora de precisar mi dote femenina, me afilié enseguida a la idea de Marx (Manuscritos económicos y filosóficos. 1844) de que toda relación del hombre con el mundo, incluyendo con la mujer, debe ser humana.



Como se aprecia, he estudiado profundamente el problema. La conclusión fue tratar con mucha consideración a mis iguales diferentes de la especie, a quienes la evolución sociohistórica del matriarcado para acá, potenció la animalidad. Ellos en realidad son tan desdichados como nosotros. Víctimas-victimarios del proceso de alejamiento entre las dos mitades del mismo ser. Claro que lo tomaron a la ligera y se han divertido más, pero no han sido más felices. La evidencia es su vicio de infieles. Como no saben satisfacer a una mujer, deciden dejar insatisfechas a dos. Abogo por contribuir a humanizarlos.

Mi comprensión de tales fenómenos condiciona la búsqueda de un encuentro cercano a este hombre que amo. Para colmo, poeta. Pero antes quiero despojarme de los condicionamientos bichistóricofemeninos que también contribuyen a embrollar la situación para llegar al amor sin consideraciones que no sean de amor. Es algo que debo conseguir para trascender a mi abuela. Quiero amar sin firmar contrato, sin la amenaza bienes gananciales, sin que me agradezcan los años de amor que he brindado, sin los ruegos amenazantes ¡tan

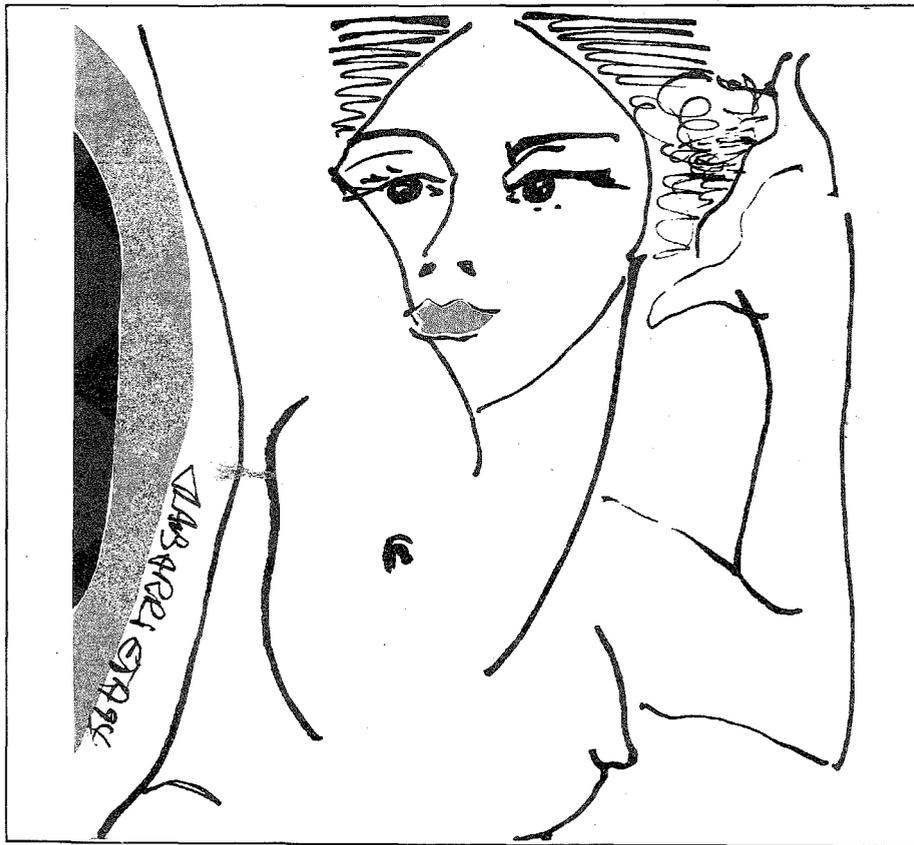
femeninost de lo que he aportado a su realización individual y lo mucho que sufrirán los niños.

Sucede que este hombre que amo tiene la puñetera virtud de parecerse mucho al que espero para el ensayo. No digo que sea exactamente igual. Puede suceder que al final no se parezca en nada. Esa prostituta que es la esperanza suele vestir de caballero andante a cualquier espantapájaros. Si eso ocurriera, no se lo confesaría nunca para no alterar su seguridad en sí mismo. Creo, sin embargo, en el riesgo de su grandeza y de su alma que, sospecho no ha sido entregada todavía.

En nuestra época no hay tiempo para tales donaciones. Estamos ocupados en realizarnos socialmente. Si yo lograra conquistarle el alma, entonces a él no le apenaría ser visto por mí en las horas críticas del baño: ni tartamudearía cuando me lee los poemas que escribió para otra y

vendría a verme aunque no estaría dispuesto a la viril erección, porque está cansado.

Ignora que amo su noble cansancio tras la vigilia por la felicidad de todos en mi país. Dije que este hombre guarda lo extraordinario, como sus olores, en los sitios más recónditos. Lo cual no lo exime de ser vanidoso. Está seguro de que es masculinamente encantador. Y hay tanta puerilidad en ello que me conmueve. Es tan tonto que se enoja si le insinúa que se está poniendo viejo. Y tan sensible que se le aguan los ojos contando lo indefenso que han vuelto los años a su padre. Nunca le hago preguntas. Las abolí todas. ¿Quién tiene derecho a cuestionar la mitad de una vida cuando una ha llegado a ella en el último viaje y por lista de espera? En fin, no necesito un hombre para que me represente ni me deje una pensión cuando muera. Con todo eso puedo. Hasta con las brochas en defensa de la legalidad socia-



lista o la insensibilidad de los funcionarios. Cuando él llegó estaba afianzada mi vocación comunista, pero es tan reconfortante que comprenda y comparta mis angustias del período de tránsito...

Como sentencia mis amigas, es egoísta para el amor, como todos los de su sexo; pero a diferencia de los más recalci-trantes del género, que no están en fase de extinción, es tierno, tímidamente tierno, tanto que a fuerza de esconderla, la ternura ha inundado los límites de su tristeza, para colorearlo de tristura, descubrimiento que me mató una noche de diciembre. Desde entonces ocasiona orgasmos en mi alma. Y una encuentra con relativa felicidad quien los produzca en otros parajes, pero allí ¡Dios!, en ese abismo irrecorrible de una misma, sólo quien habite la mitad vacía del cielo. Posee, además, el secreto de la lluvia. Basta su voz para que se desate el aguacero. Y me ha devuelto el susto. Ese frío que atraviesa el estómago como un cuchillo, conocido en la montaña rusa de la infancia, y la primera vez que una mano de varón apretó la mía.

Cierto que muchas veces he tratado de deshacer el lazo. No estoy dispuesta a participar voluntariamente en la moderna poligamia. En una de sus visitas a la guerra lo declaré formalmente sustituido, pero regresó con un poema de amor. Si un hombre regresa de la guerra con un poema de amor es como para rendirle honores de mariscal victorioso en campaña. Volví a declararme vencida y saludé el modo macho con que resiste la tentación de mis demonios. ¿Qué Ochún me favorece y a estas horas estoy contigo? respondió casi con alegría. No estoy segura, sin embargo, de que pueda corresponderme con la misma intensidad. No es un problema volitivo. Lo lamento por él y por el mundo.

Si me amara como lo amo, tendríamos fuerzas suficientes para evitar la guerra atómica y garantizar la paz universal. por eso no justifico este amor clandestino, no imposible, pues existe. Con la desproporción poblacional de La Habana, donde resido, favorable a los hombres, ni con los traumas de la niñez, la soledad, con quien me entiendo perfectamente. Ni quiero que crean que estoy pidiendo permiso para ser feliz. Derecho constitucional que tengo. Es que me han dicho tantas veces desde que nací, que un amor así, a puro amor, no es posible, que sentirlo me parece una noticia digna de recorrer el planeta, igual que si de pronto anunciaran que Reagan murió de un infarto. Al margen de que es un placer

informar a los mediocres y timoratos sin consultar a las personas honestas, de tales acontecimientos finiseculares.

No soy responsable de que las formas provistas por el adorable Engels en la Familia, la propiedad privada y El estado, desde el siglo pasado, por cierto, hayan penetrado en mi conciencia. Si estoy al borde del comunismo en el amor, el caso debe ser analizado, en última instancia, como un salto, como una expresión del desarrollo del socialismo en Cuba. Pero no todas las personas evolucionan al mismo ritmo en la sociedad. Estoy dispuesta a evitar sufrimientos a terceras, cuartas y hasta quintas partes involucradas en el asunto. El es un ser muy amado y yo únicamente su secuzca. También quiero a las personas que lo aman y a quienes ama él; son como parientes por parte del amor. No se engañe nadie pensando que confieso impúdicamente mi vocación de cornuda. Quien lo piense ha entendido nada. Es que supe desde temprano que no se expendían certificados de propiedad de los sueños.

Sé que me van a acusar de provocadora. De no seguir la línea en relación con el cuidado de la familia. Mis enemigos y enemigas comentarán gozosos: "Ella siempre tuvo tendencias anarquistas"; los otros dirán simplemente. ¡Qué puta! Y no faltará quien se queje a mi núcleo; pero andan errados. Coincido en que la familia es la célula básica de la sociedad. El amor tiene que ser la célula básica de la familia. Si la familia que no reúne ese requisito está en crisis, me parece otro índice de desarrollo pues empezamos a dejar atrás la hipocresía del matrimonio burgués. Quiere decir que la revolución revoluciona en casa.

La verdad que estos son tiempos de cambios difíciles, tiempos duros. Mi amor lo sabe y sobrepasa sin pedir comprensión, como el héroe anónimo no reclama medalla en la victoria. Si este amor muriera por desamor de su mitad correspondiente auguro grandes cataclismos, pero que nadie se atreva a hablar de derrota. La victoria de este amor está conseguida. Es su existencia. Su desprendimiento. Su valentía a prueba de los designios guerrilleros del enemigo, los prejuicios de los amigos de clase y las vacilaciones del amado, quien se escandalizará de esta declaración pública, porque presume de ser un hombre cuerdo, mesurado, pero enérgico, aunque está un poco gordo.



Sólo Cenizas Hallarás

Premio Juan Rulfo 1994

Cecilia Ansaldo Briones

Si bien la consecución de un premio es un hito importante en la vida de un artista, no es eso lo que determina la validez y ~~valor~~ de su obra. Quiero empezar mi exposición con esta idea para prevenirnos de cualquier encandilamiento: el premio "Juan Rulfo" solamente ratifica la capacidad literaria de Raúl Pérez Torres, le permite ganar un ámbito más amplio, catapultar su obra a mayor número de lectores (y esto último, sujeto a la posibilidad de imprimir mayor número de libros). Pero, para nosotros, ecuatorianos y seguidores de su narrativa desde 1970 (fecha del ya distante primer libro, "Da llevando"), Raúl es

escritor de vocación y de oficio. Carrera y evolución están claras.

Pero ya sea porque SOLO CENIZAS HALLARAS se hizo merecedor al afamado galardón que tiene el nombre de uno de los mayores maestros de la narrativa latinoamericana. O porque un acierto editorial lo convierte en pieza individual de agradable aspecto pero difícil manipulación (no me gusta ningún libro que no sea de verdad un libro en tamaño y apariencia, permítaseme la confesión personalista), estamos frente al cuento mencionado, podemos leerlo y comentarlo tan rápidamente que vale, también celebrar en él la celeridad con que ya puede publicarse en el Ecuador.

Cuando lei las líneas iniciales, recordé de inmediato mi primer contacto con este cuento: en noviembre de 1993, en el seno del Encuentro de Literatura Ecuatoriana, Raúl Pérez leyó algunas páginas de esta historia. La voz evocadora y el

mudo Patitas, interlocutor, pueden, ahora sí, ser entes completos frente a la mirada que lee. Es que, pese a las buenas intenciones de actos como éste, en el cual nuestra vinculación es oral, la literatura es material para leer. Hasta la misma poesía, que jamás perderá su faceta de ser sonoridad con elocuencia, está concebida para leerse. Entonces, he aquí mis impresiones sobre SOLO CENIZAS HALLARAS después de muchas lecturas.

A estas alturas de la carrera literaria de Raúl, creo que muchos podemos identificar algunos rasgos dominantes que resaltan en su narrativa. La preferencia por el narrador-personaje, el tono coloquial, una visión de la vida que se sumerge en la entraña popular, unos medidos pincelazos del contexto histórico-social ecuatoriano, están en numerosos cuentos, su diáfano y seguro cultivo del género cuentístico, tanto que al decir de Fernando Tinajero su incursión en la novela (TEORIA DEL DESENCANTO, 1985), fue un "tra-pié". El año pasado nos sor-



prendió con un libro de poemas, cuya valoración no ha go todavía.

"...Pero aquí está el señor cuento, ese "espacio conocido", ese fruto redondo, sin puntas ni hilos sueltos, de sabor concentrado, accesible en la rapidez perturbadora de nuestro tiempo, material para recordar y rumiar en el pensamiento, mientras nos dura la sensación del impacto. El cuento camaleónico, porque siendo un género a la mano de cualquier lector siempre puede ser vehículo de novedades. Este es el terreno literario indiscutible de Raúl Pérez Torres..."

SOLO CENIZAS HALLARAS, como tantos otros del autor, opta por esa vía tan de nuestro tiempo, la de la oralidad, pero de una oralidad contenida, mesurada, que nos pone a los lectores en el puesto del confidente: un hombre joven cuenta a su interlocutor, una historia de amor al calor de unos tragos de cerveza. De estructura circular, en el presente sólo ocurre esa conversación transida de melancolía, con resabio a herida todavía abierta. No hay más, entonces, que el protagonismo de las palabras, que una capacidad de reproducir en el barbotar de la confesión, unos hechos distantes. En resumidas cuentas, en el presente no pasa nada.

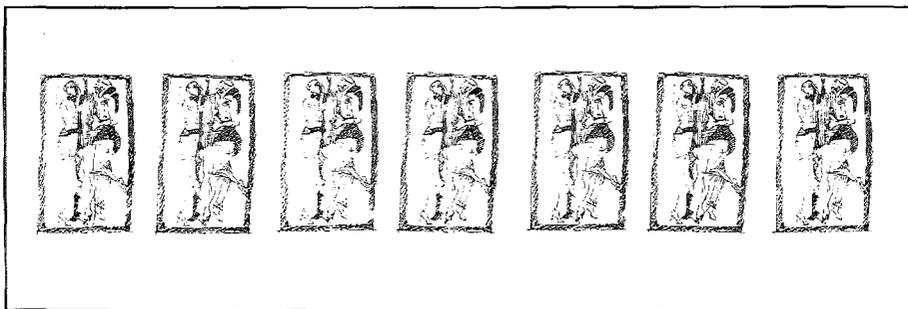
Pero como todo en literatura, con las palabras se yergue la vida. Se levanta esa historia de amor a la que aludi, y principalmente, una figura de mujer en el marco de una sociedad que a algunos nos formó para luego desahcernos a golpe de decepción. Veamos. Como en el cuento se juegan tres tiempos, es necesario precisarlos: el presente de testimonio en la mesa de una cantina; el pasado del encuentro amoroso (él tenía 20 años, ella quince más) y el pasado más distante, el de la juventud fervorosa y militante de la mujer, de Esthela.

La simplicidad de un resumen de hechos: el joven se enamora de la mujer mayor y distante; tienen una relación fugaz en la cual cada uno pone sentimientos muy diferentes, y se termina con la traición de ella, digo, su resumen podría trivializar peligrosamente la hondura significativa de este cuento. Porque en él ocurre lo que el narrador reclama a su amigo: "mientras yo me esfuerzo por encantar tú te esfuerzas por descifrar". El encantamiento resulta de este juego de velos que es una historia al parecer inocente y que encubre realidades más profundas. Al desciframiento estamos obligados los lectores, so pena de perdernos la

riqueza plurisemántica de la narración.

Entonces, el muchacho se va detrás de una mujer apesadumbrada, que cifra vaguedades y tristezas en la mirada, en el paso leve de un trajinar impalpable. Con ella baja a Guápulo a recrear escenas de un tiempo desconocido para él, obsesionante para la fémina herida por un presente de derrotas; entonces, en esa misma noche comienzan los desencuentros: "yo empecé a conocer sus cadenas, el simulacro de los años sesenta, la algarabía romántica que alguna vez vivió..." dice él; "¿qué son ustedes... generación ambigua, irónica, de-salmada; ustedes alimentan la vaciedad, son "monjes" del vacío, viven al día porque el pensamiento no les alcanza para el otro", acusa ella. Y en este choque de actitudes radica el eje de los enfrentamientos: los participantes del hecho amoroso se multiplican en los habitantes de dos épocas que casi configuran dos mundos distintos. Mientras ella representa la vivencia de una juventud que asumió una concentración de compromisos políticos y sociales; él, encarna el desasimimiento, la levedad irresponsable de un caminar sin norte y sin asideros.

A Esthela su joven pretendiente la inventa "vestida de negro o con algún estro-



pajo hindú, sandalias, un collar de coral y pepitas doradas y su shigra repleta de piedritas de cuarzo... y de un Sartre subrayadísimo y manchadas sus páginas con el amarillento y circular alcohol de la vida", la imagina "subiendo (en Guápulo) agitada, bullente, pletórica quizá, pero con una alegría comunitaria, una alegría de minga", pero al mismo tiempo la percibe como a un ser marcado, que se deshace al punto de ir dejando ceniza por el camino. Los signos son claramente identificables: a fines de los 60 cierta juventud, también en Ecuador, vivió la euforia de una esperanza, la generosidad de una entrega, la fidelidad a unos voceros de ideas controversiales (Marx, Althusser, Sartre, Marcuse), quiso sacudir los esquemas de comportamiento social, el arte convencional, las fórmulas de convivencia. Pero fracasó. Ni siquiera la virulencia de los nuevos y más radicalizados movimientos de izquierda ni la inspiración del Tzantzismo pudieron materializar en hechos concretos tanta eferescencia.

Para el joven amante, situado en el desencanto como actitud de vida, en aquello que se ha dado en llamar la actitud de la postmodernidad, la obsesión de esa mujer quebrada era inaprensible: "¿Se ponía a hablarme de sus malditos años sesenta, de no se qué guerrilla y no se qué montañas". El venía de "vivir a la vera de un río pestilente, un río de palabras gastadas, de actitudes gastadas", pero, cosa extraña, estaba abierto al amor, a cierta clase de amor que es confesado en términos de conmovedora originalidad.

Nos cuenta: "a partir de aquella noche empecé a amarla como un autista, como una yegua mansa que la seguía a todas partes, que

hacía todas las cosas por ella..." y ese amor sabe a entrega de discípulo, a sumisión incondicional, a ingenuidad adolescente. Se entabla así una relación con grandes baches, con pozos de incertidumbre y desconocimientos, con desigualdades insalvables.

Y como casi siempre ocurre, los huecos los llena un tercero. Aparece un huésped alemán que pone el hiato, la separación de una bisagra falsamente ensamblada. El narrador pese a sentir la tentación a dejarse morir como el venado, al sacudimiento de un corazón que quiere estallar dentro del pecho, sobrevive. En un final prosaico, expresamente existencial, en el clásico logro del final exacto para un cuento perfecto, el muchacho canaliza su desbordante dolor en un partido de fútbol. Y sobrevive..

¿Por qué sobrevive? Porque el desencanto de la postmodernidad, como sostiene Norbet Lechner ("Nariz del diablo"), valora el presente, lo recupera dándole una dignidad propia. Esa es la significativa salida del autor como camino de esperanza, aunque resulte paradójico, para tiempos venideros.

Este texto también acusa otras características admirables:

- la justa asunción del interlocutor, por ejemplo, que sin hablar jamás, está allí, y se lo intuye, como a un sujeto torpe, relativamente curioso, replicante en la voz del mismo narrador hasta para mostrarse ingenuo cuando alude a Dante, al complejo de Edipo o a Julio Iglesias.
- la precisa dosis de poesía para humanizar observaciones o enriquecer sentidos: así... "las palabras son como la camisa, nunca la piel" p.7.

...varios días después, el aleteo y el quejido fueron uno solo" p.15.

...noches en las que me pasaba como si fuera un amanuense de sus palabras" p.18.

Advierto en estas citas y en casi toda la narración una clave trasmutación hacia una nueva sintaxis que hace que la expresión coloquial armonice con lo inusual y lo poético de tal manera que el discurso resulte diáfano y único.

-Una imagen de mujer que ha estado en la mira de algunos narradores de la generación de Raúl (¿La Orofrisia de PAJARA LA MEMORIA?, ¿La Cecilia de SUEÑO DE LOBOS?, ¿La Elina de la más reciente DEL OTRO LADO DE LAS COSAS (1993)?)

La mujer enigma, la mujer evanescente, aquella que parece quedar fuera de la posibilidad de una relación igualitaria y comunicativa, aquella que despierta temores e incertidumbres, por último, aquella que traiciona. Pero, en este cuento, Esthela más que una mujer, es un momento del Ecuador, es una actitud, es símbolo de una ilusión y de un fracaso.

Si leemos el cuento de la mano de Cortázar se ha cumplido en él, a plenitud, la exigencia de desarrollar un asunto limitado pero tratado en profundidad. Sin embargo prefiero verlo como epifanía, es decir, cuando se trata de un personaje aprendiendo una verdad sobre sí mismo o su circunstancia, como resultado de una situación extrema. Este es el caso. Y lo importante es que nos aporta una epifanía colectiva: en ella cabemos todos los ecuatorianos.



Elemento

Del método para Descubrir un Gran Amor

Abdón Ubidia

Amiga, amigo: si usted ama está indefenso. El ataque proviene de usted mismo. De adentro. Créanos: no podrá defenderse. El mundo lo arrollará. Un enamorado no existe. Ha perdido su unidad. Ha perdido sus límites. Está disuelto, disgregado en el aire. No sabe dónde empieza y termina lo suyo. Ha dejado de ser un sujeto.

El amor es una enfermedad mental y usted está enfermo. Usted comete locuras y se ufana de ellas. Tiene la sensación de estar "dentro de" y no "fuera de": conclusión: no puede tener un conocimiento objetivo de las cosas. Conclusión: usted ha perdido el mundo.

Es doloroso decirlo pero la única manera de recuperarlo es recurrir al odio. Porque el odio es una forma de conocimiento. El odio impone distancias, asigna límites, define. No hace concesiones. Exterioriza. Expulsa de las almas apasionadas los fantasmas inasibles y los vuelve objetos. Objetiva.

Cuando usted ama no puede saber en dónde termina su yo y empieza el del Otro. Eso le obliga a omitir toda la serie negra de datos que sus ojos enamorados no quieren ver: los pequeños y grandes defectos, las fealdades, las imperfecciones. Si ama, en usted solo opera una serie áurea: la belleza que usted fabula y necesita: el agua que inventa para su sed. Porque todo enamorado siempre sueña su amor. Convéngase: el odio es el despertar del amor.

La receta para alcanzar el odio es una: piense usted en la serie negra de recuerdos que, muy a su pesar, quedaron en su corazón: lo que perdonó, lo que pasó por alto: busque en su memoria todas las fealdades, las torpezas, las cobardías que pueda recordar. No tenga piedad. Usted es un asesino. Un asesino laborioso. Usted está matando un gran amor. Y un asesino no puede tener piedad.

El resto lo hace el tiempo. Un día, usted habrá recobrado su unidad. Volverá a tener un cuerpo suyo. Una conciencia suya. Una mente lúcida. Un lugar real en el mundo. Será capaz de decir opiniones de este tipo: "Todo amor es narcisista: uno se ama a través del otro". O: "Toda pasión es el encuentro de dos fantasmas". O: "Quien ama se fabula y engalana para otro que también se fabula y engalana para uno". O:

"La pasión es la salida irracional de una razón que se asfixia".

En ese día el odio y el amor se habrán aniquilado mutuamente. Y usted será el único vencedor de esa batalla. De pronto usted estará "fuera de" y no "dentro de". Volverá a ser un sujeto. Habrá recuperado el mundo.

No podrá creerlo. La felicidad de la razón será suya. Y aceptará el amor conyugal, la fidelidad y el fedio, como fórmulas válidas para eludir el sufrimiento. Y la pasión habrá dado paso a la sabiduría. Y los días vendrán. Y los soles vendrán. Y usted envejecerá dulcemente. Y, entre tanto, las bellas dunas del desierto habrán cubierto todos los espejismos.

Abdón Ubidia. Quito, Ecuador. 1941 
Perteneció al grupo Tzántzicos. Ha publicado:
Bajo un extraño cielo, Sueño de Lobos, Divertinientos, entre otros



El Apodo del Libertador

Stalin Alvear

Un rugido. Y el hechizo de los héroes los junta en Saraguro con Inti, orador mítico cuya respuesta festaja: "Is quipa ductor Bulívar, is quipa". Así comprende su tono de miedo y anunciación. Y ante las disputas por darle posada, la encara: ¿Y ustedes no dicen que "posante y pez hieden a los tres días"?, agradándole como lo tratan de vos los tuteados y la pícaro advertencia de que el tamal sin aji "is cumu la mujir dtunu". Acosado por las vacas locas, intuye sus desquites y descargos de borrachera, su contenido salirse de quicio, su escoger por los orificios del disfraz a los que anhelarían embestir en serio.

Inti le habla del tardío embarazo de su tierra; del

apresamiento de las ranas que, luego y debajo del verso de los aravicos, fueron esculpadas en las begonias; de la venganza materna que sólo ante la lluvia dejó de tomar un zumo abortivo; del rebrote de unas plantas que se hicieron las muertas; de que por vecinar con la dulzaina, plantan sus chozas junto al viento y al risco; de la pareja que, al llegar a un caserío de mudos, fue encandilada por una raposa que se les tragó la voz. Inti alega que más que el desaire es la pena de los mitimaes lo que los apoca y, recorriendo en chacra, le insiste que el maíz no es sólo para los chanchos, ni para la jora de sus sueños etílicos, ni para la tortilla asada en tiesto, que más es una supervivencia cultural, el atenuante de sus derrotas, su ilusión de tener dientes encajándose unos granos en las encías.

Suspense su enrolamiento en el ejército, el general acepta de Inti que por

ahora le sirva de yegüero hasta Loja, a condición de que le desentrañe los misterios del Acacana, el cerro que corta la sangre y el porqué de su preferencia por el agua del cielo para los sembríos y para tomar la más golpeada por las piedras. Atento, el general se deja acercar a un chaguarquero y lo empata con su cantimplora, que lo deja saciado, y rellenándola otra vez "para que me aguante hasta Loja", deja que el chorro se estrelle en su cabeza. Curtido en andanzas, Inti se moja la frente y esparciendo gotas lo sorprende fijándose en las grietas de su talón y en las espinas previas.

Caminadas seis leguas a pie sabe que con gente de Chuquiribamba y Santiago le han construido aquí, en el tambo de Las Juntas, una casa para su reposo, a la que, con un mohín, la convierte en escuela bautizándola con un nombre épico y largo. Advertidos del enfriamiento

muscular reinicia la marcha, confiándole a su edecán que aun prefiriendo fortuna y familia tampoco las tuviera, así que es inútil culparse, peor si ronda la muerte, admitiendo que ella o su probabilidad lo vuelve un conjurado que la teme menos que a lo de nacer metódico o inventor de justificaciones.

Atasco, tenebrosidad, jaqueca de piedras: es el tropiezo de las bestias cuyo resuello nadie compadece. Quiero la claridad -le reclama al yegüero-, el recato de la tierra recién arada, su gris universal. Loja le da gusto paliándole el trasiego unos mirlos jubilosos. En aparente alborozo los nobles murmuran las "confianzas" de la tropa con el general y en ringlera alinean sus corceles. Peones escondidos curiosean tras los árboles, sin saber qué dicen unas telas inmensas ni ese "viva el Libertador" laboreado por ellos con bejucos. Como aduce que no soporta los desprecios de la ciudad y que como el trato fue para la ida, Inti se regresa y promete que, a pesar de lo sagrado, espolvoreará las mutilaciones de su trenza.

Al percibir malestares, su edecán lo codea para que corrija su disciplina con las autoridades del ayuntamiento. Entonces lo nota ruborizarse al sorprender a las esposas fijándose todas en él, acomodándose para que el viento les incruste el terciopelo. Es el poder lo que subyuga, edecán. Cómo fuera si volviera no ya de presidente ni de libertador: un seductor en desgracia. Por eso y porque la vida se va a galope, gócela, éntrele a la contradanza y ame mujeres fáciles y ansiosas. Me ponderan que un organista del templo de los virreyes, que lo ha vuelto al pasillo "que es de indios" audible para ellos, no deslumbrará, quejosos de



que amista con mitayos que disfrazan su inferioridad hablando de poesía, de música. Nos esperan donde un "noble novelero" le ha dado piano y posada.

En inusual traqueteo los carruajes restregan sus ruedas contra el empedrado. El viento deshilacha arcos y orlas. Pasos escogidos crujen el zaguán de los Lequerica. Los crisantemos despiden olores fúnebres y un genital ciclópeo borbotea agua y espuma. Los candelabros somborean tapices y doseles, y el vitral contrae efigies alargando su quijada hasta la punta del botín. La panoplia de las armas lo detiene y roza con la yema unos guanteletes de armadura y trozos de chaleco y arcabuz. Al

apremio de veladas disputas sobre un legado, decreta su expropiación en favor de un colegio, litigio que lo corta facultando al cabildo para que Casanga sea dada en enfiteusis. Debajo del mesón siente el recorrido de unos dedos que los desengarza simulando un movimiento que remece los flecos del mantel. "Me ha trasportado a Potosí", disimula alabando la comilona. Rosaura Lequerica, beldad ida en años y libras, sume su vientre ante la opresión de un fuselete cuyas vinchas -unidas al desgano del Libertador- habían de matarla. Morada la recogieron, brillándole sus calzas de oro y su emblema por el mejor libertador hecho de masa. Informado del unilateral sacrificio, el Libertador

no se alegra ni se espanta, reconociendo que, como en la guerra, en el amor se pierde o se gana, aunque esa victoria pírrica lo ha enneblinado como vidrio en madrugada.

Le parece gracioso verlos tiosos a los notables, metidas sus cabezas en las chisteras, equilibrando tarros y venias, arrastrando la zeta, preciándose dizque de vivir "donde mejor se pronuncia el castellano". De los regalos, prefiere un alazán de mantequilla y crema, cabalgado por un libertador jovencito, perfecto. ¿Será usted?, lo desacraliza su edecán. Es el Bolívar soñado por Rosaura Lequerica, la finada que se ganó el emblema. El montón izquierdo de su ingle es lo que supuso su fogosidad. Le insisten que lo pruebe, ya que sabe a pastel. Aunque migosa, su edecán lo identifica con la escultura. Ya lo veo herrumbroso y marmóreo en las estatuas del futuro.

¿Del futuro? No oiría en Cuenca que a Gaspar Sangurima le encargaron enfundarme en mármol. ¿Pero qué saca?, le punza su edecán, si después uno no ve nada: Lo mejor de usted es su desposeimiento. Bromeando que de su mutilación solo es capaz el enemigo, lo encuentra dulce al sabor de la antropofagia. Se antoja de las crines que sueñan deshaciéndose, de los cabestros, lágrimas y espumaraños. Luego triza la oreja y su nariz, sus arreos de gala, los alamares de la leva. Picaresco, desgaja aquel montón y, ante el sarcasmo de que "hasta eso le agrandan", le reclama a su edecán que no es su befa, o que se ponga bata si tanto duda. Al final ya no se gusta: está desorejado, nato, desvergado. Con un palillo onduia unas arrugas y trata de tapar dos dedos clavados en sus pulmones.

No camine solo, mi general, no mence la cabeza, no diga que el esplendor es cáscara y meollo. La soledad: oiga el chuuss del granizo en los braceros, cuente patria por dedo, tosa los esputos de la traición, silbe como el huracán, diga que no hay mejor banquete que el humo sincero del fogón. ¿Pesimista? ¿Aún sostiene que la posteridad, estando de por medio la vejez y la muerte, es como la fortuna del avaro? ¿Pueden ser inestables los elegidos?

No hable así. ¿Quién ha muerto de viejo según el código de los héroes? Soy apenas un hombre, edecán, y con más cargas e impotencias. Averigüelo en mis refugios filosóficos o en el temor. Todos somos otros por dentro; y unos, en la disyuntiva. Si tal fuera mi sed me extendería una poción de goma arábiga. La de vino sí, mi general, la otra es para tísicos.

Moderémonos, mi general, por su erotomanía la gente duda de un prototipo, aguántele unos diitas sin mujer.

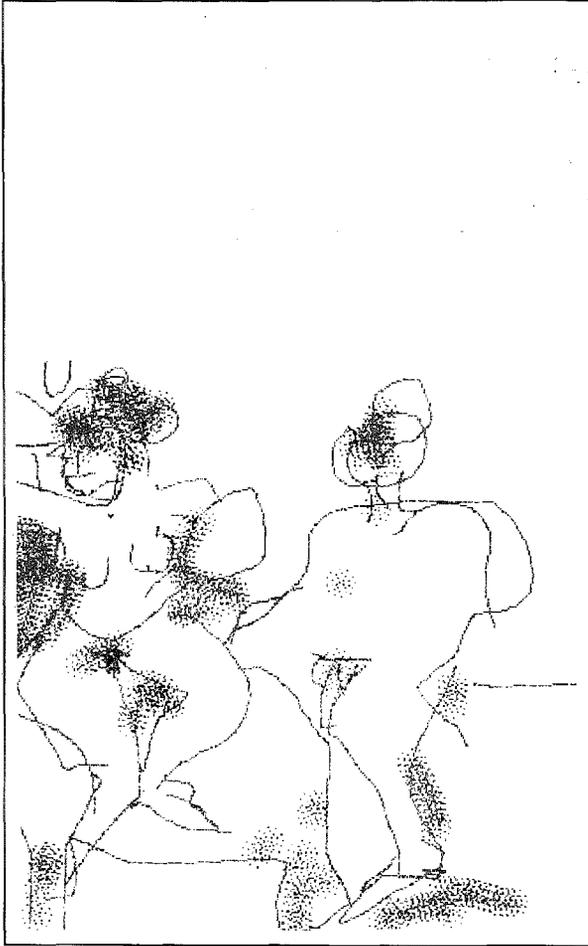
¿Qué diitas! Habrían mujeres en la guerra de los llanos, donde hasta usted resultaba atractivo. No viva de hablillas, edecán. Está bien que la frecuencia intente. Está bien. Todo es mejor que la zalamería. Caminemos un poco ¿No le atrae esta niebla que se va y más se acerca? no sabrá que al pedirseme un retrato yo entrego el que estoy con diez años menos: es el pánico a la vejez. Mía es su amistad, no la del arrumaco. Quiero fastidio y que me digan "longanizo", pero en mi cara. ¿Qué fuera sentirme así, abrazándolo al malecón, compartiendo las minucias de la gente, sin que nadie se abrumere por estar conmigo? ¿Qué es estar? Yo estuve cerca del Corso, el día que, oprimiéndole

el hierro de los lombardos se le espesaron unas nubes insaciables, señalizando mis destinos y acabosos. En palacio los comensales saben que el poder es privacidad, sospecha, sobresalto. Uno expediría justos edictos, pero una corte asidua pondera las consecuencias, tu derrocamiento.

¿Desde cuándo en palacio, mi general, si más la pasa en campamentos?

Así será. Aunque ni eso libra del acoso que te arrepiente de no ser otro cualquier mortal. Pero el otro cualquier mortal, que son todos, quisiera ser usted. No se olvide de esa otra soledad, la del anonimato. Entonces transemos y que sea el otro cualquier mortal quien sienta mis miedos por los discursos y los halagos, por escribir. ¿Sabe qué cuenta, edecán? Lo que el parto a las primerizas: un vientre ahuecado por los cabezazos del alumbramiento, un hacerse daño como el alivio del masoquista. Eso es un libro: un acto que, como el carnal, exige intimidad y desvergüenza, un adulterio de la realidad con los relámpagos de la ficción, otro guerrero con ejércitos de fantasmas, con incogibles demonios perfeccionistas, con las ardillas de la originalidad. Y eso que yo, según usted, soy genio, cómo será, para los normales. Esta madrugada satirizaré al meloso de Junín y retocaré mis delirios columbrados no en un nevado, ni aquí, cómo si eso importara.

Que sea el otro cualquier mortal quien no sepa cuando se enamora, justificándome lo de picaflor por el flechazo de Manuela, aunque ni ella me llena: yo imputándole al hastio y "la amable loca" a la guerra que nos separa, sabiéndose el puntual del altibajo, de la apoteosis cuando desnuda y



cegada de la diadema abre el mosquitero y púdicamente encogida, a tientas, me resta

sus senos tozudos, su primer sí. Omitidos otros cementerios sueño que, con Paita, se viene del Perú, y que muriendo de modo ingrato vuelo como los animales invencibles buscando la tierra donde nació. La sueño reabriendo la llaga que su vientre negó, temblando de difteria o desplomándose con una grada agujereada por comejenes o, de pronto y a contraviento, timoneando la goleta que repatria mis cenizas, o ven-

diéndoles dulces y made-

rerías a los marineros, u oyendo al destierro dar golpes en la madrugada, abriéndole la puerta al otro Simón, y el viejo proscrito le declara, tímido, que la quiere como a la cama que sobró, como a sus libros, aunque él quisiera quererla como la quiso su tocayo. Lo presiento descubriéndome mi yo infame, calculador, defraudado del Dios hecho por él, desierta su alma entre diálogos no recomenzados y el infiel hallazgo del triunfo; y así, infracolorado, roto de ropa y

solo, me justifica, culpando a otros de su relegamiento, esperando que una nube empañe mi estrella para volverme a ayudar, como cuando traduje el Chateaubriand que culpa a la política por volver solitarios a los hombres y a la religión, por convertirlos en anacoretas.

Soy ese mortal que ni encuentra su uniforme. Vigílelo al sastré ¿Con qué me disfrazaré ahora? ¡Qué sastré! Mire quién se escurre con un bulto. Mejor que apagamos el candil: es el sargento Acosta que, ante el alto, se cuadra patitieso.

Si me fusila, sepa que aún a hurtadillas, también tengo derecho a la gloria. ¿Qué nos diferencia mi general, si iguales son mis riesgos, y peores, por yo pertenecer a la vanguardia? ¿Cuántas batallas resistimos desbandados y sin jefes?

¿Quién iba primero -le reevoca- a caballo o a pie y vestido de trapos cuando los repliegues? ¿Quién hizo candela cuando todo arrastraba la tormenta? Ni la que parió en el páramo se queja tanto, ni los que el pez caribe dejó sin pantorrillas, ni el que en las urgencias del paredón alegó digno su masonería. Debí preferir a bisonños sin ligámenes porque la guerra envejece en segundos. Yo soy otro incierto. Duden de un después de traumas y estigmas, de condecoraciones enmohecidas y, aunque la necesiten, insultenla a la guerra como el manco al muñón, como la libertad al que se encoge de hombros, como el tiempo a su rémora de definidor brutal. Dense a la siesta donde quiera, exprímanse ampollas o ramoneen talones encallecidos, pringuen calzoncillos, pañuelos desatados y recurdos, ríansen de Jorán que al mordisquear una yamala me hace acusar de "perrero" por los cazadores, de que yo seré

bueno "pero para cazar hembras", tensen su piel jaspeada y háganla tambor, sepulden la carroña y librenme del patrullaje de los buitres y de mis propias cadenas. De los ídolos es también la pureza y el fango, la fe y la derrota, el asedio y la llama perdida. Dejen que me alucine lo nunca conocido, imagínenme en todas partes, como si fueran mis caminos pisados por la infancia, caminos que niegan al olvido y a la manía universal de morir; como si fuera quien decían que era yo, pero en otro tiempo, no siendo yo ni otro el tiempo, sino otro forastero que viene alumbrado desde la caverna, desde que el sol se incineró entre venados y dagas extraídas.

No son quejas, mi general, ni crea que al sargento Acosta le amilana un fusilamiento. ¿Cuándo va con nosotros a las galas? Quién le ha dicho que sólo a usted se le para, mi general. Es distinto escoger mujeres que bagrear o irse de "genocidio", o que cuadrarla para que vea a donde le va a dar su ninfomanía a una desenfrenada y ebria. Cúlpelo a nuestro parecido, por eso me apodan el "Libertador Acosta". Qué contarle de su perfume británico, rociado en demasia, casi delatándome porque en otras me presentaba así, sudoroso, justificándome que los varones debemos oler a hombres. Nunca es fácil hacerse mamarracho, mi general. Luego dejé alargar mis patillas saliendo con su uniforme, y como usted es menos omoto le pedí al zapatero que doble mis tacos. Y, reclamado de que con qué cancha soy sigiloso y callado en el amor, le silabeaba: las paredes no callan, diosa, no callan. Y el miedo era a mis bozalonas, cuando una casi me descubre preguntándome por "mi" admiración al Quijote y a Gil Blas. A la más dura le apliqué sus arti-

mañas soplándole la nuca, verificando que con ese éscalo frío caen hasta las machonas. Amenáceme, dígame confiado, pobre, drásticos que se contienen para no reír.

Las mujeres son un cantar, la guerra otro, libertadorcito. A las hembras hay que ganárselas limpio, aquí no venga con soplidos. Falso, mi general. Desfile perdido en una escuadra, comparta nuestro rancho y la cuadra promiscua, amanézcase de centinela mientras bailamos en las galas, cambie con el tú el mí para todo, sacrifique su apellido por un burlesco. Qué oficio tenemos, mi general, qué hogar, cuándo pudimos ordenar. ¿y los que hemos muerto o matado? Cuente mis muescas del percutor. Quién escribirá que mi sub Chiliquinga peleó más de quince años junto a usted. Con decir que por brutalizarlo todo la guerra no deja bando moral y que la heroicidad y los escrúpulos no bastan para triunfar, no dejamos de ser criaturas viejas y desoladas, unos parias extrañando a la muerte, buscándola, huyendo de la paz, nuestra anticostumbre. Todo somos, menos la yerba mala que trepa entre los héroes y el poder. Vístase de sargento Acosta para ver si la consigue. Por su fama sabemos lo del enclaustramiento de la lojana que, por sus deseos, renunció como Concepta a los ojos de la gente, vendiendo, sin mostrar su cara, las aguas de ámbar o el secreto de la tranquilidad. Espectro al que busca y amaga en el convento, desolándole sus senectudes, penitencias y vacas flacas que esterilizó sus haciendas de Mañacatos. Ahí si se acuerda de mí husmeando en las celdas sus caras prohibidas, suponiéndola a la enclaustrada una monja tetuda, temiendo de algo patológico por su falta de seno materno, como si a mí no me gus-

taran. ¿Qué cree que es lo primero que coge el "Libertador Acosta"? ¿las cejas? Finja asombrarse de mis mañas de adúltero, de cómo es que en mi casa conviven esposa y amante, y de mi explicación: fue cuando supieron que las apacigué. Ya que ha pasado esta desgracia -les dije-, vivan juntas, no se vayan a las trenzas, compartan mi sueldo de soldado; y usted, atrancando las explicaciones, deseando que no sea como otro "mujeriego" que compró cara una gloria inútil: la de ser padre, pagando para que comenten "es del Arquímides". Hágame pedir con la tropa: que cuente Acosta... que cuente, secándose de gusto con mi respuesta: son cosas que pasan en la cama, mi general. Ellos festejan el odio que me cogió una mujer por llegar al orgasmo con la boca cerrada, mugiendo como toro por la nariz, quejosa de que en lugar de besarla yo apreté los dientes como caballo en relincho, pero no es que yo sea toro, mi general, es que la tipa se iba en puritas encías. Y volviendo a lo de la monja, ¿cree que hubiera llegado a su celda y a sus encantos, sin ser el Libertador, aunque sea el "Libertador Acosta"? No le pido premio, mi general, pero ha sido lindo ser libertador.

¿Lindo, no? Lindo les va a ir a los osados pasada la revista del alba. Es la última noche en Loja. No suelten las mulas y repaguen a los alfalferos. Apúrense suscribiendo pactos de amor y ofertas de volver. Solo Inti, y no ustedes, peor los oficiales, puede decir que no soporta los desprecios de la ciudad.

Stalin Alvear. Loja, Ecuador. 1941. Periodista y profesor universitario. Es Presidente de la Casa de la Cultura, núcleo de Loja. Ha publicado: *El menos pequeño de los burgueses (cuentos)*, *Antes que me olvide*.



Retrato a la Cera Perdida

Fanny Buitrago

UNO

Mi papá nunca estuvo interesado en la política. Fue la política quien se enamoró de él y lo cortejó durante muchos años. El deseaba vivir independiente, con el trabajo de sus manos. Si luego fue Tesorero Municipal, Alcalde y Gobernador, no lo capturaron sin lucha. El lo intentó todo para no convertir a mamá en viuda de Plaza Pública. Se le abona.

Mi papá fue el mejor carpintero de su tiempo. Conocía los secretos de la madera y solía hablarle como si fuera gente. Le gustaba palpar su ánimo, dibujar sobre ella, cambiar la forma tosca en belleza estilizada. En el pueblo todavía existen arquillas, joyeros, consolas, altares con su firma. Mientras trabajaba solía hablar con los amigos que a veces lo escuchaban emblesados - como si tuviese la piedra filosofal bajo la lengua- y otras vociferaban con apasionamiento digno de mítines electorales y arengas domingueras. En las noches nos visitaba el Doctor Justino Nácar, quien comandaba el partido liberal en el Atlántico y no descuidaba a sus huéspedes. Mientras saboreaba un cefecito negro, levantaba su

educada voz, experta en lidiar políticos rebeldes y multitudes pueblerinas. Entonces ofrecía a papá un cargo en el Municipio.

El partido liberal necesita un hombre como usted en la Administración Pública. Su cerebro y probada honradez le permitirán encargarse de la Tesorería que ahora mismo se encuentra en manos de los godos.

Así como era de alto mi papá, así tenía lo terco. Quería ser dueño y señor. Cabeza de ratón y no cola de león. Y manejar todos los minutos de su tiempo. Necesitaba comprensión y ternura, como todos aquellos que sueñan a ojos cerrados y a ojos abiertos. Si papá no trabajaba, se metía de lleno entre los libros. Aún guardo nitidamente su recuerdo; sentado en el patio y a la luz transparente del amanecer, el taburete contra un árbol de totumo. Absorto en un manoseado ejemplar de orgullo y prejuicio. La madera era el sustento; los libros su misma vida. Y papá recibía encargos de gente muy rica, acostumbrada a lo mejor, para sostener a la familia decorosamente y adquirir -de vez en cuando- un raro ejemplar para su colección.

-Me gustaría confiarle la Tesorería- insistía el Dr. Nácar.

-Preferiría dirigir la Biblioteca - decía papá.



-La Biblioteca está clausurada. No existen dineros en las arcas municipales para reabrirla y sostener el personal. El Tesorero es inepto, usted está al corriente, Don Tancredo- el Doctor solía alegar un compromiso urgente y se despedía, afanado. Conocía a papá desde la infancia. No exageraba la nota.

Mi papá creía honestamente que la palabra bastaba, era su garantía. Nunca solicitó recibos o letras por su trabajo. Así, cuando yo tenía nueve años, sabía que los ricos pagan por adelantado o no pagan nunca. Los tiempos de individualidad finalizaban y estaban en boga los muebles de Sears Roebuck y Camacho Roldán, muebles cromados de líneas modernas. Las arquillas y consolas resultaban anticuadas. Ninguna iglesia tenía fondos para encargar altares. Y la gente del pueblo llamaba a Heráclito Pantoja, un carpintero de corta y clava, a quien le interesaba más el ron que la madera. Papá comenzó a deambular de calle en calle, de puerta en puerta, dispuesto a cobrar deudas atrasadas. ¡Inocente! Los viejos clientes se ofendían al ser molestados, suponían que el dinero y la aristocracia obligaban a papá a trabajarles gratis. Los más exquisitos enviaban una caja de tabacos, un cognac francés o los Diálogos de Platón, en señal de amistad.

En casa, mamá realizaba milagros diarios. Al desayuno nunca faltó el café en leche y la yuca hervida con sal. A medio día había sancocho, arroz blanco, tajadas de plátano frito. Mis hermanas y yo tomábamos clases de música. Y en las noches brindábamos limonada a los amigos de papá.



DOS

Fabricar cajones de muerto no fue idea de mi papá. Menos su gusto. Al tío Manuel, aficionado a la guitarra, los dados y la bolita, le habían pagado deudas de honor con una carga de madera. Nada especial. Burdos tablones.

La madera quedó arrumada hasta los

primeros aguaceros de mis diez años, cuando se desató una epidemia de colerín. De tanto en tanto se moría una vieja, y los hijos y sobrinos encargaban un cajón barato para llevarla al cementerio. Entonces la casa vibraba. El serrucho tocaba música, los clavos decían pan tierno, el martillo zapatos nuevos. Y no quiero alabar demasiado a papá, sus manos tenían duendes. Los cajones resultaban obras de arte. Con adornos, manijas, estilo. Mis hermanas cosían el forro con tantos pliegues armoniosos y hábiles que la muerta descansaba en un capullo de rosa.

Lo malo del negocio era el socio capitalista. Cuando papá iba a cobrar ya tío Manuel se le había adelantado y estaba farrreándose el dinero en el American Bar. El trabajo inútil se unía a la tristeza y decepción. Nosotras sin los zapatos deseados. Papá con el rostro largo, largo, tan largo como su nariz y brazos y estatura. Mamá hablaba a monosílabos. Corrían las murmuraciones por tiendas y cantinas. Los amigos de la casa volvían al ataque con el asunto político. El Senador Barrero, líder indiscutible del partido conservador, ofrecía visita para el domingo, al finalizar la misa cantada. Era un hombre considerado, y temprano enviaba las gallinas del almuerzo.

...Don Tancredo - decía el Senador-. Mire que un caballero tan fino como usted no puede seguir mortificando a la mujer y creyéndole las historias a Don Manuel. Usted es un hombre de valía e ilustración. Y el partido necesita talentos como el suyo. Diga una palabra, una sola palabra, y tendrá la personería, la alcaldía, una ...

...Yo soy liberal y usted lo sabe - respondía invariablemente papá. Gracias de todos modos.

...En usted don Tancredo, el color político no importa... Todo el mundo conoce su integridad y la respeta. No olvidamos su gestión como Secretario Ad-Honorem de la Sociedad de Mejoras Públicas. ¿Quién hizo construir el parque? ¿A quién debemos la Biblioteca? ¿Quién consiguió la partida gubernamental para construir la gota de leche?

Y papá, decidido a continuar independiente. Lo que menos deseaba era ser figura política. Sufrió con los intrigantes y pedigüños que lo señalaban como personaje influyente, eminencia gris detrás de un doble trono. Gentecita de ambos partidos que comenzó a desfilar por nuestra casa y a pedir como plata al veinte.

-Don Tancredo, a mi marido lo tienen preso y es inocente, si usted quisiera interceder en su favor, si usted....

-Don Tancredo, mire que hay una vacante como sereno en la Alcaldía. Una recomendación suya y estoy listo, una recomendación....

-Don Tancredo, que mi hijo terminó escuela primaria. Necesita una beca y un padrino, que si usted quisiera escribirle al secretario de Educación, que si usted....

Las peticiones arreciaban. Quienes obtenían una recomendación, un empleo o la concesión de una beca, normalmente no volvían ni a mostrar el perfil en la carpintería. Los descontentos salían a levantar falsos y enredos; que si papá tenía un billete en lugar del corazón, traficaba con sus amistades, cobraba las mercedes y favores, nada le interesaba la suerte de los pobres. Muchas personas nos quitaron el saludo. Mi papá con el pecado y sin el género. De noche teníamos que soportar borrachos alevosos y pedradas a la casa. Los turcos y vendedores ambulantes se acercaban a ofrecer molinillos y estropajos, letines y botonería, calderos y novelas en folletín, alhucemas y joyas al fiado. De manera cortés, aunque firmemente, papá declinó bautizar a la mitad de los niños en el vecindario durante aquella falsa prosperidad.



TRES

Mi niñez fue una época difícil. Tanto que mis hermanas, Adelaida y Mary, tenían un vestido decente entre las dos. Los domingos no iban a la iglesia a la misma hora. Adelaida asistía a misa de seis y Mary a misa de ocho. Y los muchachos que las cortejaban no sabían quién era quien cuando las seguían por la calle. Mary poseía un cabello lacio, renegrido; Adelaida lucía rizos amielados. Pero ambas, usaban medias de algodón y mantilla española. Ni siquiera un ardiente enamorado podía advertir las diferencias. Yo no tenía problemas. Cada año me cosían un hermoso traje con el viejo dejado por mis hermanas. Estrenaba zapatos y hebillas en el cabello y me sentía dichosa. No obstante, papá tenía descubrir a través de mis ojos la tristeza.

-Conserva siempre la sonrisa, niña Elia. Mire que la ropa no es nada importante. Los adornos de una niña están en su espíritu; en su inteligencia y alegría. Triste es el que no sabe leer porque está lejos del conocimiento. Triste es el que no tiene amor, ni música, ni casa.

Sin embargo, no fue la pobreza el factor que empujó a papá a decidirse por la carrera política. El hubiese continuado soñando madera tallada, muebles preciosos; de espaldas al lugar que no comprendía su pasión por la belleza; refugiado en el mundo sin fronteras de los libros. Fueron los cajones de muerto y la gente de Sitio Nuevo quienes lo obligaron a cambiar de vida.

Llegaron una madrugada evanescente a tocar la puerta del patio. Una gente angustiada y palúdica - en un solo llanto - hediondos a mojarra salada, leña verde, humareda. Un viejo, tres mocetones, las nueras, una montonera de niños caratosos. Se movían a brinquitos, como si estuviesen en sus chozas por encima del agua y cargaban los trastos de cocina en redes y bateas, y la ropa enrollada en hamacas. Armaban tal zipizape que la calle despertó, sisearon postigos, titilaron luces. Y se escucharon gritos de "Vayan a dormir"... "No molesten" aunque ya casi era hora de abandonar las sábanas. Papá suspendió su lectura, y brindó café. Los inoportunos visitantes querían, al fiado, un cajón, porque la madre se les había muerto repentinamente y estaba insepulta. Sin óleos ni rezos.

- No tenemos familia o amistades en el pueblo, mire que somos forásticos -habló primero el viejo -. Mi mujer se ha muerto, está muertecita, y nadie quiere responder por nosotros.

-Don Tancredo, mi suegra se nos murió -lloraba una de las mujeres. ¡Ayúdenos a enterrarla!

-Por favor- musitó un niño, la cabeza gacha y los pies descalzos.

Todavía se me agita el corazón. Daba vergüenza sentir fastidio, asquearse por la hedentina a pescado, no llorar tanto desconsuelo.

-Don Tancredo, usted que es bueno y justiciero, ¡tenga piedad! -rogaba el viejo echando saliva y estrujando el sombrero roto—. Don Tancredo, no alargue esta mala pata, mire que nosotros somos forás-

ticos y venimos de Sitio Nuevo... ¡piedad!

— ¡Se lo ruego! ¡Por Dios y María Santísima y San Cayetano ...! la nuera más joven, templada de ocho meses, se hincó sobre la hierba fresca del amanecer y el aleteo de los pájaros—. Vea don, que nosotros negociamos manteca y pescado, vamos a responder. Yo le juro el lunes, el martes, le daremos hasta el último real—alargaba unas garras filudas, rociadas con picaduras de jején, en donde tintineaban compactas semaneras de oro. Iba sucia, chancleteando, la piel forrada al hueso, pero su traje era de buen género y lucía turquezas en el pescuezo. Se veía dominada por su barriga, comadreja sitiada en un galinero.

El viejo tenía ojos zarcos y dientes amarillentos y los mocetones se le parecían como retratos a la cera perdida. Sus camisas estaban hechas trizas. Los pantalones mugrientos. Entre las cotizas sobresalian talones rejudos, uñas embarradas. Papá no vio las sortijas, los machetes nuevos, los dijes y esclavas en las muñecas. Tampoco el brillo del metal bañado en rojo por el naciente sol. Únicamente advirtió la hamaca de unas manos a otras en vaivén - más pesada minuto a minuto, y los cabellos grasientos de la vieja muerta- entre chinclas y refajos y pañales meados escapándose de adornadas peinetas. Fino Carey.

— ¡A trabajar! - los niños caratosos estallaron en gritos ante la voz de papá. Corrieron a esconderse entre las faldas de sus madres.

Tío Manuel cedió la madera a regañadientes. Mamá consiguió al fiado dos varas de gro en el almacén del señor Madero. Adelaida y Mary respuntaron el nido mortuorio. Y los de Sitio Nuevo enterraron a la difunta en la siguiente madrugada. Papá respondió ante el cura y el sepulturero, había suspendido la construcción de una estantería, quizá la comida de una quinceña.



CUATRO

Entre el llanto y el dolor y la alharaca, los de Sitio Nuevo desaparecieron como si les hubiesen rociado con sal. Mi papá consideró una vileza importunarlos en su pena. Esperó. Esperó tres semanas a que terminara el novenario y encontrarán alivio espiritual. Luego supo que los hombres vendían pescado seco en las colmenas del mercado, y que la familia había alquilado una casa asentándose en el pueblo.

Vivían en la calle de Coco Solo, por los lados del matadero. La casa era ruinoso, con techo de enea, apuntalada con vigas nuevas. Papá tropezó a los niños que correteaban empujándose unos a otros en la calle sofocada por el áspero medio día. Tras la única ventana, reconoció los ojos zarcos y dientes amarillos, el sombrero pringoso, roto. Dijo: "Buenas tardes"; por toda respuesta el viejo escupió altanero contra el sardinel.

— Buenas tardes - repitió.

— Isaura Isauraaaaaaaa -el viejo comenzó a gritar como si lo estuviesen ahorcando.

La puerta se abrió se sopetón. Una niña semidesnuda salió empujando un chivo. Voces femeninas chillaron en el interior de la casa. Olía a pescado agrio, manteca de cerdo, ron blanco. Los otros niños jugaban a ¿Dónde está el Cristo?

— ¿Qué le está haciendo a mi suegro?

— Isauraaaaa Isauritaaaaa - berreaba él.

— Vengo por mi asunto - dijo papá, quitándose el sombrero.

— ¿Qué pasa con mi suegro ?

Era la mujer de las semaneras de oro. Con el mismo traje, un niño agarrado a los pechos y otro a su falda. Los otros, en medio del juego, formaban en los labios saliva espumosa y globitos, haciéndole a papá gestos obscenos, bailándole alrededor. Uno esgalichado y moreno se quitó los calzones y mostró su culito veteadado por el carranchil. /Dónde está el Cristo/ el Cristo se está bañando/ Dónde está el Cristo/ el Cristo se vistió/ Dónde está el Cristo/ el Cristo desayunó/. Papá seguía firme ante la puerta abierta y las risas y empujones y la recién parida que semanas atrás se había arrodillado sobre el verdor del patio

amanecido. Ahora satisfecha. Reluciente. Con arrestos para amenazar, mofarse de papá.

— Vengo por lo de mi asunto, señora - dijo él cortésmente.

— Si usted sigue jodiendo, viejo pendejo, llamaré a mi marido y a mis cuñados. Entre todos le van a pegar una buena cue-riza...!

— Señora, yo solo quiero lo mío.

— ¡Largo de aquí, chacarón! Si no quieres que te maten -aulló la mujer - ¡Viejo imbécil...!

Papá retrocedió. Vió dientes dorados y el rostro huesudo y los relumbrantes ojos de comadreja cebada. Sintió el almizcle ácido, repelente, de la fiera. Dio media vuelta y regresó a casa lentamente.



CINCO

Sentado en un banco de la carpintería, los botines charolados entre el aserrín y las virutas, el Doctor Justino Nacar esperaba a papá durante el primer día de mis once años. Lo acompañaban el boticario Lucindo Reales, el Concejal Ascanio Orozco, el Abogado penalista Roque Bolívar; todos mustios, acongojados. Dado que el Tesorero Municipal se había fugado con los dineros del pueblo. Llevándose, alegremente, las joyas de su mujer legítima y los ahorros de una querida a quien mantenía en el barrio del Porvenir. No iba solo. Su nueva conquista era hija del Juez Araque, Dormelina.

También nos visitaba el Senador Barrero, situado discretamente bajo la sombra y el totumo del patio, rodeado por sus copartidarios. Las sillas no daban abasto. Los hombres seguían entrando, liberales, conservadores, cismáticos, entrometidos, apolíticos, hasta el jefe de policía y Don Flaminio Las Aguas, el párroco titular. Fumaban sus tabacos repartiéndose equitativamente las culpas. Enjugándose el sudor con los pañuelos levemente almidonados.

Esperaron horas enteras mientras papá recorría el trayecto intemporal que ese día de mis once años separaba la calle de Coco Solo de nuestra casa. Todavía lo recuerdo dormida o en vela. Alto, flaco, trajeado en dril blanco, cejas y bigotes nevados por la arena callejera. Había desencanto y fatiga en el aluminio opaco de sus ojos. Y en la blancura de su camisa advertí los puños raídos.

— Le diré a lo que venimos, don Tancredo. Esta vez no quiero un desaire - habló primero el doctor Nacar:

— En nombre de nuestros gloriosos partidos, de la comunidad en general y del Municipio en particular - el Senador Barrero tomó la palabra esperamos que se digne a manejar la tesorería.

Papá descendió entonces del mástil del ensueño. Dejó atrás los altares esmaltados en oro batido, los joyeros tallados, los escritorios de palo rosa y las cajitas de música. También los cajones de muerto.

— Acepto- dijo con voz fatigada.

En los años siguientes no volvimos a carecer de zapatos, ni de trajes nuevos. Los enamorados distinguieron a Mary y Adelaida cuando las perseguían rumbo a la iglesia. Mamá se convirtió en otra viuda de plaza pública. Y todavía, en mis recuerdos, advierto en los ojos de mi padre el suave fulgor de la tristeza.

FIN



Fanny Buitrago. Colombiana. Ha escrito varios libros de cuento y novela: *El hostigante verano de los dioses*, *Cola de zorro*, *La otra gente*, *Los fusilados de ayer*, *Los amores de Afrodita*.



Antesala del Kaos

Williamus Kastillo

**¿Suicidio?...
apenas un manotazo
en el vacío,
un giro de tuerca para
detener el avance
del suplicio.**

Abren la puerta y los dos
agentes que me acompañan
meten sus manos por debajo
de mis axilas y me levantan.

Entramos.

El rugido de una masa
informe se agita en el fondo.

Gritos.

Más gritos y maldiciones.

Mientras camino miro a
un lado y otro.

Conciudadanos encope-

tados a mi derecha, al frente,
arriba, por todas partes.
Muchos de ellos se encuentran
recostados sobre las paredes;
tendidos, agazapados y desperdigados
a todo lo largo del terraplén,
palcos y galerías. Otros: aquí
cerca, muy cómodamente apoltro-
nados sobre butacas y con las
piernas entrecruzadas como
corresponde a su distinguido
bigote.

El hombrecillo que tengo
por delante me cierra el paso
y me detengo.

¡Bah! como un títere levanta
una mano al cielo y con la otra
me entrega rápidamente un
libraco de tapas negras; ahora,
entrelaza sus dedillos de un
modo ridículo y escupe dos o
tres palabrejas que no entiendo.

El muy cretino da media
vuelta y se aleja metiendo el
hueso entre las patas.

Arriba... muy arriba... aquí
mismo, por encima de mi

cabeza se agita una campanilla;
repica o la agitan con una
premura que me molesta.

¡Oh; Dios! ¡Qué repugnante
sonidillo!

Demonios... qué horrible
sensación ésta de sentirse
solo entre tanta gente... algo
así; como si repentinamente
me hubiera convertido en un
agónico bicho a punto de
doblar los cuatro remos en el
centro del coso. Y con toda la
multitud bufando más allá;
afuera; aplaudiendo y agitando
banderitas en los graderios.

¡Qué asco!

Hombres y más hombres
a tan sólo un palmo de mis
pupilas.

¿Eh?... ¿Eh? ¿De dónde
ha salido aquella voz de
contrabajo que me hunde,
que me aplasta? ¿De dónde?

- ¡Sí acusado!

Prosiga.

Tiene usted la palabra.

Yo... *cajum*... señor presidente: *je, je*; distinguidísimos señores jueces de este honorable tribunal de justicia; reverendo padre Melquiades... Melquiades Nos tradamus Daconte de Acquaviva... nuncio apostólico del Vaticano y severo ejecutor de las bulas papales que el santo oficio aplica a todos los fieles afincados en nuestra villa; camarada Vittorio, compañero Dario Scháman y demás ilustrísimos representantes de la élite intelectual; damitas del estrado, señoras, señores, estimados compatriotas escuchen atentamente lo que voy a confesarles.

Cof... cof...

Ustedes, todos y cada uno de ustedes, de una manera bastante desatinada, inconsecuente y atrevida, han lanzado la cuerda que luego se enroscó en mi cuello y me han arrastrado como un tenebroso asesino por todas las calles de la ciudad, y no contentos ni satisfechos con tan execrable acto, han comisionado a los inefables y bien amaestrados agentes del orden público para que mi condición de hombre libre sea vilmente atropellada y pisoteada.

He sido recluido sin fórmula de juicio en el fondo de un hediondo hueco negro!

He sido amordazado y golpeado sin que hasta el momento autoridad alguna, se haya acercado a explicarme la causa o los motivos que de algún modo: exculpen o justifiquen tan monstruoso proceder perpetrado a oscuras y sin testigos!

He sido encadenado a los muros de la barraca cual si fuera un cerdo a punto de ser degollado sobre el pavi-

mento del matadero!

¡Si su Señoría!

¡Si honorables magistrados de la república!

He soportado sin soltar un solo quejido: el dolor de la colgadura... la desesperación del ahorcamiento. Y si me he desmayado, ha sido tan sólo por la fatigosa sensación de ahogo, o el extremo dolor en los pulgares, o cuando me han clavado los electrodos a la cabeza para hacerme saltar cual si fuese un lunático, un señorito bien afeitado como mis verdugos afirmaban entre risotadas y una que otra pata de pollo apurada en el intermedio de la golpiza. Luego; han dejado pasar algunos días y esta mañana el carcelero me ha bañado con el chorrito de su manguera hasta dejarme limpio de coágulos y ya ven: rosado como repollo de lechugas en el jardín de un manicomio; después vino el peluquero y navaja en mano me ha rasurado la barbilla y según parece, espantó las cucarachas que anidaban en mi cabeza y por supuesto, ha disimulado como un perfecto ocultacadáveres, utilizando agua de colonia y pinceladas de maquillaje, los moretones que día tras día fueron volviéndose costra y matadura en cada pliegue de mi carne... en cada espacio de mi sombra. Seguidamente me trajeron hasta aquí y aquí estoy, sentado en el banquillo de los acusados y dispuesto a jugármela aunque sé muy bien que mi cabeza rodará por las calles del pueblo esta noche, una vez terminada la audiencia.

Reverendísimo padre Melquiades... disculpe usted... pero tengo ante mí, olfateante, su nariz ganchuda y adivino debajo de la sotana que lo cubre: ese cuerpo de búho, pezuñas de cabra y buche de gallinazo y sé ¡ay!

con cuanto dolor y desesperanza sé, que sus labios se abrirán no para declararme inocente de todas las culpas que se me imputan, sino: para condenarme al abismo, al infierno y pedirá que se me ahorque en el acto, puesto que así lo determina la suprema ley divina, la poderosa voluntad de su palabra.

De igual modo; encuentro frente a mí: seres insensibles, ausentes; hombres cuya mirada se hunde en mi alma como una sofocante llamarada, como un fino escarpelo penetrando sin ruido entre las cavidades del corazón para arrebatarme la vida de un solo sarpazo y sumergirme, enterrarme en la sinrazón de una agonía largamente acariciada. Hombres como Yo, como todos ustedes; seres humanos que asistimos impasibles a la liquidación del *Homo Sapiens* mientras anudamos y bamboleamos las piernas por encima del tablado donde mañana o quien sabe, tal vez esta misma noche, la *piara* danzará y danzará como cualquier mujerzuela enloquecida.

¡Asesiné a mi mujer aplicándole un feroz hachazo en la mitad de la frente por haberme hecho objeto de la más vergonzosa felonía, del más miserable y humillante de todos los enredos!

La mayoría de los aquí presentes, gracias a la suspicacia de termocéfalos y picapleitos, conocen los entretelones de mi horrendo crimen, los mismos que han sido propalados, agrandados y deformados sin meditar en las causas ni en las razones que tuve para proceder como lo hice. En cualquier caso: aquí estoy; lúcido y sereno, dispuesto a contarles hasta el mínimo detalle de la historia que tanto les apasiona y

que a muchos, incluso les ha borrado el sueño de la mente.

Pues bien... he aquí las satánicas duplicaciones de mi locura que según el jurado, confabularon el asesinato... esta horrible manifestación de la conducta humana que bien puede llegar a matarlos si dejan que su destripador permanezca vivo, ceremonioso ante su propia tragedia, distante y como alucinado mientras intento confundir el alma de todos ustedes moviendo la lengua como ahora lo estoy haciendo... con este cinismo... con esta impiedad... con estos gestos tan violentos y las manos revoloteantes cual si fuese un derruido Tótem a punto de ser colgado. No voy a repetir las fantasías que me aquejan puesto que aquí, ya todos conocen el desvario que hace de vosotros: los sepultureros que tanto abomino... y de mi conciencia: el grito que los delata y me condena. Desde luego, es absolutamente comprensible que cada uno de los aquí presentes, haya asistido abrigando la secreta esperanza de que la brutalidad del crimen sea recreada y narrada un poco más velozmente, más vertiginosamente que en la realidad misma. Pero se equivocan, puesto que nada sucede con rapidez cuando en el fondo existe un hombre empeñado en atar sistemáticamente: cabos y circunstancias; en reunir indicios y descifrar acertijos; mil claves y otros tantos rompecabezas humanos; entusiasmado como digo; por la irrefutable certeza de que todo el universo encerrado en su castillo de naipes se largará al carajo si no intenta al menos: *un manotazo en el vacío, un giro de tuerca para detener el avance del suplício.*

Durante todas las horas y los días de mi vida la estuve esperando; aceché su

presencia en las noches sin nombre de mi infancia; en aquellas madrugadas donde todavía no era posible intuir el rostro ni las modulaciones de su espíritu; la forma o el sabor que adoptarían sus piernas en la tibia complicidad de nuestras primeras caricias; perseguí su olor de hembra dispuesta a la consumación del acto más perverso cuando aún en mi mente no circulaban otros fantasmas que aquellos con los cuales mi madre pretendía espantar la pesadilla para hundirme en la magia del sueño y sus tulipanes de hojalata. Busqué y rebusqué en el corazón de la multitud de seres vivos que día tras día desfilaban por delante de mis ojos: La Mujer; la única mujer capaz de aplacar mis ansias contenidas... el demonio unidimensional e infinito que viniera a restablecer la armonía perdida en mis sentidos.

En plena juventud extravié mi camino en burdeles de mala muerte: visité arrabales, tabernas y bodegones donde tampoco me fue posible encontrar la huella de su pisada, aquel inconfundible 'perfume de la pasión' que al poco tiempo fue volviéndose un tormento y otro cruel borborismo de necesidades insatisfechas en mi sangre.

Pero la fatalidad quiso que un día ella se reuniera conmigo y desde allí, todo ha sucedido como en las divagaciones: dulcemente y entre amapolas bajo la luna.

Sí señores magistrados:

Fue tan grande la sensación de dulzura al encontrarla, que no reparé en la profundidad del precipicio que desde aquel momento se interpuso entre nosotros. Fui seducido del modo más arrogante y lascivo; consentí en brindarme a sus desafueros de alcoba sólo para procurarle un poco de ali-

vio... la pausa necesaria que le posibilite el reflote de sus confianzas de dormitorio.

Durante el decurso de aquellos primeros años, fue muy placentero para mí enfrentar todos los peligros imaginables: inventaba para ella, oculto en la intimidad de mi escritorio, las fantasías más extravagantes, los juegos e itinerarios sin destino conocido donde todas las rutas confluían en un sólo punto... el mismo que casi siempre no tenía referencia concreta en la realidad donde bailoteábamos día tras día.

Si: fui un gitano a su lado y juntos visitamos los parajes más exóticos de la tierra, los peñascos más inhóspitos del planeta.

Igualmente: era muy doloroso para mí descubrir que a la entrada de cualquier estación de trenes, iniciaba sin justificación alguna, un rito escandaloso que al poco rato subía de tono para terminar abruptamente desnuda y jadeante en el fondo del primer retrete que encontraba al paso, o; si se le ocurría: podía acabar tendida de espaldas sobre los andenes, pasamanos y talleres de aquellos enormes edificios, donde todavía es fácil encontrar a tantos seres dispuestos a liquidar sus asuntillos de horarios, maletas y tranvías, de acuerdo al latido de un inútil mecanismo, reloj sin memoria empeñado en caminar y caminar a través del tiempo como si todo el mohoso engranaje de la vida, estuviera atrapado en un viaje sin retorno.

Al despertar cierta mañana, entorpecido aún por los narcóticos ensueños de la última noche, avancé mis manos por el hilo de la sábana y al otro lado de la cama no encontré a nadie; entonces abrí los ojos desesperadamente y lleno de júbilo descubrí que por fin se



había largado, que ahora me encontraba solo, abandonado de perros y gatos en un caserón oscuro y silencioso y; otra vez, después de tantos años, comencé a respirar tranquilo y desaté sin esfuerzo el ovillo de nervios que desde hace algunos meses atrás, oprimía implacablemente mi corazón. Concluí que las mujeres son los únicos juguetes de goma capaces de levantar carpa en territorio enemigo y que después de todo, estaría muy bien si lograba una nueva conquista, una mano distinta a la mía que la sacase de la rutina o, que de una vez y para siempre, la hundiese en el pantano, en el lodazal de su propio derrumbe.

Mi vida a partir de aquel día tomó un rumbo distinto y

la olvidé como se dejan olvidados los zapatos sin tacones en el fondo de los baúles.

Alguna tarde sin norte ni país, me encontré discutiendo con un buhonero caído en desgracia, el mismo que afirmaba haber conocido en el rincón más inaccesible de la ciénega, a una mujerzuela como la mía y; desde aquel instante, se reinstaló en mi alma un odio sin límites que sólo acabó cuando le hundi el hacha en mitad de la frente. Noticias escandalosas de la vida libertina que llevaba comenzaron a sitiarme por los cuatro costados; viví asediado, acosado por los celos durante largos meses y sin quererlo, repentinamente, me volví un hombre de sombra; al acecho del menor desajuste... a la espera del momento propicio para consumir sin dilaciones, la venganza por la cual soy ahora un procesado.

Pasaron los días y uno tras otro los años fueron cayendo sin que mi espíritu encuentre un minuto de sosiego y esperanza. Insensiblemente, me había convertido en un solitario guerrero que luchaba sin desmayo contra la angustia del tedio, contra aquel absurdo deseo de no poder llenar mis noches sin mujeres prohibidas... contra aquella costra de amargura que el vacío va formando en torno del hombre deshonorado hasta matarlo.

Llegó por fin el día de volver a encontrarla.

Recuerdo que aquella noche cerré los ojos y me abandoné confiado al misterioso rumor que trepaba desde la calle.

A lo lejos: logré escuchar nitidamente, el mismo tacaneo impertinente profanando el letargo detenido en los jardines posteriores.

Se detuvo.

Empujó con estudiado ademán el portón de servicio y entró como quien arriba después de una interminable travesía: con las medias rotas y un viejo paraguas medio abierto bajo la lluvia. Vistiendo un calcáneo abrigo de lana gris comenzó a escalar cada uno de los trece peldaños que aún nos mantenían separados; pisada tras pisada el nudo fue ajustándose; fue entonces cuando me incorporé de un salto y corrí hasta el armario; recogí el hacha de piedra que allí guardaba y empuñándola con fuerza aguardé con el oído atento y los ojos desorbitados que al otro lado de la puerta ella se detuviera y golpeará.

Golpeó.

Levanté las aldabas y silenciosamente di vueltas al cerrojo hasta dejarlo libre.

Después de tantos años, una vez más nos encontramos frente a frente y... ella no vaciló en dar el paso.

En cuanto entró: cerré la puerta y la aseguré fuertemente corriendo los pestillos y, antes de que pudiera volverse y con su helada mirada desarmarme, sin repugnancia: descargué un certero golpe de hacha en el centro de su cabeza cuidando que el filo de la cuchilla penetrara limpiamente hasta el fondo y recortara su frente en dos de una manera perfecta y definitiva.

Anais se desplomó sobre las alfombras y al instante, como en una pesadilla, nuevamente pude percibir el excitante perfume de la pasión desprendiéndose de aquellas ropas que rápidamente empezaron a llenarse de salpicaduras negras.



Williamns Kastillo. Ha publicado: *Caravana del anonimato*, *Felotón bajo la luna*, y *Capitulación sin testigos*.

Rafael Larrea. Quito, Ecuador. 1943-1995. Poeta perteneciente a la generación tzántica. Entre sus libros se cuentan: *Levantapolvos*, *Nuestra es la vida*, *Bajo el sombrero del poeta*.

Simón Zavala. Poeta. Ha publicado varios libros: *Dimensión de un transeúnte*, *Anatomía de un grito*, *Biografía circular*, *Canto a la esperanza*, *Cantos de fuego*, *Manifiesto del hombre*, *Reconstrucción de la Verdad*, *Fisonomias*.

César Vallejo. Perú. 1892-1938. Poeta de prestigio mundial. Entre sus libros citamos: *Poemas humanos*, *Trilce*, *Los heraldos negros*, *El tungsteno*.

Humberto Vinuesa. Guayaquil, Ecuador. 1944. Poeta vanguardista. Entre sus publicaciones están: *Un gallinazo cantor bajo un sol de a perro* (poemas, 1970). *Poeta tu palabra*, *Alias lumbre de acertijo*.

Edwin Madrid. Quito, Ecuador. Poeta de las nuevas promociones de escritores ecuatorianos. Ha publicado: *Oh muerte de pequeños senos de oro*, *Celebridad*, *Tentación del otro*, *Caballos e iguanas*.

Mayarí Granda. Joven escritora ecuatoriana de las últimas promociones.

Violeta Luna. Guayaquil, Ecuador. 1943. Poeta. Entre sus publicaciones están: *Poesía universitaria* (obra en colaboración), *El ventanal del agua*, *Y con el sol me cubro*, *Posiblemente el aire*, *Ayer me llamaba primavera*.

Poesía

Pongo la Luz

cerca del muerto,
la corona de velas,
la flor,
la primavera.
Le cuento cosas que harían sonreír
a una tapia.

Y sigue seco.

Ante tanto entusiasmo
parece que su índice me llama.

Le pregunto: ¿hablas?
Pero en la boca sólo un diente de oro,
y, más allá, un algo así como garganta
sin más trueno que la soledad
de un blanco hueso.

Quizá la muerte misma no sea nada,
si no recuerda,
si no cuenta,
no tiene qué perder,
calla y calla,
es todo un muerto respetable, la muerte.

¡Quién sabe!
A lo mejor, no vale nada.

¡Como si no hubiera nacido!
¡Manavali!

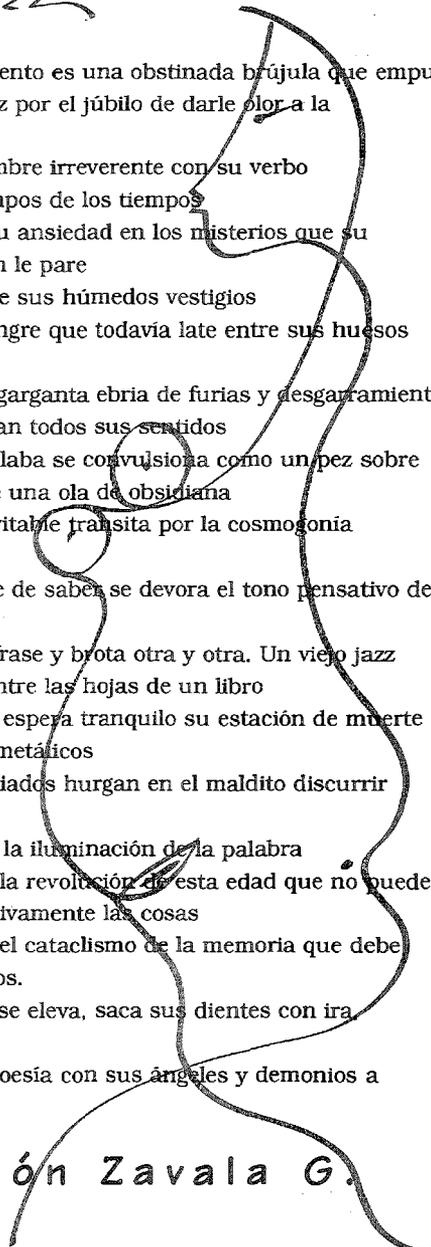
RAFAEL LARREA

RAFAEL LARREA
(1943-1995)

LETRAS DEL ECUADOR rinde un homenaje póstumo de admiración y cariño a Rafael Larrea, poeta ecuatoriano, siempre comprometido con las causas populares, fallecido en este año y anuncia un concurso de poesía que llevará su nombre.

Daguerrotipo

Jazz



El pensamiento es una obstinada brújula que empuja.
Duele la voz por el júbilo de darle color a la
palabra
pasa el hombre irreverente con su verbo
por los tiempos de los tiempos
transpira su ansiedad en los misterios que su
imaginación le pare
vuelve sobre sus húmedos vestigios
sobre la sangre que todavía late entre sus huesos
dolorosos
levanta su garganta ebria de furias y desgarramientos
se encabritan todos sus sentidos
una vieja sílaba se convulsiona como un pez sobre
la cresta de una ola de obsidiana
el viaje inevitable transita por la cosmogonía
la cadencia
con hambre de saber se devora el tono pensativo del
creador
agoniza la frase y brota otra y otra. Un viejo jazz
despierta entre las hojas de un libro
el recuerdo espera tranquilo su estación de muerte
entre ayes metálicos
los ojos exiliados hurgan en el maldito discurrir
semántico.
Dónde está la iluminación de la palabra
dónde está la revolución de esta edad que no puede
aceptar pasivamente las cosas
dónde está el cataclismo de la memoria que debe
conmovernos.
La palabra se eleva, saca sus dientes con ira
se subleva
y brota la poesía con sus ángeles y demonios a
cuestas.

Simón Zavala G.

Post-Interioridad

Pongo en vigilia la palabra
el suceso de oír aullar al tiempo
es una exacta gota de agua cayendo sobre mi
carne
de olvidado sobreviviente
me interrogo: ¿será la muerte el retorno o el
origen o el fin de este nuevo despojo?
otro siglo desnudo camina como una hormiga
que huye
la esperanza se vuelve gris
el hombre se bifurca y bebe su baño de agua
fría en el vacío de su precipicio anterior
¿será otra vez la vida? pienso desesperado
los fantasmas de la verdad me pueblan desdeñosos
debo amainar mi aliento de viajero imaginario
soy solo parte de la fábula atroz de una
historia mentirosa
digo: ¿hay que dejar de existir para ser?
¿hay que cargar con miedo la voluntad de vivir?
extraño caminante sufro mi tortura de ser.
No estoy dispuesto a dejarme vencer.

Simón Zavala G

El Espejo

Sé que nunca he estado aquí
ni que nunca he llegado
el rostro de este muelle ha mirado mi vida con compasión
detrás de esta marea hay reposadas playas donde anclar
navío tras navío he crecido entre puertos sintiendo
las ausencias
náufrago empecinado de tantas travesías
he vuelto a revivir
he vuelto a ser silueta
sombra
sangre y epidermis
Bebo una cerveza frente al muelle bebo otras
me caen las nostalgias de una mujer durmiéndose
en mi pecho
de qué color es su piel dice mi insomnio
dónde está su pequeño volcán para hundirle mi fuego
las vidas que atravesé saltan cruzando el tiempo
otra memoria nace entre las arrugas de la vida
la ciudad comienza a despertarse de su sopor de
madrugada
la calle es una larguísima cadena de recuerdos
e ideas
trastabilan mis huesos
miro a la muerte en medio de la niebla
y siento que en mí se rebelan todos mis cadáveres
que están todavía con su sangre tibia. Me levanto
de esta nueva caída y veo que nadie habita esta
desconsolada vía
que no existe este puerto ni éste muelle
y que yo aun agonizo en otro tiempo.

Simón Zavala G.

Tres Poemas

LOS TRESCIENTOS ESTADOS DE MUJER...

Los trescientos estados de mujer de la Tour Eiffel, están helados.
La herciana crin de cultura de la torre, su pelusa de miras, su vivo
aceraje, engrapado al sistema moral de Descartes, están helados.

Le Bois de Boulogne, verde por cláusula privada, está helado.

La Cámara de diputados, donde Briand clama: "Hago un llama-
mamiento a los pueblos de la tierra...", y a cuyas puertas del cen-
tinela acaricia, sin darse cuenta, su cápsula de humanas inquie-
tudes, su simple bomba del hombre, su eterno principio de Pascal,
está helada.

Los campos Eliseos, grises por cláusula pública, están helados.

Las estatuas que periplan la Plaza de la concordia y sobre cuyos
gorros frigos se oye al tiempo estudiar para infinito, están heladas.

Los dados de los calvarios católicos de París, están helados hasta
por la cara de los treces.

Los gallos civiles, suspensos en las agujas góticas de Notre-Dame
y del Sacre-Coeur, están helados.

La doncella de las campiñas de París, cuyo pulgar no se repite
nunca al medir el alcance de sus ojos, está helada.

El andante a dos rumbos de "El pájaro de fuego" de Strawinsky,
está helado.

Los garabatos escritos por Einstein en la pizarra del anfiteatro
Richelieu de la Sorbona, están helados.

Los billetes de avión para el viaje de París a Buenos Aires, en dos
horas, 23 minutos, 8 segundos, están helados.

El sol está helado.

El fuego central de la tierra está helado.

El padre, meridiano, y el hijo, paralelo, están helados.

Las dos desviaciones de la historia están heladas.

Mi acto menor de hombre está helado.

Cesar Vallejo

Desconocidos

CONFLICTO ENTRE LOS OJOS Y LA MIRADA

Muchas veces he visto cosas que otros también han visto. Esto me inspira una cólera sutil y de puntillas, a cuya íntima presencia manan sangre mis flancos solidarios.

-Ha abierto sol, -le digo a un hombre.

Y él me ha respondido:

-Sí. Un sol flavo y dulce.

Yo he sentido que el sol está, de veras, flavo y dulce. Tengo deseo entonces de preguntar a otro hombre por lo que sabe de este sol. Aquel ha confirmado mi impresión y esta confirmación me hace daño, un vago daño que me acosa por las costillas. ¿No es, pues, cierto que al abrir el sol, estaba yo de frente? Y, siendo así, aquel hombre ha salido como desde un espejo lateral, a mansalva, a murmurar, a mi lado: "Sí. Un sol flavo y dulce". Un adjetivo se recorta en cada una de mis sienes. No. Yo preguntaré a otro hombre por este sol. El primero se ha equivocado o hace broma, pretendiendo suplantarme.

-Ha abierto sol, -le digo a otro hombre.

-Sí, muy nublado, -me responde.

Más lejos todavía, he dicho a otro:

-Ha abierto sol.

Y éste me arguye:

-Un sol a medias.

¡Dónde podré ir que no haya un espejo lateral, cuya superficie viene a darme de frente, por mucho que yo avance de lado y mire yo de frente!

A los lados del hombre van y vienen bellos absurdos, premiosa caballería suelta, que reclama cabestro, número y jinete. Mas los hombres aman poner el freno por amor al jinete y no por amor al animal. Yo he de poner el freno, tan solo por amor al animal. Y nadie sentirá lo que yo siento. Y nadie ha de poder ya suplantarme.

Cesar Vallejo

RUIDOS DE PASOS DE UN GRAN CRIMINAL

Cuando apagaron la luz, me dio ganas de reír. Las cosas reanudaron en la oscuridad sus labores, en el punto donde se habían detenido: en un rostro, los ojos bajaron a las conchas nasales y allí hicieron inventario de ciertos valores ópticos extraviados, llevándolos enseguida; a la escama de un pez llamó imperiosamente una escama naval; tres gotas de lluvia paralelas detuviéronse a la altura de un umbral, a esperar a otra que no se sabe porqué se había retardado; el guardia de la esquina se sonó ruidosamente, insistiendo en singular sobre la ventanilla izquierda de la nariz; la grada más alta y la más baja de una escalinata en caracol volvieron a hacerse señas alusivas al último transeúnte que subió por ellas. Las cosas, a la sombra, reanudaron sus labores, animadas de libre alegría y se conducían como personas en un banquete de alta etiqueta, en que de súbito se apagasen las luces y se quedase todo en tinieblas.

Cuando apagaron la luz, realizóse una mejor distribución de hitos y de marcos en el mundo. Cada ritmo fue a su música; cada fiel de balanza se movió lo menos que puede moverse un destino, esto es hasta casi adquirir presencia absoluta. En general, se produjo un precioso juego de liberación y de justeza entre las cosas. Yo las veía y me puse contento, puesto que en mí también corcoveaba la gracia de la sombra numeral.

No se quién hizo de nuevo luz. El mundo volvió a agazaparse en sus raídas pieles: la amarilla del domingo, la ceniza del lunes, la húmeda del martes; la juiciosa del miércoles, la de zapa del jueves, la triste del viernes, la harapososa del sábado. El mundo volvió a aparecer así, quieto, dormido o haciéndose el dormido. Una espeluznante araña, de tres patas quebradas, salía de la manga del sábado.

Cesar Vallejo

LA POESIA

suele aparecer en la playa del sueño
con su cometa olvidada en la vigilia
corriendo hacia las aguas del verso

en el desajuste de una letra
de la palabra más segura de sí misma
se revela se delata se devela
y candorosamente se cubre con aureola sensorial

sin ser río
es torrente que corre sobre la topografía de la
lengua

sin ser agua totalmente es abrevadero
de antigua novedad
función de humedecer al evangelio más yermo
al dogma más reñido con la vida
para provocar la hecatombe con su herrumbre
su derrumbe

es afluencia de la memoria del idioma
hacia el curso de la memoria del cuerpo
para precipitarse en catarata a las metáforas

el llamado del hombre al hombre
para legarle el fuego
donde cada palabra incendió su historia
y empezó a ser biografía del poema bebé

como el agua para el pez
y el pez en el agua inseparables
son el verso y la poesía viva
unidos -nunca se sabe-
si por su desnudez
o la apariencia

si fuera radiografiada se vería
huellas de osamenta textual
alumbrada con relámpagos de sentido
por donde la palabra viajó
a la velocidad de la transparencia

cuando es dicha por primera vez
parecería que en esa única forma
hubiera sido dicha para siempre
y desde siempre
y que sin embargo es tan frágil
como el punto de mayonesa

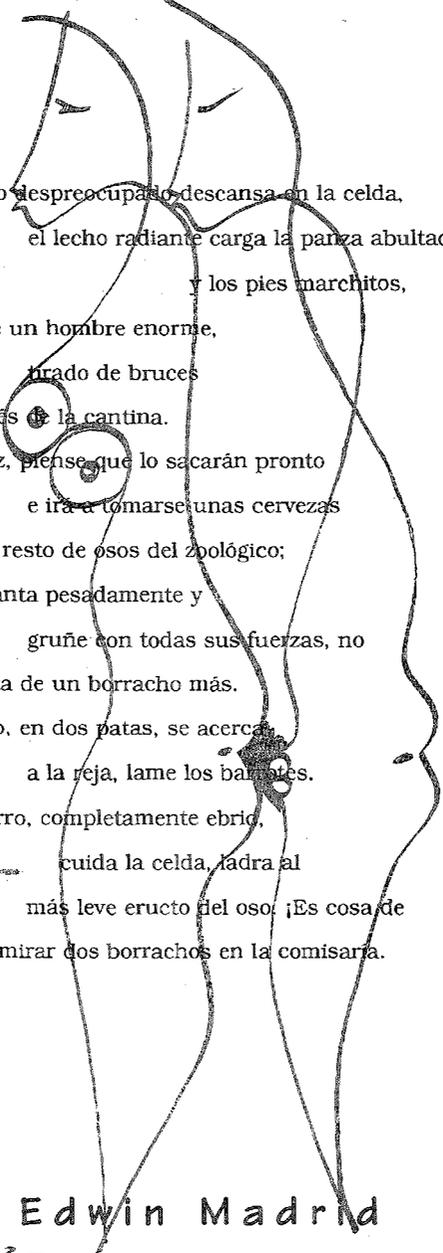
por mucho encontrarla
se torna búsqueda en sí misma
sin buscarla tanto es encuentro
de lo desconocido con lo presentido
en los recovecos ignotos de lo conocido

es la invención del espejo
al cual preguntas mirándote con sus ojos:
-¿habrá alguien más bello más
genuinamente fatuo expandido
disperso más original que yo?
-Sí y no
el mismo que mañana preguntará lo mismo

Humberto Vinuesa

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Un oso despreocupado



Un oso despreocupado descansa en la celda,
el lecho radiante carga la panza abultada
y los pies marchitos,
parece un hombre enorme,
parado de bruces
después de la cantina.
Tal vez, piense que lo sacarán pronto
e irá a tomarse unas cervezas
con el resto de osos del zoológico;
se levanta pesadamente y
gruñe con todas sus fuerzas, no
se trata de un borracho más.
Parado, en dos patas, se acerca
a la reja, lame los barrotes.
Un perro, completamente ebrio,
cuida la celda, ladra al
más leve eructo del oso. ¡Es cosa de
locos! mirar dos borrachos en la comisaría.

Edwin Madrid

E. Madrid

La tentación del demonio

Camino en la vida como
quien lleva una cruz
a cuestas,
entiendo el tumulto
de las ciudades y la muerte
de los pájaros.

Mi padre me dijo un
día
ve por la tierra y sé
bueno, y en todos mis actos
he tratado de entregar amor.

El momento mismo que me
hundían los clavos
en las manos
bajé de la cruz;
recuerdo, una brisa
corría fresca acariciándome
las heridas,
la gente no me
vio porque me alejé con el viento,
fue un día como
cualquiera,
tal vez, como esos
en los que ejecutan prisioneros
nada más.

Ahora estoy en los esfuerzos
que los países hacen
por conseguir la
paz,
soy el hombre que
concorre a la iglesia
y eleva
una plegaria,
siento el calor
del sol y me mojo con
la lluvia.

He escuchado a mi padre hablar
de un mundo de luz y de alegría,
pero yo no os ofrezco nada,
morir en la cruz es un
acto de fe mundana,
una tentación del demonio.

Edwin Madrid



Combate de Amor y ofensa

A Isabel, una mujer

I

El amor es más parecido a la vida
es más verdadero que la muerte
camino sobre la lluvia
corro por el valle inmundo
donde los muertos predicán a los vivos
ahora que el tiempo descubre
que envenenan el agua de su pozo
yo he visto a la luna nadar sobre
amadas móviles
a la mar
abrirse para Dios
es de carne su marea
marea que marea
aterrizan en el poema
adolescentes enamorados
comunicando la pena de morir
mi madre cometiendo un pecado necesario
fresco aún el crisol de su entrepierna
para que yo ame, respire, escriba
el poema.

II

La noche amontona jadeos, besos, murmullos,
cocinas borrando biografías
de amas de casa
casadas y cansadas
alguien cierra las cortinas conyugales
Se incendian dos gargantas adultas
incendian y se aman
sudan dos cuerpos adúlteros
sudan y se aman
son las posibilidades del amor
una niña abraza a su hija
ambas están abrazadas a una lágrima
una lágrima que no se atreven a derramar.

III

Escucho soledades
soledades ávidas de compañía
hay de todo en una calle de nadie
las madres solteras cosen para olvidar
los rateros se persignan
asustados ante los rayos de la luna
los santos fornican
piden prestadas sus voces a las rameras
para nombrar santos y señas
Rameras: usan nombres falsos penas reales
solo quedan ruinas
del museo de los sentimientos
Hay de todo en una calle de nadie.

Pedro Gil

Los Lunes

Todos los lunes vuelvo a retomar las ideas,
vuelvo a sorber el café con ese sabor del desaliento,
vuelvo a caminar con ustedes,
con el trajín, con el apuro,
con la ciudad ardiendo por el sol que abre sus grandes ojos
y los posa encima.

Vuelvo como todos los días a soñar un poco,
a permanecer intranquila
con la idea de que debo estar a la expectativa
de lo que pasa a mi alrededor.
Como todos los demás días, deseo vivir,
vivir por fin con un poco de armonía.
Deseo como todos los días
comprender mejor estas locas utopías.
Deseo que termine la oscura vanidad de la gente.
Como todos los lunes de cualquier año,
de cualquier historia, de cualquier tiempo,
como cualquier otro día
vuelvo a sumirme en el tráfico del desquicio.

Mayarí Granda

Se nos mueren

Se nos siguen muriendo los buenos,
se nos siguen muriendo los sabios,
se nos mueren los poetas de la vida,
se nos mueren los locos pensadores,
los que pintaron la oscuridad con su presencia.

Se nos muere la gente
con la que hubiéramos fabricado otro sueño azul,
se nos mueren los pintores del cielo,
los escultores del silencio,

se nos mueren, se nos mueren

Y solo quedamos nosotros

los falsos

los que no nos atrevemos a sacar la cara,

los que no nos atrevemos

poner un signo de protesta.

Se nos siguen muriendo los buenos,

se nos siguen muriendo los sabios.

Sería mejor que muriese el gran mafioso
que descansa muy cómodo,
el gran señor que sigue explotando,
y solo quedamos nosotros,
los que agachamos la cabeza
y nos tragamos las ofensas.

Mayarí Granda

Poemas con Ausencia

I

Te busco
por todos los caminos de septiembre
y asomas como un trébol
crecido de distancia y de mañanas.
Te llamo
en medio de este bosque de preguntas
y es árbol mi ternura
ardiendo entre luciérnagas sin tiempo.

Te miro
con estos crisantemos trasnochados
y emerges como un faro
perdido en la negrura de mi océano.

Con solo tu recuerdo yo me basto,
con solo entrar al sueño
y verte dibujado con ocasos.
Entonces yo te toco,
te toco con mis dedos de neblina
y gimen tus relámpagos.

Te beso
por sobre la muralla de la ausencia
y estallan de humedad mis lunas rotas.

II

Esta palabra ausencia
es un vocablo estéril.
Aun el diccionario lo lamenta.
Y aunque no estés conmigo
lejano sembrador de mandarinas,
aunque tu boca viva en otra parte
y yo no pueda hundirme en tus ardores,
hay que matar la ausencia,
cazarla como a ostra,
quitarle cada perla del olvido.
Entonces,
vencida al fin la ausencia
será el amor más fácil,
pero será insaboro,
igual que concha huérfana
o fruta sin su néctar.

III

Tal vez hay averías en la casa
y el agua que gotea gime y canta.
Es música en el día
y llanto por la noche.
Difícil es dormir profundamente,
difícil es soñar sin sobresalto.
Quizás ahora mismo
yo busque un buen plomero para el caso..
y a quién buscar mañana
para esta vida rota que se escapa.

Violeta Luna

Marcelo Robayo. Ambato, Ecuador. Novelista, Presidente de la Casa de la Cultura, núcleo de Tungurahua.

Sonia Manzano. Guayaquil, Ecuador. Poeta y crítica literaria. Tiene publicados varios libros de poesía y una novela.

Begoña Huertas Uhagon. Guijón, Asturias. 1965. Profesora investigadora. Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Madrid. En 1993, ganó el Premio Casa de las Américas de ensayo

Carlos Calderón Chico. Guayaquil Ecuador. 1953. Es periodista y crítico literario. Ha dirigido revistas literarias e importantes antologías.

Hoja por hoja. Diente por diente

Poemas con piel de Oveja

Marcelo Robayo

Euler Granda es como un hermano lobo transparente y porfiado. Desde los altos riscos de su alma nos observa con aparente mansedumbre y segura fraternidad, atisba los intersticios de la coexistencia, husmea el mundo, la patria, el barrio, los almanaques idos y venidos, aúlla en los espacios del ~~amor~~ a los que retorna como a su madriguera, retorciéndose de dolor y frustración por los mismos motivos que involucionaron al lobo del pequeño Francisco de Asís.

Apabullado siempre, pero también aprobado por enorme unanimidad, vuelve a sus andanzas, según propia pretensión, vestido ahora con piel de oveja, como quien dice para que no lo reconozcan, para que le dejen hacer de las suyas, para que no le jodan los silencios, los fermentidos olvidos o las forzadas separaciones: "Las cosas/son otra cosa debajo del pe-llejo/así la sed/es agua amordazada/el olvido/es el recuerdo con candado/la música es flor con alas/los que nacen ahora/son los muertos

mañana/el hoy es el ayer/la verdad es la mentira más cerdosa/el amor, no es más que el desamor con piel de oveja."

Así, con esta pedrada en ojo descuidado, Euler Granda inicia su nueva obra, **POEMAS CON PIEL DE OVEJA**, aunque de inmediato el lector sentirá su resuello lobuno, más profundo y atildado en cada poema, en cada verso.

Es que el hermano lobo sabe como se desquita de la grey hipócrita; cuando parece que se rinde ante el recuerdo, lo toma a éste del cogote y lo chicotea con su desdén; cuando parece que al fin la tristeza lo domina, con saltos irreverentes y hondas carcajadas se burla de la cursi melancolía de los demás; cuando parece que se transforma sereno y patriótico aconsejador, con certera patada en el trasero, hace fisga del sainete de la libertad y de la democracia. No concede tregua para confundirnos hermosamente; nos enternece, nos lame, nos convoca a la solidaridad, pero también nos hace sentir profundos zarpazos condenatorios, imponentes aullidos de un ser-que se descamisa para arremeter contra los depredadores del espíritu.

Lobo solitario al fin, lobo esteparío, no hay más que esteparío, puesto que con frecuencia inusitada cae en las redes del

amor; y lo vemos enjuagando "El rostro de los días", repasando "El cuerpo y los sucesos, debatiéndose entre "La inutilmanía y otros nudos", sin atinar con el "Etcétera, etcétera", hasta que despojado de su apariencia, jesucristicamente nos confiesa:

"Vivir no es tan difícil/en cambio cuanto cuesta morir/Por Ejemplo el amor es el duro, el resistente, el inmune/el siete cueros/el más vidas que un gato/al amor pueden darlo por muerto/pero está vivo/y

aunque al hombre lo aplasten/él seguirá sobreviviendo.

Termino la lectura del libro y siento la complacencia de ver como Euler Granda enriquece a la detenida poesía nacional; y acabo por comprender que el poeta no es más que un bello cordero obligado a vestirse con piel de lobo porque no le gusta arrebañarse.



La Actitud del Fuego

Sonia Manzano

Octavio Paz, en *La Llama Doble*, expresa que la relación erotismo y poesía es tal que puede decirse, sin afectación, que el primero es una poética corporal y que la segunda (la poesía) es una erótica verbal”.

Verbalidad erótica en la que se duplica la contorsionada sensualidad de la temática abiertamente amoratoria es la que encontramos como denominador común en la lírica ecuatoriana de fin de siglo escrita con pulso firme por decididas mujeres que, a pocos años de finalizar este milenio, han precipitado sus escrituras para que éstas “hablen ahora o callen para siempre” sobre todo aquello que -por restricciones sexohistóricas obvias que no vamos a enumerar -sólo fuera dicho con la mitad de la boca, ya que la otra mitad estaba tapiada con el polvo punitivo del prejuicio.

En *La Actitud del Fuego*, primigenio libro de Aleyda Quevedo, nos encontramos con la pulsión martillante de lo sensual a través de una textualidad libre, desafiante e inocente. Textualidad que se desvía de la pasiva tradición hembrista de aludir al

sexo de una manera tímidamente tangencial para enfilarse sus flujos salinos hacia derroteros que están más allá de lo que la pertinencia convencional de las primeras décadas del siglo se pudo haber imaginado.

Así, la voz textualizadora de este discurso caldeado en sus insospechados fuegos es capaz de marcar hacia el interior de éste los límites de sus dominios versales y sexuales, y de establecer dentro de ellos las reglas del combate amoratorio, las condiciones últimas y primeras que deberán ser observadas tanto por quien literaturiza cuanto por quien es literaturizado como virtual interlocutor amoratorio o como amante unívoco polivalentemente evocado.

Los términos “amantes y guerreros” se homologan en esta poesía, y a esta paridad conceptual responde el que la sujeto textual exija una conducta dinámica -de manifiesto coprotagonismo- a aquel con quien comparte las incidencias líricas de la anécdota amoratoria. A esto obedece el que la poeta manifieste aquello de: “**si eres movimiento/me quedo contigo/Si eres la actitud del fuego/he de revolcarme en tu fuerza/**, lo que a la luz de nuestra particular interpretación sonaría algo así como: “sólo si eres fuente de energía, sólo si eres capaz de suscitar mi fuego podrás conseguir de mí todos los fuegos para los que fui creada”.

Después de la reflexión anotada podríamos hablar, entonces, de una paridad de fuerzas entre quienes entrecierran sus cuerpos en una suerte más de agonía que de combate, y esta paridad -esta virtual tensión de la textura erótica -nos remite a un vibrante y sugestivo campo semántico: a una cama o "bosque de las batallas nocturnas", espacio en la que tendrá presencia persistente la imagen de la agresión provista de armas dulcemente lícitas, la que se alimenta de una nutrida concentración de sensaciones fálicas que emergen al texto como punciones y heridas, deseos y humectaciones o agonías y desmayos parecidos a la muerte (o parecidos a estos versos que dicen: **"Qué necesaria es esta navaja/que aún cuando no estoy desnuda/me humedece/**).

Situada más a la ofensiva que a la defensiva, la voz cantábil confiere a su sexualidad una prioridad dignificante, una supremacía cuyo propósito no es el de establecer un dominio tácito sobre la otra supremacía, sino anteponer de relieve que ella puede hacerse de la victoria carnal si es que así se lo propone.

Es por eso que cuando el yo textual manifiesta: "mi lengua te pone contra la pared", o: "mis muslos han ganado y demarcan tu territorio", también está consolidando su identidad amorosa participativa, a más de alejarla de esa sexualidad pasiva y sufriente con la que hasta hace muy poco -y casi en términos absolutos -se identificaba la mujer plural.

Poesía que se genera de la fricción continua de los estambres sensuales, el persistente roce de sus elementos provoca el consecuente goteo de la esencia erotizante, y es a causa de esta mecánica cadenciosa que el discurso secreta -no en pocos espacios -una **"infusión de arcilla y miel/que riega la tierra/y llega hasta el mar/**. Incrementando esta sensación vivida del movimiento -esta "música que cabalga entre serpientes" -encontramos la idea del acto amoroso fusionada a la visión dinámica del fuego. El climax sexual coincide, en no pocos textos, con ese estallido textual que sobreviene después de haberse potenciado a la expresión hasta su sugestividad carnal máxima:

**"La noche ha dado la señal.
Los animales de tu cuerpo
están sobre mi
inquietos por empezar**

**se vuelven en mi contra
y al final del vientre
construyen un anillo de fuego
que estalla
como todos los fuegos".**

(Al final del vientre P-15)

La luz funciona como un elemento de alta connotación erótica: Utilizada como instrumento para que lo amoroso alcance su revelación previo el necesario deslumbramiento, todo lo que la luz toque se irá convirtiendo en signo sensual, en "iluminaciones" cálidamente eróticas como las expresadas a continuación: "alumbro tu necesaria parte erecta", o: "te arrancaré el trozo de luz que alumbraba tu pubis".

Amor y muerte es la "fusión total", la red receptiva en la que se refugian los múltiples sentidos de **La Actitud del Fuego**. En el cruce de estas coordenadas pervive una lejana sensación de dolor, una especie de pubis solar que despiden intermitentes llamadas carnales que también pueden ser codificadas como pedidos de socorro emanados desde los genes ancestrales de la más remota imagen que la mujer genérica conserva de la memoria de sí misma. Hay una tríada constante entre las piernas que son enarboladas en esta poesía, un placer asociado al miedo y al dolor, y un dolor que no se apacigua con el mero acto de cerrar las extremidades, porque no responde estrictamente a un dolor particular, sino a ese dolor intrínseco del género que se siente portador "del hueco que más se parece a la muerte".

La alusión al vacío genital tiene un carácter significativamente recurrente en este discurso, y los textos que en él se generan ofrecen una limpia funcionalidad lírica, como la que se visualiza en estos versos:

**"Algunas veces pensé
que apretando los dientes
y cerrando las piernas
se me irían estas ganas
de que todo acabe.**

(Cerrando las piernas P-47)

Pero Quevedo no enfoca a la mujer plural con visión derrotista, pues, con un sentido feminista de inteligente cuño desdobra a ésta en varias mujeres cuya fuerza conjunta las vuelve capaces de eslabonarse - "Como viejas leonas en una misma cama-

da"- para entre si "formar un bálsamo contra todas las pesadillas". La solidaridad de género se deja sentir en esto que sigue:

**"Es el tiempo de las mujeres
moviendo las montañas
los hombres parecen haber olvidado
los tiempos del amor".**

La combinación placer-dolor (a la que aludíamos líneas atrás) no nos remite a las consabidas fórmulas del erotismo fácil cuya práctica versal a veces toca simplismos pornográficos, ya que, según juicio aclaratorio de Cristina Piña, "si lo erótico es celebratorio, placentero y está asociado al sentimiento amoroso, la pornografía arriba al placer estético produciendo en quien lo recibe una reacción puramente física".

La Actitud del Fuego, no obstante el dolor anotado, se desplaza por una dimensión "celebratoria" cuyo fin es el de provocar un suceso estético dentro de la textualidad concreta. El plano sonoro de "boleros y súplicas" que se deja escuchar más allá de la simple fonética emitida por la animalidad conjunta (o apareada), es el tácito testimonio del animal fisiológico evolucionado a su más alta animalidad sensible gracias a la energía afectiva que le dispensa su doble o pareja. Por eso, la voz poética que se abate y se debate bajo "las fortalezas de carne de su idéntico invisible" -o de su contraparte sexual- asimila de éste su capacidad para desbordar "el filo de la injuria", para llegar al final mismo del laberinto, ahí donde el animal se transforma en mito, en la imagen provista de dos cuernos y un ojo cuya seducción milenaria, cuya minotáurica tristeza "roba la sombra" de quien logra ponerlo en pie para configurar con él la imagen bicefálica de "los cuatro pies", dentro de cuya burbuja los cuerpos verbales ^{se} cumplen sus estaciones de amor o de infierno:

**"Debes confesar
si eres el que tiene
dos cuernos y un ojo
el mismo que me robó la sombra
y baila a la luz de la luna".**

(Caminos piadosos P-45)

Por otro lado, **La Actitud del Fuego** también acusa una cierta desviación de la cultura eurocentrista, pues, no obstante portar signos originarios del clasismo occidental -ciertos mitos, ciertos dioses apolíneos, ciertos poetas apologéticos- los rasgos culturales más marcados son aquellos que guardan

relación con milenarismos, exotismos, esoterismos de civilizaciones que todavía se conservan bastante inéditas. Estos influjos se hacen perceptibles no sólo por la utilización directa de elementos característicos, sino también por esa plasticidad breve con la que Quevedo pincela sus cartas al tarot, sus misterios astrales o sus limpios comprimidos conceptuales, tan reconociblemente líricos como éste que dice:

**" Cuidaré tus pájaros
pero me niego
a hacer el amor en la jaula".**

(Hal-Kai de los pájaros P-25)

La misma articulación de esta poesía con la ocultación del ocultismo explica su temática "fuera de" en la que los signos de agua y fuego priorizan su significación dotando a la expresión de una apertura mágica por la cual hacen su ingreso hombres que les temen a los ajos, féminas que se cobijan bajo la tercera casa de acuario y más entes maravillosos brotados desde la particularidad imaginativa de quien ha logrado "anclar el agua en la constelación de su vientre" o de quien ha apelado al código de las constelaciones celestes para descifrar la liquidez repulsiva que subyace "en el blanco de la noche".

La impronta esotérica se deja sentir en esto que dice:

**"me miro y no alcanzo a descifrar
perteneces a la era de acuario
y por esa sabiduría de los chinos
una rata me cuida."**

(Desciframiento de los signos P-59)

Pero haciendo abstracción de los influjos anotados y tratando de desentrañar las filiaciones que se hacen presentes en este sugestivo poemario, observamos que de su geneología lírica penden también ciertos visos modernistas (como aquellos que retrotraen el mito del poeta maldito), ciertas alucinaciones surrealistas, y también -aunque con el temor de establecer un vínculo quizás muy simplista por remitirnos a lo biográfico- se detecta el directo influjo versal y carnal de algún muchacho de corazón amarillo que supo despertar los canales subterráneos de la voluntad lírica de la poeta apenas rozando "los pequeños senos de oro de la muerte".

Alejandra Pizarnick, gran poeta de estirpe siniestra, define a la poesía como el espacio en el que todo puede suceder. En



La Actitud del Fuego acontecen varios sucesos líricos perpetrados por la auténtica vocación creadora de quien "nada en el veneno de los sentidos/ con los dedos de cara al infinito", porque no existe una manera mejor de sobrevivir "a la destrucción

del amor" que haciéndola memoria escrita en los caldeados límites de esa poesía que sólo puede ser concebida por quien ha sabido asumir **La Actitud del Fuego**.



Fiesta de Solitarios

BEGOÑA HUERTAS

Inventar palabras "como se inventan juegos solitarios y laberintos de fiesta", se declara en el breve fragmento que abre el volumen **Fiesta de Solitarios**, de Raúl Vallejo. En efecto, el dominio en las técnicas del cuento y la diversión que se intuye en su escritura es la impresión que emana de todo el libro. Es esa propuesta de juego, de laberinto a través de conflictos humanos lo que envuelve al lector y le engancha a la lectura desde el principio. Se trata en todo caso de relatos que nos conducen sin rodeos hacia una resolución que no defrauda. El lector obtiene lo que busca: o sorpresa o comprensión final del "gancho" que suponen las primeras líneas. Incluso en aquellos en que el final es previsible y no tiene por qué sorprender ni explicar nada, el relato se cierra técnicamente de una manera limpia.

No hay largas descripciones en estos cuentos, ni aparatosas puestas en escena. Tampoco en ningún momento la narración se desvía hacia asuntos secundarios. Se trata de un lenguaje sencillo, coloquial, un

lenguaje que fluye entre lo cómplice y lo poético. Ese cuidado en dosificar imágenes no hace sino resaltarlas aumentando su impacto y su capacidad expresiva.

Fiesta de Solitarios es un libro que indaga en la psicología del individuo (y poco importa que se desarrolle la narración en Quito, en Madrid o en La Habana). Resalta la ironía de la que es capaz el autor para distanciarse de las pequeñas miserias, de las actitudes convencionales. Los sentimientos de los personajes, sus encuentros y desencuentros, sus silencios, sus miedos y desafíos se presentan con un tono creíble, humano, que no pretende en ningún momento establecer juicios de valor ni categorías morales. "Leña de soledad(es)" es, por ejemplo, una estampa en la que no pasa nada y en la que sin embargo podría pasar cualquier cosa. Es un relato de sentimientos, a veces enfrentados, a veces coincidentes, siempre ambiguos y ricos en matices. Los guiños al lector que el personaje hace entre paréntesis dan un toque de distanciamiento irónico que, quizás, hubiera sido más efectivo mantener hasta el final del cuento.

En este sentido, ese distanciamiento también es crucial en "Diálogo Breve del Amor Menor", donde produce un tono de burla amarga. Aquí la narración se aden-

burla amarga. Aquí la narración se adentra en las cotidianidades conyugales con un estupendo primer párrafo en el que se impone sobre todo -a través del juego de discurso directo/indirecto- la espontaneidad. Lo familiar de esa situación cotidiana, lo absurdo de sus pequeñas reglas, el paso a la discusión por una nimiedad, todo es tan común y, sin embargo, las dos figuras resultan a la postre eternecedoras, y terminan contrastando con los clichés en los que están encerrados.

En "Reestreno de Magdalena" se explora, de nuevo, la monotonía de la pareja, los convencionalismos. Una vez más Raúl Vallejo sabe enganchar al lector desde el primer momento. Tener un amante en la cama en el que la protagonista descubre gestos exactos a los de su marido es un comienzo fuerte. Pero la apatía de los dos hombres tiene su réplica en la apatía de la propia mujer. "Se casó un día en que no había nada más interesante que hacer", se nos dice, perfilando en una línea el carácter protagonista. La psicología de esta mujer que siente, por una parte, el horror de saberse trozo de algo y, por otra, el espanto de no saber estar sola, proporciona un asunto muy rico en resoluciones y matices que Vallejo sabe explotar a conciencia.

El humor no queda fuera de este volumen y a menudo -en sus mejores momentos- contribuye a despojar la posible carga de solemnidad en los temas amorosos. En el caso de "Destellos en el Mar" se explora el humor infantil. El tono burlón que domina el cuento se consigue gracias a una voz narradora que asume la ingenuidad de un niño y al mismo tiempo es capaz de distanciarse: "pregunté con la voz que utilizo en el colegio..." / "A los nueve años uno se desespera por todo". La mentalidad infantil está perfectamente lograda como lo estaba la de los amantes, la de los esposos o la de la mujer insatisfecha.

En los cuentos mencionados hasta ahora, el lector se adentra -impulsado por una curiosidad que el autor sabe manejar muy bien- en temas que le son familiares, cotidianos. Pero **Fiesta de Solitarios** presenta también la otra cara, lo otro, lo marginal. Se trata en estos casos de narraciones que problematizan algo que normalmente está mal visto o, en todo caso, que es cautelosamente ignorado: El mundo de las prostitutas, la problemática de los homosexuales, el conflicto de los travestidos... En realidad, Raúl Vallejo no deja de hablar de sentimientos, de individuos. En

este sentido, ese mundo marginal remite a su aspecto más humano. Las expectativas, los miedos del travestido en "Cristina, envuelto por la noche" no se diferencian en esencia de la pareja tradicional que tomaba una copa frente a la chimenea. Las confesiones del "Pivora" en "La noche por partida doble" muestra unas relaciones padre/hijo que remiten más allá del mundo nocturno de la prostitución.

Los comienzos impactantes son un acierto a destacar en todo el conjunto. Es el caso del ya mencionado "Cristina, Envuelto por la Noche" o de "Cielo en el Suelo". En el primero, una alternancia estupendamente lograda entre la narración de lo que sucede en un quirófano con una persecución anterior en la calle y con los retazos de la película recién vista en el cine, consigue que el lector "llegue" a la cita en la cafetería con la lengua fuera y el corazón en vilo. En el segundo (de estupefaciente título), el comienzo no puede ser más impresionante: "parece un huevo estrellado sin pericia en el fondo de la sartén". Poco después, cuando se comienza a relatar la fantasía de Ismael, su obsesión por volar se relaciona inmediatamente con el "huevo estrellado". Es éste el único relato fantástico en el libro, y demuestra la capacidad de indagar diferentes posibilidades literarias de acuerdo a las necesidades en el trazo de un personaje u otro, de una u otra situación.

A veces a Raúl Vallejo le bastan dos brochazos para definir magistralmente a un personaje. Es el caso del protagonista de "Te escribiré desde París": "A la gente le gusta irse (...) yo prefiero quedarme". La intriga viene inmediatamente después: "por esto perdí a Nathalie..." ¿Quién es ella?, ¿qué supone para ese oficinista-padredefamilia?. La primera vez que el protagonista se adentra en el mundo marginal merece destacarse: "Fue como tener a una de las muchachas de las portadas de Vistazo en persona". El azoramiento del personaje se retrata estupendamente en la narración. Una vez más resalta la capacidad de ironía, de distanciamiento burlesco ante situaciones previsibles: El hombre se ahoga al ver, "como en las películas", que el gordo acaricia al jovencito, "debí haberme ido derecho a mi casa", piensa. Los mejores momentos son, sin duda, aquellos en que el autor aprovecha las posibilidades humorísticas con ese ingenio que le saca punta a las cosas y que hace sonreír en muchos cuentos.

Este libro es -no hay duda- una "Fiesta



de Solitarios". Solitarios convencionales o del mundo marginal. En definitiva, individuos que sienten y padecen. Situaciones, comportamientos recreados literariamente por el autor con el cariño de quien prepara una fiesta. El laberinto de los sentimientos, el juego de la literatura.



(Guijón, Asturias, 1965).
 Profesora investigadora. Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Madrid.
 En 1993 discutió su tesis doctoral "Narrativa Cubano Actual (1980-1990)".
 Varios de sus trabajos en torno a la narrativa hispanoamericana y cubana han aparecido en publicaciones nacionales y extranjeras.
 En 1993, ganó el Premio Casa de la Américas de Ensayo.

Entrevista

Entrevista con Nelson Osorio

Carlos Calderón Chico

Pregunta: ¿Qué quedó de aquellos movimientos de vanguardia, de esas actitudes, y cómo se ven, cincuenta años después, aquellas obras literarias que en su momento fueron iconoclastas?

Respuesta: En realidad, son algo más de cincuenta años... Mira, me parece que todavía no se ha hecho una real valoración de lo que significaron las vanguardias de los años 20 en la formación de la literatura contemporánea en América Latina. Salvo en Brasil, donde hay verdaderamente un proceso de estudio, reediciones, rescate, fijate que incluso se han hecho ediciones facsimilares de casi todas las revistas de vanguardia), en el resto de Nuestra América recién

comienza a tratar de articularse al proceso de conjunto la producción vanguardista de esos años. Pero todavía, me parece, estamos en la etapa de organización del corpus, de conocer qué es lo que había, qué es lo que se escribió y publicó en esos años. Y recién se empieza esto a incorporar, todavía a nivel informativo, en los estudios literarios de nuestra universidades.

Tanto es así esto que se estudia la vanguardia de los años 20 (cuando se la estudia), más bien en sus aspectos pintorescos, en sus declaraciones agresivas, en sus gestos, pero falta todavía el estudio globalizador que dé cuenta de ese «espacio estético-ideológico» en el que surgen y se articulan la poesía de Vallejo (toda ella), la obra de Macedonio Fernández, la narrativa de Borges, Mario y Oswald de Andrade, Alejo Carpentier, y para qué seguir...

Existe una especie de

pudoroso temor a incorporar a estos grandes nombres dentro del proceso renovador del proyecto vanguardista; y nuestros críticos -que son terriblemente poco audaces-, cuando tratan la vanguardia se quedan tímidamente en los casos de aquellos escritores y textos marginados -cosa que puede ser interesante y también útil-, pero no se atreven a sostener de frente que el verdadero diseño de la fisonomía de la vanguardia en América Latina sólo se resuelve al integrarse en ellas propuestas como **Residencia en la Tierra, Trilce, Fervor de Buenos Aires, Motivos de Son**, etc..

Por eso es que te digo que todavía hoy, a pesar del esfuerzo y el avance que ha habido en los últimos años, se reduce la vanguardia de los años 20 a los aspectos casi anecdóticos de las declaraciones polémicas y las tentativas experimentales, que no son sino un aspecto, y tal vez el más externo, superficial de la renovación

conjunto de los pueblos al sur del Río Grande. Sin embargo, el lastre de una tradición decimonónica sigue dificultando el que incorporemos dentro del campo cultural latinoamericano a las letras del Caribe anglófono o francófono, por ejemplo: incluso la literatura del Brasil sigue siendo soslayada por la inmensa mayoría de nuestros estudiosos.

Y a propósito de esta necesidad de integrar a los estudios latinoamericanos las letras del Caribe anglófono, nunca falta el alarmado académico que se rasga las vestiduras frente a una propuesta como ésta, y trata de cortarte el paso hablando de la «latinidad» y otras anti-guallas (por Dios, «latinidad» en nuestro mestizo continente...!); mira, si fuera por eso, hasta donde yo sé tampoco son «latinas» la cultura quechua, maya, náhuatl, aimara, en fin, y no por eso se le va a ocurrir a alguien sacarlas del campo de los estudios latinoamericanos...

La verdad es que seguimos viendo nuestra realidad con la mirada del otro, con los parámetros heredados de los antiguos imperios colonizadores. Asumirnos como latinoamericanos es tomar conciencia de que somos mestizos, con una cultura plurilingüe, y que, puesto que participamos de una misma condición histórica (subdesarrollo y dependencia, para empezar) debemos conocernos, para identificarnos y construir nuestro propio destino.

Pregunta: Y entonces, ¿dónde queda el magisterio de un Mariátegui, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña? Y mirando un poco más atrás, de un José Martí?

Respuesta: Bueno, en ese

panorama que domina en gran parte el mundo académico, institucional, se abre paso una corriente, plural y creciente, que busca precisamente rescatar y prolongar la rica tradición de una crítica latinoamericana que se articule a nuestras necesidades de autoconocimiento, comprensión e identificación. Pienso en los trabajos de Antonio Cornejo Polar, de Roberto Fernández Retamar, de Beatriz Sarlo, de Luiz Costa Lima, de Fernando Tinajero, en fin, de una serie de estudiosos que tratan de hacer de los estudios literarios una disciplina de conocimiento, de ponerla al servicio del conocimiento de nuestra realidad, de nuestra cultura. A eso se suman algunos más recientes, como Beatriz González o Alberto Rodríguez en Venezuela, Virgilio López Lemus o Emilio Jorge Rodríguez en Cuba, Jorge Schwartz en Brasil, Hugo Achugar en Uruguay, Alvaro Quesada Soto en Costa Rica, en fin, digo estos nombres solo como ejemplos al azar; y menciono sólo a quienes viven y trabajan en las difíciles condiciones de nuestros países. Habría que agregar otros, que trabajan en Estados Unidos (Jaime Concha), en España (Sonia Mattalia), Francia, Alemania (Gutiérrez Girardot), Italia (Rosalba Campa)... Y, por qué no, a quienes han nacido en otros países, pero que nos acompañan en esta tarea de impulsar una renovación positiva y no sólo formal de nuestros estudios (pienso en John Beverley en Estados Unidos, en Antonio Melis en Italia, en Alvaro Salvador o Teodosio Fernández en España, Alain Sicard en Francia, en Belén Castro en Canarias, en Keith Ellis en Canadá...).

Pregunta: La crítica de un Luis Alberto Sánchez, ¿dónde quedaría?

Respuesta: Yo creo que un cuarto especial, con ventanas, pero sin puertas, de nuestra historia crítica. No soy de los que les niegan méritos, dentro de un proceso intelectual de conjunto, a figuras como Luis Alberto Sánchez, Raúl Silva Castro y otros de esa misma espesura y calado. Ellos forman parte del inventario de nuestras letras, y hay que dejarlos allí. Los que me preocupan son los que hoy todavía siguen haciendo lo mismo que ellos, y escriben a paso de carga libros en que se repiten los mismos lugares comunes y, lo que es más grave, los mismos errores, las mismas fechas equivocadas, con la misma vaniloquencia impostada que le dan los reconocimientos oficiales y los cargos de poder. Estos sí me molestan, porque son los que detentan cátedras y cargos académicos en los que funcionan como bolitrancas de toda renovación, y se consideran los sostenedores profesionales de las virtudes nacionales.

Pregunta: Pienso, Nelson, y no sé si me equivoque, que del 70 para acá se viene imponiendo un tipo de crítica literaria que toma de la filología, de la lingüística, de la antropología, de la filosofía, de la etnología, todo un vasto arsenal conceptual para analizar los procesos literarios del continente a partir de sus obras y autores más representativos. Estoy pensando en los trabajos del mismo Ángel Rama, del desaparecido Alejandro Losada, de Noé Jitric, de tus propios trabajos y de otros autores ligados a este tipo de actividad.

Respuesta: Es bien complicado eso, y sería largo comentarlo. No estoy muy seguro de que eso sea así como tú lo dices, por lo me-

nos, no creo que lo sea en mi caso. Yo no «tomo» de la filosofía, la lingüística, la antropología, etc., conceptos para estudiar la literatura. Claro, para tratar de ser un intelectual de mi tiempo, me esfuerzo por conocer lo que otras disciplinas plantean y me interesan sus aportes y avances en el conocimiento del hombre y de la sociedad. Pero podría decirte que también me interesan los aportes de las matemáticas, de la física, de la biología, la química. Y los avances tecnológicos. Pero tengo un sagrado temor a eso que llaman la «interdisciplina», que es algo así como el último «espejito» que nos han regalado de las metrópolis.

En breve: me parece que en estado actual de los estudios literarios en América Latina, proponerse en este campo eso que llaman estudio interdisciplinario sería una especie de falacia epistemológica.

Porque, en rigor, no puede haber «interdisciplina» si antes no se han constituido las «disciplinas»; y no creo que los estudios literarios hayan alcanzado ese estatuto en nuestro medio. Si algo tenemos que hacer es fortalecer primero las «disciplinas» del conocimiento, adecuándolas a las necesidades de nuestro medio. Y en ese sentido, los estudios literarios, para responder a nuestras necesidades, a las necesidades de nuestra realidad, deben convertirse verdaderamente en una disciplina de conocimiento, una actividad capaz de producir conocimientos sobre nuestra cultura literaria.

Lo que sí es necesario tomar en cuenta, es que nuestra literatura tiene una fisonomía distinta a lo que en otras culturas se considera, *sensu strictu*, «literario». Algunas de las mani-

festaciones más propias, y por tanto más singulares, de nuestra producción literaria no se corresponden con categorías genéricamente establecidas ni calzan muy bien en los parámetros que el «buen gusto» considera artísticos. Piensa, por ejemplo, en obras como **Facundo** de Sarmiento o **Los Sertones** de Euclides da Cunha; y no hablemos de textos como **O Guesa** de Soussandrade, lamentablemente casi desconocido fuera de Brasil, o el mismo **Canto General** de Neruda.

Esta condición mestiza, culturalmente híbrida de nuestra literatura hace obligante el desarrollar creativamente enfoques críticos que incorporen los aportes de otras disciplinas, ya que sin los conocimientos que aporte la historia, la etnología, la sociología y otras disciplinas se nos escapan muchos elementos fundamentales de estas obras. Por otra parte, como reverso de este mismo fenómeno, tenemos que nuestros más interesantes estudios de antropología o sociología están muy entrecerrados con lo literario, y si no, que lo digan obras como **Casa Grande y Senzala** de Gilberto Freyre, el **Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar** de Fernando Ortiz o los **Siete Ensayos** de Mariátegui.

Por eso cada vez encuentro más razonable y necesario rescatar propuestas como la de Simón Rodríguez, especialmente aquello de «O inventamos o erramos»; es necesario desarrollar una mirada propia, una perspectiva propia, es necesario que desarrollemos una manera de estudiar nuestra literatura que sea capaz de dar cuenta de las modalidades específicas de nuestra producción. De otra manera estaremos condenados a ver (y a valorar) en nuestra cul-

tura sólo lo que los anteojos europeos o norteamericanos nos permitan ver.

Quisiera colocarte un solo ejemplo, para cerrar este punto. No conozco ningún trabajo que se haya propuesto, por ejemplo, iluminar la profunda identidad de propuesta que subyace en la elaboración de obras como **Tomochic** de Carlos Eduardo Frías, **Los Sertones** de Euclides da Cunha y **Operación Masacre** de Rodolfo Walsh. Estas tres obras son una buena muestra de esta literatura mestiza de que te hablaba; y las tres son el resultado de una experiencia de observador-cronista-reportista, reportajes políticos-literarios que a partir de una experiencia directa de los hechos buscan, como Bernal Díaz del Castillo o el padre Las Casas, recuperar la verdad de un suceso mistificado por la historia oficial. Pero ninguna de estas narraciones puede ser estudiada «aplicando» las recetas y la taxonomía de algún manual alemán, francés o norteamericano. De esta manera que no sabemos qué hacer con ellas, y allí se quedarán, hasta que de veras tengamos una generación de críticos que, para variar, se les ocurra pensar por cuenta propia...

Pregunta: ¿Sigue siendo propósito de algunos de ustedes la construcción de una Historia Social de la Literatura Latinoamericana?

Respuesta: Para mí sigue siéndolo... Este año sale el **Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina**, obra que he estado coordinando, y que tiene (por lo menos para mí) entre sus objetivos el proveer de una base de información sistemática para la elaboración de esa historia que necesitamos. De manera que, una vez

concluido esto, la etapa siguiente tendrá que ser el dedicarnos a elaborar la historia. No sé aún cuánto tiempo irá a tomar, pero eso irá.

Pregunta: ¿Cómo funcionan aquellas propuestas que en su momento esgrimiera Fernando Alegria, en el sentido de considerar al crítico como un creador, y lo que sostiene Carlos Rincón (allá por 1978), quien consideraba al crítico como un estratega de las luchas sociales en el continente?

Respuesta: Bueno, no me parece que sea así literalmente lo que plantea Carlos Rincón en ese artículo a que te refieres. Recuerda que en el título mismo eso iba entre signos de interrogación. Como yo entiendo el asunto, el crítico literario (el de verdad, no el que solo escribe notas dominicales sobre lecturas de libros) debería articularse, en su propia esfera de trabajo, a los procesos de liberación y transformación de nuestras sociedades. Este proceso, en su conjunto, se puede resumir como una lucha en tres frentes: el económico, el político y el ideológico-cultural. Y en cada uno de ellos debe haber quienes asuman la responsabilidad de traducir este proyecto global. En este predicamento, el investigador literario debería ser quien desarrollara los conocimientos necesarios a nuestros pueblos, los que permitan fortalecer la conciencia identificadora e integradora. Claro que esto será válido si el crítico literario en cuestión se siente vinculado a este proyecto, si se siente parte de las necesidades de Nuestra América.

Así entendido el asunto, claro que podría considerarse un creador, en el sentido de estar creando, cons-

truyendo una dimensión actual e históricamente necesaria de los conocimientos sobre nuestra realidad cultural.

Pregunta: ¿Cuál debería ser la postura de un crítico literario de este continente en la hora presente de América Latina?

Respuesta: Para comenzar, ser de este continente y ser de la hora presente. Y aunque te parezca algo extraño, esto no siempre se cumple. No es tan obvio que los críticos latinoamericanos se identifiquen conscientemente con un proyecto latinoamericano. La tradición que tú puedes rastrear en Eguíara y Eguren en el siglo XVIII, en Andrés Bello en el siglo XIX, en Pedro Henríquez Ureña en el XX, de estudiar y sistematizar el conocimiento de nuestra literatura en función identificadora e integradora no siempre se presenta en nuestros críticos. Muchos de ellos parecen ser simples agentes consulares de las culturas de otras metrópolis, no se proponen fortalecer una mirada latinoamericana sobre nuestra realidad.

Pregunta: ¿De qué manera la crítica literaria que se lleva a cabo en las universidades norteamericanas y europeas sigue gravitando sobre nuestra literatura?

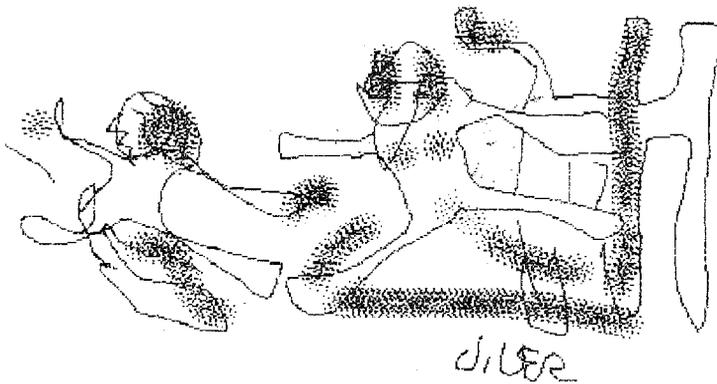
Respuesta: Volvemos sobre algo que me preocupa mucho. Mira, para aclararnos y curarnos en salud, debo recordar, como tú sabes, que gran parte de mi formación en este terreno fue en Europa, donde hice mis estudios de postgrado y donde después trabajé en investigación y docencia, como también lo he hecho en

universidades norteamericanas. El interés que hay en países como Alemania, Francia, Inglaterra, España, Italia, Estados Unidos, etcétera por la literatura latinoamericana es real y me parece valioso y positivo. El problema es que para un estudioso francés, alemán, italiano o norteamericano el estudio de nuestra literatura se integra a un proyecto cultural en el que consciente o inconscientemente está inmerso. El conocimiento de otras culturas (en este caso, las nuestras), para ellos, es un ensanchamiento de sus propios horizontes, y esto es bueno y es legítimo.

Lo que debemos entender es que la función que tiene para un latinoamericano el estudio de la literatura latinoamericana es otra.

Por eso, en mi opinión, se hace necesario y es útil distinguir entre: a) el estudio de la literatura latinoamericana desde un sistema cultural exterior al campo estudiado (el latinoamericanismo europeo o norteamericano, por ejemplo), y b) el estudio de la literatura latinoamericana desde América Latina, desde el sistema cultural latinoamericano. Distinguir entre ambos no implica, en mi perspectiva, una diferencia cualitativa ni una sobre o subvaloración a priori de las posibilidades y aportes de cualquiera de estas prácticas. Lo que me parece importante es destacar que ambas se inscriben en proyectos estratégicos diferentes.

Para un estudioso alemán, pongamos por caso, o para un suizo o un sueco, el estudio de la producción literaria de América Latina se integra al proyecto cultural del que forma parte y desde el cual se proyecta sobre una cultura distinta (la nuestra) que busca conocer y comprender (desde la suya). Su



perspectiva, en la medida de sus propias capacidades y dedicación, contribuirá al conocimiento y podrá enriquecer positivamente el saber, tanto dentro de su propia cultura como el de la cultura y el conocimiento latinoamericanos.

Para los latinoamericanos, con prescindencia incluso del país en que se encuentren, el estudio de la literatura latinoamericana se integra en un proceso cultural distinto, que implica no sólo conocimiento, información, sino que también es parte de un proyecto de autoconocimiento e identificación cultural.

Una consecuencia inmediata de esta manera de enfocar el asunto es que para los latinoamericanos la reflexión sobre las funciones, carácter y perspectivas de los estudios literarios se convierte en una necesidad apremiante e insoslayable en función de conocernos y construir la fisonomía de nuestra propia identidad.

De allí entonces que no podamos trasladar mecánicamente y de manera acrítica los «métodos» de enfoque de europeos o norteamericanos a nuestra práctica, porque ellos responden a necesidades y proyectos estratégicos distintos. Como tampoco se trata de bloquear el

conocimiento y apropiación de aportes válidos, yo creo que frente a las propuestas teóricas y metodológicas que surgen de otras realidades, lo que debemos hacer es evitar la «aculturación» y fortalecer una auténtica «transculturación», entendida esta como una interrelación consciente y productiva.

Me parece que sólo de esta manera podremos desarrollar y fortalecer un estudio verdaderamente enriquecedor de nuestra cultura. De otro modo, nos llenaremos de becarios deslumbrados por los «espejitos», que nos vienen a aplicar las categorías de «postmodernidad», «deconstrucción» (que galicadamente escriben «deconstrucción») y otras semejantes, que surgieron legítimamente para conocer y comprender otros procesos, pero que no estoy seguro tengan, por lo menos en las actuales circunstancias, verdadera validez para comprender nuestra realidad.

Pregunta: Se me ocurre, Nelson, para terminar, que a la narrativa latinoamericana le está sobrando imaginación, madurez y calidad, que no vemos, por ejemplo, en la actual narrativa española. Tú, como conocedor de los fenómenos literarios intercontinentales, ¿cómo evalua-

rias esta situación?

Respuesta: En verdad, no conozco suficientemente la actual narrativa española. Creo que en Nuestra América se está produciendo una literatura que se articula, en general a nuestras necesidades, a nuestra realidad, que son «nuestra expresión», para rescatar lo de Pedro Henríquez Ureña. No sé si los españoles se sentirán expresados en la actual narrativa de ellos. Porque eso sería lo importante. Solo puedo decirte que yo, como latinoamericano, no tengo mayor interés (aparte del informativo) en leerme a Miguel Delibes o a Camilo José Cela; y para mi sensibilidad, encuentro demasiado formalista, encorbatada y de buenos modales la mayor parte de la narrativa actual de España. Hay cosas interesantes que escapan a eso: Sánchez Molina, por ejemplo (pienso en *El invierno en Lisboa*), o uno que acabo de leer, Arturo Pérez-Reverte. Pero eso puede ser probablemente un asunto de gustos personales, ya que, como sabes, tengo cierta debilidad por la literatura desenfadada (que no significa mal escrita) y me aburre el trascendentalismo (que no es lo mismo que trascendente).



Carlos Calderón Chico. Guayaquil Ecuador. 1953. Es periodista y crítico literario. Ha dirigido revistas literarias e importantes antologías.

MEMORIA CONTRA EL OLVIDO

Queridos amigos:

Milan Kundera, el escritor checo de la post-modernidad que ahoga al mundo, dice que la lucha del hombre contra el poder, es la lucha de la memoria contra el olvido.

Y hoy, parafraseando a Kundera, la memoria -a pesar de todo- vuelve a obtener una enorme victoria sobre el olvido. El hombre, el concreto animal metafísico lleno de congojas como lo definiera Vicente Huidobro, esta noche triunfa sobre el poder.

Hombre y memoria triunfantes, a pesar de la objetiva impunidad del sistema, se expresan en la hermosa solidaridad de siete pintores y siete escritores de la más alta talla, que hoy entregan al Ecuador y al mundo una carpeta llena de símbolo y significado.

Según la cábala el número siete contiene magia, humanidad, universo. Y siete pintores más siete escritores suman catorce contagios de amor a la vida, donde se oye el lejano eco de Vallejo: ¡"cuántos catorce há habido en la existencia"! más cierto que nunca este número de altas voces de la dignidad y de hermosos ejemplos de solidaridad.

Cuando Luz Helena y yo decidimos quemar las naves y buscar para siempre a nuestros hijos, un compromiso, una promesa sin más testigos que Carlos Santiago y Pedro Andrés, la hicimos juntos ante la vida: si uno de los dos moría en el camino, el otro debía seguir hasta hacer del imposible una certeza, "hasta encontrar sus huesos y su noble calavera, hasta desamordazarlos y regresarlos".

No hemos perdido la memoria y no hemos cedido al olvido, porque seguimos juntos buscando sus restos, sus ropas, algún dato que permita todavía saber quiénes, porqué y cómo ordenaron la agonía y defendieron el crimen.

Y los leales amigos de la vida, ahora culminan un anhelo nacido el mismo día en que Luz Helena decidió buscar a los niños en el cielo y reclamar a Dios por su tardanza.

Gracias a los maestros: Guayasamín, Kingman, Jácome, Viteri, Rosero, Viver y Stornaiolo por pintar con las manos, el corazón y la furia ternurienta de sus almas. Gracias a los poetas de la vida y la palabra, Jorge Enrique Adoum, Espinoza, Monseñor Luna Tobar, Raúl Pérez Torres, Moreano, Rodríguez y Alicia Yáñez Cossio, por escribir sintiendo a Luz Helena, mi Flaca, en cada línea valiente y en cada párrafo de esperanzas.

Gracias a la CEDHU, a la hermana Elsie, a todos quienes hicieron posible esta hermosa y digna aventura del intelecto y el corazón.

Esta noche los siete pintores y los siete creadores de utopías, con sus obras llenas de mundo comprueban que la solidaridad, esa mala palabra, sigue vigente y que el compromiso con el arte, es decir con la vida, ese pecado que muy pocos cometen, es posible a pesar de la larga noche que no cesa.

Poquito a poco, con estos grandes esfuerzos y con otros miles que en la Plaza Grande y en el Ecuador entero se suman a la búsqueda de dos adorados fantasmas, echaremos abajo la noche y vaciaremos las lagunas del miedo y de la muerte.

Gracias.

Pedro Restrepo.

Palabras de Pedro Restrepo, padre de los jóvenes hermanos Carlos y Pedro, desaparecidos durante el gobierno de León Febres Cordero. En la noche de la presentación de la carpeta 7 POR LA VIDA.

Premio Casa de las Américas 1996

PREMIO CASA DE LAS AMERICAS 1996

La Casa de las Américas convoca para 1996 a la XXXVII edición de su Premio Literario. La convocatoria, en este año corresponde a: **poesía, teatro, ensayo de tema artístico-literario, ensayo de tema histórico-social y literatura caribeña.**

BASES DEL PREMIO 1996

1. Podrán enviarse libros inéditos:

a) en los géneros de poesía, teatro, ensayo de tema artístico-literario, ensayo de tema histórico-social; y bien la categoría de literatura caribeña en francés y portugués.

2. Podrán participar:

a) los autores latinoamericanos y caribeños, naturales o naturalizados, y b) los ensayistas de cualquier otro país, con obras sobre tema latinoamericano y caribeño, escritas en español o portugués o traducidas a alguna de estas lenguas.

3. Los autores deberán enviar sus originales en español, con excepción de los caribeños, que este año lo harán en francés y

portugués. En todos los casos, las obras no excederán de quinientas páginas de treinta líneas, deberán ser inéditas y no podrán estar en proceso de impresión en otra editorial. También se considerarán inéditas aquellas obras que hayan sido impresas en menos de la mitad. Cuando se trate de traducciones se hará constar el nombre del traductor y se enviará el texto en el idioma original, para posibles ediciones bilingües.

4. Los libros de ensayo sobre temas histórico-social, así como los de temas artístico-literario estarán integrados por uno o varios trabajos de los habitualmente considerados ensayos, o también por estudios o investigaciones.

5. Los autores brasileños que envíen libros de ensayo participarán en este género, por lo que se guiarán por la base 4. La categoría de literatura caribeña en francés y portugués incluye los géneros del Grupo A y los del B.

6. Ningún autor podrá enviar más de un libro por género, ni podrá participar con una obra, aunque esté inédita, que haya obtenido algún premio nacional o internacional. Tampoco podrá participar en un género o categoría en que, en los cuatro años anteriores, hubiera obtenido ya el Premio Casa de las Américas.

7. Se otorgará un premio único e indivisible por cada género o categoría. El premio consistirá en 3.000 dólares, o su equivalente en la moneda nacional que corresponda, y la publicación de la obra por la Casa de las Américas.

8. Los jurados podrán recomendar las obras (o parte de ellas que consideren de méritos suficientes para su publicación total o parcial en las colecciones o revistas de la Casa de las Américas, o por otras casas editoriales. Esta recomendación no implica ningún compromiso por

parte de los editores.

9. Las obras deberán presentarse escritas a máquina, a dos espacios y foliadas. Para facilitar el trabajo de los jurados, se ruega el envío de original y dos copias, perfectamente legibles.

10. Las obras serán firmadas por sus autores, quienes especificarán en qué género desean participar. Es admisible el seudónimo literario, si es usual en el autor, pero en este caso será indispensable que lo acompañe de su identificación. Los autores, y también los traductores e ilustradores, enviarán sus respectivas fichas biobibliográficas.

11. La Casa de las Américas se reserva el derecho de publicación de la que será considerada primera edición de las obras premiadas, hasta un máximo de 10.000 ejemplares, aunque se trate de una coedición. La Casa de las Américas se reserva la opción sobre las obras concurrentes durante un año, a efectos de negociar su publicación en todo el mundo. Los derechos de toda contratación revertirán sobre el autor, descontándose, en cada caso, el porcentaje del 10% que será para la Casa de las Américas.

12. Aquellos autores que contravengan las normas especificadas en cualquier punto de estas bases serán descalificados.

13. Las obras deberán ser remitidas a: Casa de las Américas (3ra. y G. El Vedado, La Habana 10400, Cuba); o a cualquiera de las embajadas de Cuba.

14. Las obras deberán ser entregadas en cualquiera de los lugares mencionados en la base 13 antes del 30 de noviembre de 1995.

15. Los jurados se reunirán en La Habana, en enero de 1996.

16. La Casa de las Américas no devolverá los originales concurrentes.